

JULIO VERNE

EL CAMINO DE FRANCIA

COLECCIÓN HETZEL

se



Natalis Delpierre, un capitán del ejército francés, hace un recuento sobre sus experiencias de la visita a su hermana Irma en el verano de 1792. En aquel entonces, su hermana vivía en Prusia al servicio de la señora Keller y de su hijo Juan. La época de la visita coincide con los rumores de un posible enfrentamiento armado entre Francia y Alemania. Cuando se desata la guerra, Juan es obligado a unirse al ejército prusiano y combatir a las órdenes del hombre que es su rival en amores. Ambos ansían conquistar el corazón de la señorita Marthe de Lauranay. Poco después, ella, su abuelo, Irma y Natalis son obligados a abandonar Prusia y marchar a Francia.



Jules Verne

El camino a Francia

Y Gil Braltar

Viajes Extraordinarios - 31

ePub r1.2

Titivillus 21.01.15

Título original: *Le chemin du France suivi Gil Braltar*
Jules Verne, 1887
Ilustraciones: George Roux

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Le chemin du France fue publicada originariamente por entregas en el periódico *Le Temps* entre el 31 de agosto de 1887 (numero 9613) y el 30 de septiembre de 1887 (número 9652).

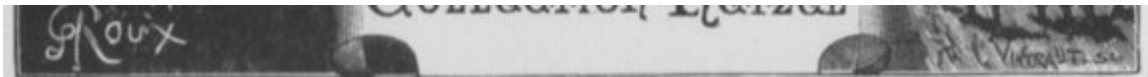
La primera edición de esta obra en un único volumen se realizó el 3 de octubre de 1887 e incluía 37 ilustraciones a cargo de George Roux. Esta edición de la obra se acompañó de un relato corto del propio Verne titulado *Gil Braltar*.

Esta práctica de incluir relatos cortos al final de las novelas de Jules Verne fue habitual en las primeras ediciones de la serie «Viajes Extraordinarios».

Para la edición edición digital he creído interesante mantener la estructura original e incluir dicho relato.

Nota del Editor digital.





CAPÍTULO I

Do me llamo Natalis Delpierre. He nacido en 1761 en Grattepanche, una aldea en la Picardía. Mi padre era labrador, y trabajaba en las tierras del marqués de Estrelle. Mi madre lo ayudaba en cuanto podía, y mis hermanas y yo hacíamos lo que mi madre. Mi padre no poseía ninguna clase de bienes de fortuna; y era tan desdichado en esto, que no debía tener jamás nada propio. Al mismo tiempo que cultivador era chantre en la Iglesia del pueblo; chantre de los llamados «confiteor», pues tenía una fuerte y hermosa voz, que se oía desde el pequeño cementerio contiguo a la iglesia hubiera, pues, podido ser cura, lo que llamamos un clérigo de misa y olla. Su voz es todo cuanto yo he heredado de él, o poca cosa más.



Mi padre y mi madre trabajaron duro. Los dos han muerto en el mismo año; en el 79. ¡Dios haya acogido sus almas!

De mis dos hermanas, la mayor, llamada Firminia, tenía cuarenta y cinco años por la época en que han pasado las cosas que voy a referir; la pequeña, Irma, cuarenta; yo, treinta y uno.

Cuando nuestros padres murieron, Firminia estaba casada con un individuo de Escarbotin, Benoni Fanthomme, simple obrero cerrajero, que no pudo jamás llegar a establecerse, aunque era bastante hábil en su oficio. En cuanto a familia, en el 81 tenían ya tres chiquillos, y aun algunos años más tarde vino un cuarto a unirse a los anteriores. Mi hermana Irma había permanecido soltera, y sigue siéndolo. Yo no podía contar, por consiguiente, ni con ella ni con los Fanthomme para que me protegieran y me prestaran ayuda a fin de crearme una posición. Yo me la he creado solo completamente, y de este modo, en los últimos años de mi vida, he podido servir de algo a mi familia.

Mi padre murió el primero; mi madre seis meses después. Estos dos fallecimientos me causaron mucha pena. ¡Si! ¡Así está dispuesto! ¡Así lo quiere el destino! Es preciso perder a los que se ama, lo mismo que a los que no se ama.

Sin embargo, tratemos de ser de los que son amados cuando nos llegue la hora de partir.

La herencia paternal, después de pagadas todas las deudas, no llegaba a ciento cincuenta libras^[1]. ¡Las economías de sesenta años de trabajo! Esta cantidad hubo que repartirla entre mis dos hermanas y yo; es decir, que tocamos cada uno a dos veces nada, poco más o menos.

Yo me encontraba, pues, a los diez y ocho años con una cincuentena de francos. No era mucho, en verdad; pero yo era robusto, fuerte, bien hecho, acostumbrado a los trabajos rudos, y además con una buena voz. Sin embargo, tenía la desgracia de no saber leer ni escribir. No aprendí hasta mucho después, como veréis. Pero cuando estas cosas no se comienzan desde temprano, cuesta luego mucho trabajo el llegar a dominarlas. La forma y manera de expresar las ideas se resiente siempre de la primera falta, de lo cual daré repetidas pruebas en esta relación.

¿Qué iba a ser de mí? ¿Continuar el oficio de mi padre? ¿Derramar mi sudor sobre las tierras de los otros para recolectar la miseria al cabo de muchos años de trabajo? Triste perspectiva, que,

a la verdad, no es para tentar a nadie. Una circunstancia vino a decidir mi suerte.

Un primo del marqués de Estrelle, el conde de Linois, llegó inopinadamente un día a Grattepanche. Era oficial del ejército, capitán del regimiento de la Fère. Había obtenido licencia por dos meses, y venía a pasarlos en casa de su pariente. Se dispusieron grandes batidas de caza contra el jabalí, la zorra y otras piezas mayores. Hubo extraordinarios festejos, a los que concurrió mucha gente, muchos caballeros y bellas damas, sin contar la señora del Marqués, que era una guapa Marquesa.

Pero yo, entre tanta gente, no veía más que al capitán Linois. Un oficial muy franco en sus maneras, y que me hablaba con mucho agrado. Viéndole, me había entrado la afición de ser soldado. ¿No es esta la mejor carrera que puede adoptarse cuando es preciso vivir con sus brazos, y que estos brazos están unidos a un cuerpo sólido y robusto? Por otra parte, teniendo buena conducta, valor, y siendo un poco ayudado por la fortuna, no hay razón para quedarse en medio del camino, aunque se haya emprendido la marcha con el pie izquierdo, al se camina a buen paso.

Antes del 89, muchos gentes se imaginaban que un simple soldado, hijo de un artesano o de un aldeano, no podía jamás llegar a ser oficial. Esto es un error. Desde luego, con resolución y un poco de presencia, se llegaba a suboficial, sin gran trabajo. Después, cuando se había ejercido este cargo durante diez años en tiempo de paz, o cinco en tiempo de guerra, se hallaba uno en condiciones para alcanzar la charretera. De subteniente se pasaba a teniente; de teniente a capitán. Después... ¡Alto ahí! Estaba prohibido ir más allá. Por supuesto, que esto era ya muy hermoso.

El conde Linois había notado a menudo, durante las batidas de caza, mi vigor y mi agilidad. Sin duda yo no valía lo que un perro en olfato y en inteligencia. Sin embargo, en los días de empeño, no había ojeador capaz de adelantarme, y los aventajaba a todos, como si hubiese tenido un instinto sobrenatural.



—Tú me has parecido un muchacho valiente y sólido —me dijo un día el conde de Linois.

—Sí, señor Conde.

—¿Y eres fuerte de brazos?

—Levanto trescientas veinte libras.

—¡Sea enhorabuena!

Y esto fue todo. Pero el asunto no debía parar aquí, como bien pronto vamos a ver.

En aquella época existía en el ejército una costumbre muy singular. Ya se sabe cómo se llevaban a cabo los enganches para la profesión de soldado. Todos los años, los encargados de reunir gente hacían una excursión a través del territorio, y hacían beber a los mozos más de lo que era justo. Se firmaba, un papel cuando se sabía escribir, o se hacía en él una cruz cuando no se sabía más que cruzar dos palos uno sobre otro. Esto valía tanto como la firma. Después se cobraba un par de cientos de libras, que eran bebidas antes que embolsadas, se hacía la mochila, y se iba uno a hacerse romper la cabeza por cuenta del Estado.

Pero esta manera de proceder no hubiera podido convenirme jamás, porque, si bien es verdad que yo tenía el gusto de servir, no quería, sin embargo, venderme. Me parece que he de ser perfectamente comprendido de todos aquellos que tienen alguna dignidad y algún respeto de sí.

Pues bien: en aquel tiempo, cuando un oficial había obtenido un permiso o una licencia, debía, según lo prescribían los reglamentos, conducir a su vuelta al regimiento uno o dos reclutas. Los suboficiales estaban también sujetos a esta obligación. El precio del enganche variaba entonces de veinte a veinticinco libras.

Yo no ignoraba nada de esto, y tenía formado un proyecto. Así fue que, cuando la licencia del conde de Linois llegó a su término, me fui descaradamente a proponerle si me quería tomar como recluta.

—¿Tú?... —me dijo.

—Yo, señor Conde.

—¿Qué edad tienes?

—Diez y ocho años.

—¿Y quieres ser soldado?

—Si a V. le agrada...

—No es a mi a quien ha de agradar, sino a él.

—A mí si que me agrada.

—¡Ah! ¡vamos! Por la golosina de las veinte libras.

—No, señor; por el deseo de servir a mi país, pues el hecho de venderme me causa vergüenza, tanto, que no tomaré las veinte libras.

—¿Cómo te llamas?

—Natalis Delpierre.

—Muy bien, Natalis; eso me gusta.

—Y yo estoy encantado de agradaros, mi Capitán.

—Y si tienes ánimos y voluntad para seguirme, irás lejos.

—Os seguiré tambor batiente y con la mente encendida.

—Te prevengo que voy a dejar el regimiento de la Fère para embarcarme. ¿No te repugna el mar?

—Absolutamente nada.

—Está bien; pues lo pasarás. ¿Has oído decir que allá, muy lejos, se hace la guerra para arrojar a los ingleses de América?

—¿Qué es eso de América?

A decir verdad, yo no había oído nunca hablar de la América.

—Un país del diablo —respondió el capitán de Linois—; un país que se bate por conquistar su independencia. Allí es donde, desde hace dos años, el marqués de Lafayette está haciendo hablar de él. Además, el año último, el rey Luis XVI ha prometido el concurso de sus soldados para ir en ayuda de los americanos. El conde de Rochambeau va a partir para dicho punto, con el almirante Grasso y seis mil hombres. Yo he formado el proyecto de embarcarme con él para el Nuevo-Mundo, y si tú quieres acompañarme, iremos a libertar la América.

—¡Vamos a libertar América!

Y vean Vds. de qué manera tan sencilla, casi sin saber una palabra, me enganche en el cuerpo expedicionario del conde de Rochambeau y desembarqué en New-Port en 1780.

Allí permanecí, durante tres años, lejos de Francia. Vi al general Washington, un gigante de cinco pies y once pulgadas, con grandes pies, grandes manos, una especie de casaca azul con vueltas de piel y una escarapela negra. Vi al marino Paul Jones a bordo de su navío *El Buen Ricardo*; vi al general Anthony Wayne, a quien llamaban *el Rabioso*; y me batí en varios encuentros, no sin haber hecho la serial de la cruz con mi primer cartucho. Tomó parte en la batalla de Yorktown, en Virginia, donde, después de una resistencia memorable, lord Cornwallis se rindió a Washington. Volví, por fin, a Francia en el 83, y pude volver sin heridas ni rasgueos, pero simple soldado como antes. ¡Qué quieren Vds!... No sabía leer.

El conde de Linois había vuelto con nosotros y quería hacerme enganchar en el regimiento de la Fère, donde él iba a recobrar su puesto. Pero yo tenía así como una idea de servir en la caballería. Yo amaba los caballos por instinto, y para llegar en la infantería a la categoría de plaza montada, me hubieran sido precisos grado sobre grado.



Bien sé que es tentador el uniforme de Infantería, que favorece mucho, con la coleta, la peluca empolvada, las alas de pichón y los correaes blancos cruzados sobre el pecho. Pero ¿qué queréis? El caballo es el caballo; y después de muchas reflexiones, yo me convencí de mi vocación para ser jinete.

Por consiguiente, di las gracias con todo mi corazón al conde de Linois, que me recomendó a su amigo el coronel de Lóstangas, y me alisté en el regimiento Real de Picardía.

¡Cuánto amo a ese hermoso regimiento! Ruego que se me perdone si hablo de él con un enternecimiento que acaso parezca ridículo. He hecho en él casi toda mi carrera, estimado de mis jefes, cuya protección no me ha faltado nunca, y que me han empujado como con ruedas, según se dice en mi aldea.

Por otra parte, algunos años más tarde, en el 92, el regimiento de la Fère debía tener una conducta tan extraña en lo tocante a sus relaciones con el general austriaco Beaulieu, que no tengo motivo alguno para sentir el haber dejado de pertenecer a él. Pero no hablemos de esto^[2].

Vuelvo, pues, al Real de Picardía. No podía darse un regimiento más hermoso. Al poco tiempo, había llegado a ser para mi, como si dijéramos, mi familia. Yo, por mi parte, la he permanecido fiel hasta el momento en que ha sido licenciado y disuelto. Allí se era feliz. Yo silbaba todos los aires de la charanga y de los organillos, pues he tenido siempre la mala costumbre de silbar entra dientes; pero me lo pasaban. En fin: bien podéis comprender todo lo que os digo.

Durante ocho años, no hice más que andar de guarnición en guarnición. No se presentó la menor ocasión de disparar un solo tiro ante el enemigo. Pero ¡bah!, esta experiencia no carece de encanto cuando se sabe tomarla por el lado bueno. Y, además, eso de ver tierras, siempre es una gran cosa para un picardo como yo, que no había salido de su país.

Después de conocer América, era bueno ver en poco de Francia, entretanto que llegaba el momento de recorrer a grandes pasos las grandes etapas a través de la Europa. Estábamos en Sarrelouis el

año 85, en Augers el 88, el 91 en Josselin, Pontivy, Ploermel y otras poblaciones de Bretaña, con el coronel Serre de Gras; el 92 en Charleville, con el coronel Wardner, el coronel de Lostende, el coronel La Roque, y el 93 con el coronel Le Comte.

Pero me olvidaba decir que el 1.º de Enero de 1791 se había dado una ley que modificaba la organización del ejército. El Real de Picardía fue clasificado como el 23.º regimiento de caballería de batalla. Esta organización duró hasta 1803. Sin embargo, el regimiento no perdió por eso su antiguo título. Continuó siendo el Real de Picardía, aun algunos años después, cuando ya no había rey de Francia.

Durante el mando del coronel Serre de Gras se me hizo cabo, con gran satisfacción mía. En tiempo del coronel Wardner se me nombró sargento, lo cual me produjo mayor satisfacción todavía.

Yo tenía entonces trece años de servicio, una campaña y ninguna herida. No se puede menos de convenir en que era una buena carrera. No podía subir más arriba, puesto que, ya lo repito, no sabía leer ni escribir a pesar de todo, yo continuaba silbando, y, sin embargo, comprendía qué es poco decoroso en un suboficial el hacer la competencia a los mirlos.

¡El sargento Natalis Delpierre! Verdaderamente, había motivo para tener un poquito de vanidad, y para ponerse en sitio donde todo el mundo pudiera verme. Por esta razón, mi reconocimiento para el coronel Wardner no tenía límites, a pesar de que era rudo como el pan de centeno, y que con él era preciso adivinar las palabras. Aquel día, los soldados de mi compañía hicieron fuego sobre mi mochila, y yo me mandé poner en las mangas unos preciosos galones, que no debían subir nunca más arriba del codo.

Nos hallábamos de guarnición en Charleville, cuando pedí y obtuve una licencia de dos meses, que me fue concedida. Precisamente la historia de esta licencia es la que he procurado recordar más fielmente. Las razones de esto son las siguientes.

Desde que tomé el retiro, he tenido ocasión repetidas veces de referir mis campañas, durante nuestras veladas, en la aldea de

Grattepanche. Los amigos que me escuchaban me han comprendido casi siempre todo al revés o han entendido tan poco, que bien puede decirse nada. Unas veces, uno decía que yo había estado a la derecha, cuando precisamente me había encontrado a la izquierda; otras veces, otro comprendía que me había hallado en la izquierda, siendo así que yo había dicho a la derecha. Con este motivo se originaban disputas y discusiones, que no alcanzaban ni siquiera en opuesta de dos vasos de sidra o de dos cafés. Sobre todo, en lo que menos se entendían era lo que me había sucedido durante mi licencia en Alemania. Por consiguiente, puesto que ya he aprendido a escribir, me encuentro en el caso de tomar la pluma para contar por escrito la historia de esta licencia.

Por consiguiente, me he puesto al trabajo. Manos a la obra, a pesar de que cuento hoy setenta años.

Pero mi memoria es buena, y cuando dirijo la vista hacia el pasado, veo en él con bastante claridad.

Este relato está, pues, dedicado a mis amigos de Grattepanche, a los Ternisien, a los Bettembos, a los Irondart, a los Poinfefer, a los Quenneben, a muchos otros, y espero que no han de disputar más por mi causa.

Digo, pues, que había obtenido mi licencia el 7 de Junio de 1792. Sin duda circulaban entonces algunos rumores de guerra con Alemania, pero muy vagos todavía.

Se decía que Europa por más que aquello no le importase mucho, no veía con buenos ojos lo que pasaba en Francia. El Rey continuaba aún en las Tullerías; había rey de nombre; pero el 10 de Agosto se sentía ya, y soplabá como un viento de república sobre el país.

Así que, por prudencia, me pareció muy conveniente no decir por qué ni para qué pedía la licencia.

En efecto: yo tenía que hacer en Alemania y aun en Prusia; por consiguiente, en caso de guerra, me hubiera encontrado muy impedido para volver a mi puesto, ¿qué queréis? No se puede a un tiempo, repicar y andar en la procesión.

Por otra parte, aunque mi permiso fuese para dos meses, estaba dispuesto a abreviarlo si era preciso. Sin embargo, yo esperaba todavía que las cosas no irían tan de prisa, ni pararían en lo peor.

Ahora, para concluir con lo que me concierne y con lo que atañe a mi bravo regimiento, ved aquí lo que tengo que contaros en pocas palabras.

Desde luego se verá en qué circunstancias comencé a aprender a leer y después a escribir, lo cual debía ponerme en condiciones hasta para llegar a ser oficial, general, mariscal de Francia, conde, duque, príncipe, lo mismo que un Ney, un Davout o un Marat, durante las guerras del Imperio. En realidad no llegué a pasar del grado de capitán, lo cual no deja de ser muy hermoso para el hijo de un aldeano, aldeano también.

En cuanto al Real de Picardía, me bastarán algunas líneas solamente para acabar su historia.





Como he dicho antes, había tenido en 1793 a *monsieur* Le Comte por coronel; y en aquel año fue cuando, a consecuencia del decreto de 21 de Febrero, de regimiento que era quedó convertido en media brigada. Hizo entonces las campañas del ejército del Norte y del ejército de Lumbre-y-Mosa, hasta 1797. Se distinguió en los combates de Lincelles y de Courtray, donde yo fui hecho teniente.

Más adelante, después de haber permanecido en París desde 1797 a 1800, formé parte del ejército de Italia, y se cubrió de gloria en Marengo, envolviendo a seis batallones de granaderos austriacos, que rindieron las armas, después de la derrota de un regimiento húngaro. En esta batalla fui herido de un balazo en una cadera, de lo cual no me quejé, pues aquello me valió ser nombrado capitán.

Por último el regimiento Real de Picardia fue licenciado en 1803, y yo entré en los dragones, en los cuales hice todas las guerras del Imperio, tomando mi retiro en 1815.

De ahora en adelante, cuando hable de mi, será únicamente para contar lo que he visto o he hecho durante mi licencia en Alemania; pero que no se olvide ni un instante que yo soy muy poco instruido. No tengo tampoco en alto grado el arte de decir las cosas: lo que voy a referir no es más que impresiones, sobre las cuales no trato de razonar. Y, sobre todo, si en esta sencilla relación se me escapan expresiones o modismos picardos, espero que me los excusaréis, porque lo no podría hablar de otra manera. Iré de prisa de prisa, y además no me meteré en camisa de once varas, ni pondré los dos pies en un zapato. Lo diré todo, sin embargo; y puesto que os pido permiso para expresarme sin reserva, espero que me responderéis: «Con libertad completa, caballero».

CAPÍTULO II

En aquella época, según yo he aprendido después en los libros, Alemania estaba todavía dividida en diez círculos, más tarde, nuevas variaciones establecieron la Confederación del Rhin, hacia 1806, bajo el protectorado de Napoleón; y después, en 1815, la Confederación Germánica. Dos de estos Círculos, que comprendía los electorados de Sajonia y de Brandeburgo, llevaba entonces el nombre de Círculo de la Alta Sajonia.

Este electorado de Brandeburgo debía llegar a ser más tarde una de las provincias de Prusia, y dividirse en dos distritos: el distrito de Brandeburgo, propiamente dicho, y el distrito de Postdam.

Digo todo esto, a fin de que se sepa bien dónde se encuentra la pequeña ciudad de Belzingen, situada en el distrito de Postdam, hacia la parte sudoeste, a algunas leguas de la frontera.

A esta frontera fue adonde llegué el 16 de Junio, después de haber recorrido las ciento cincuenta leguas que la separan de Francia. Si había empleado nueve días en recorrer este tramo, era porque las comunicaciones no eran muy fáciles. Yo había gastado más tachuelas de mis zapatos, que herraduras o ruedas de carruajes, de carretas por mejor decir^[3]. Además, ya no me paraba a empollar huevos, como dicen los picardos. No poseía más que las ruines economías de mí paga, y quería gastar lo menos posible. Muy felizmente, durante el tiempo que estuve de guarnición en la frontera, había podido aprender algunas palabras en alemán, que aún retenía, lo cual me sirvió para ayudarme mucho en mi difícil situación. Sin embargo, hubiera sido muy difícil el ocultar que yo era

francés, por lo cual durante mi viaje se me lanzaron al pasar más de una mirada de reojo. Ya se comprenderá, que yo me guardaba muy bien de decir que era el sargento Natalis Delpierre. No podrá menos de aprobarse mi conducta prudente en aquellas circunstancias, puesto que era muy de temer una guerra con Prusia y Austria; es decir, con la Alemania entera.



En la frontera del distrito tuve una buena sorpresa.

Iba a pie. Me dirigía a una posada para descansar en ella; la posada del *Ecktvende*, es decir, de *Vuelve la esquina*. Después de una noche bastante fresca, amanecía una mañana muy hermosa. Bonito tiempo. El sol, a las siete de la mañana, bebía ya el rocío de las praderas. Los pájaros formaban un verdadero hormiguero sobre las hayas, las encinas y los olmos. Poca cultura en la campiña, mustios campos en erial. Por otra parte, esto no es extraño: pues el clima es muy duro en este país.

A la puerta del *Ecktvende* esperaba un pequeño carruajillo, al cual estaba enganchado un caballo flaco y débil, que apenas podría andar las dos leguas en dos horas, si no lo echaban demasiada carga.

Una mujer se encontraba allí; una mujer alta, fuerte, bien constituida, que llevaba un corpiño con tirantes adornados con pasamanería, sombrero de paja engalanado con cintas amarillas, falda de rayas rojas y violeta, todo bien ajustado, bien puesto, muy limpio, como podría serlo un traje de domingo o de día de fiesta.

Y, a la verdad, aquel día era un día de mucha fiesta para aquella mujer, aunque no fuese domingo.

Me miraba detenidamente, y yo la dejaba mirarme. De repente abre los brazos, y sin decir a la una, a las dos, corre hacia mí, y exclama:

—¡Natalis!

—¡Irma!

Era ella, en efecto; mi hermana Irma. Al momento me reconoció. Verdaderamente las mujeres tienen mejor golpe de vista que nosotros para estos reconocimientos que vienen del corazón; o al menos, tienen un golpe de vista más perspicaz.

Iba a hacer bien pronto trece años que no nos habíamos visto; ya se comprenderá, si me enojaría el encontrarla.

¡Qué buena y qué robusta se había conservado! Al verla, me recordaba a nuestra madre, con sus ojos grandes y vivos, y también con sus cabellos negros, que comenzaban a blanquear por las sienes.

La abracé fuertemente, y la bese en sus dos mejillas enrojecidas por el viento de la campiña; y os aseguro que podéis creer que ella hizo a su vez estallar sus labios sobre las mías.

Precisamente era por verla a ella por lo que yo había pedido mi licencia. Comenzaba a inquietarme que estuviese fuera de Francia en el momento en que el juego empezaba a embrollarse. ¡Una francesa en medio de aquellos alemanes! Si la guerra llegaba por fin a ser declarada, podía acarrearle grandes disgustos. En semejante caso, vale más estar en su país, y si ella quería, yo estaba dispuesto a conducirla conmigo. Para esto sería preciso dejar a su señora, *madame* Keller, y yo dudaba que ella consintiese. En fin, sería cosa de pensarse.

—¡Qué alegría el vernos, Natalis!... —me dijo—. ¡Y el encontrarnos tan lejos de Francia! ¡Tan lejos de nuestra Picardía! Me parece que me traes con tu presencia un poco de aquel aire grato de nuestra tierra. ¡Cuánto tiempo hemos estado sin encontrarnos!...

—Trece años, Irma.

—Sí, trece años; trece años de separación. ¡Qué plazo tan largo, Natalis!

—¡Querida Irma! —respondí.

Y véannos ustedes a mi hermana y a mi, yendo y viniendo, cogidos del brazo, a lo largo del camino.

—¿Y cómo te va? —le pregunté.

—Siempre poco más o menos. ¿Y tú?

—Vamos marchando.

—¡Ya lo creo! ¡Y sargento que eras ya! He aquí un honor para la familia.

—Sí, Irma, muy grande. ¿Quién hubiese pensado jamás que el pequeño guardián de polos de Grattepanche llegaría a ser sargento?... Pero... es preciso no decirlo muy alto.

—¿Por qué? ¿Qué mal hay en ello?

—Porque el decir que soy soldado, no dejaría de tener inconvenientes en este país. En el momento en que corran rumores

de guerra, ya es grave para un francés el encontrarse en Alemania. No, yo soy tu hermano, don Nadie, que ha venido a ver a su hermana, y nada más.

—Bien, Natalis; seré muda respecto a este punto, yo te lo prometo.

—Será cosa muy prudente, pues los coplas alemanes tienen muy buen olfato.

—Estad tranquilo.

—Y aun si quieres seguir mi consejo, Irma, te conduciré conmigo a Francia.

Los ojos de mi hermana mostraron señales evidentes de pena, y me dio la respuesta que yo esperaba.

—¡Dejar a *madame* Keller! ¡Natalis!... Cuando la hayas visto, comprenderás que no puedo dejarla sola.

Yo comprendía esto de antemano, y dejé el asunto para mejor ocasión.

Viendo que yo no insistía, la alegría volvió a brillar en los ojos de Irma. No hacía más que preguntarme noticias acerca de nuestro país y de las personas conocidas.

—¿Y nuestra hermana Firminia?

—En buena salud. He tenido noticias tuyas por nuestro vecino Létocard, que ha venido hace dos meses a Charleville. ¿Te acuerdas bien de Létocard? —¿El hijo del carretero?

—Sí. Ya sabes, o, mejor dicho, no sabes que se ha casado con una Matifas.

—¿La hija de aquel viejo de Fouencamps?

—El mismo. Me ha dicho que nuestra hermana no se quejaba de su salud. ¡Ah! Se ha trabajado y se trabaja de veras en Escarbotin. Además, ha tenido cuatro hijos, y el último... con mucho trabajo. En cambio, y felizmente tiene un marido honrado, buen obrero y nada bebedor, excepto los lunes. En fin: no le falta que hacer para su edad. ¡Ya es vieja! ¡Diablo! Cinco años más que tú, Irma, y catorce más que yo. Ya va siendo bastante. ¿Qué quieres? Pero es una mujer valerosa, lo mismo que tú.

—¡Oh! ¡Yo, Natalis!... Si yo he conocido la pena, no ha sido más que la pena de los otros. Desde que he salido de Grattepanche no he conocido la miseria. ¡Pero esto de ver sufrir cerca de sin poder prestar remedio alguno!...

El rostro de mi hermana se había entristecido de nuevo. En el momento varió de conversación.

—¿Y tu viaje? —me preguntó.

—No se ha pasado mal. Hace bastante buen tiempo para la estación, y, además, como ves; tengo sólidas piernas. Por otra parte, ¿qué significa la fatiga cuando se está bien seguro de ser recibido con alegría a su llegada?

—Dices bien, Natalis; se te hará buen recibimiento, y se te querrá en la familia como se me quiere a mi.

—¡Pobre *madame* Keller! ¿Sabes, hermana mía que si la encuentro sola no la reconocería? Para mí es todavía la joven señorita hija de los señores de Acloque, aquellas honradas gentes de Saint-Sauflieu. Cuando contrajo matrimonio, y de esto ya a hacer ya pronto veinticinco años, no era yo más que un chiquillo. Pero nuestro padre y nuestra madre decían tanto bien de ella y de su familia, que esto no me ha olvidado nunca.

—¡Pobre mujer! —dijo entonces Irma—. Bien cambiada y bien mediana está a la hora presente. ¡Qué esposa ha sido, Natalis! Y sobre todo, ¡qué madre es todavía!

—¿Y su hijo?

—El mejor de los hijos, que se ha puesto a trabajar valerosamente para reemplazar a su padre, muerto hace quince meses.

—¡Pobre *monsieur* Jean!

—Adora a su madre; no vive más que para ella, del mismo modo que ella no vive más que para él.

No le he visto nunca, Irma, y ardo en deseos de conocerle. Me parece que siento ya cariño por ese joven.

—No me admira eso, Natalis. Es un afecto que te viene de mi parte.

—Vaya; en marcha, hermana mía.

—En marcha.

—¡Un minuto!... ¿A qué distancia estamos de Belzingen?

—A cinco leguas largas.

—¡Bah! —respondí—. Si yo estuviese sólo, las recorrería en dos horas; pero será preciso...

—No lo creas, Natalis. Yo iré más de prisa que tú.

—¿Con tus piernas?

—No; con las piernas de mi caballo.

Y al decir esto, Irma me mostraba el carruajillo, que esperaba a la puerta de la posada.

—¿Es que has venido a buscarme en ese carruaje?

—Si, Natalis, a fin de conducirte a Belzingen. He salido de allí muy temprano, y estaba llamando a esta puerta a las siete de la mañana. Y si la carta que nos has enviado hubiese llegado más pronto, hubiera ido a buscarte más.

—¡Oh! ¡Era inútil, hermana mía! Vamos; en marcha. ¿Tienes algo que pagar en la posada? Tengo aquí algunas monedas.

—Gracias, Natalis; está todo pagado; no tenemos que hacer más que echar a andar.

Mientras que nosotros hablábamos, el posadero del *Ecktvende*, apoyado en el marco de la puerta, parecía escuchar sin que tuviese apariencias de oír.

Esto no me satisfizo de ninguna manera. Acaso hubiéramos hecho mejor con habernos ido a charlar más lejos...

Aquel posadero era un hombretón gordo, montaraz, tenía una fisonomía desagradable, unos ojos como agujeros abiertos con berbiquí, con los párpados plegados, la nariz aplastada, la boca grande, como si cuando hubiese sido pequeño le hubieran dado la papilla con un sable. En fin, la fisonomía repugnante de un hombre de mala raza.

Después de todo, nosotros no habíamos dicho cosas comprometedoras. Y acaso no hubiese entendido nada de nuestra

conversación. Por otra parte, si no sabía el francés no podía comprender que yo venía de Francia.

Por fin montamos en el carrillo. El posadero los vio partir sin hacer un gesto. Yo tomé las bridas, y fustigué suavemente al caballejo. Corríamos por el camino como el viento de Enero. Esto, sin embargo, no nos impedía hablar, y, por consiguiente, Irma pudo ponerme al corriente de todo.

De este modo, con lo que yo sabía ya y con lo que ella me dijo, hay lo suficiente para que conozcáis lo que concierne a la familia Keller.

CAPÍTULO III

M*adame* Keller, nacida en 1757, tenía entonces cuarenta y cinco años. Originaria de Saint-Sauflieu, como antes he dicho, pertenecía a una familia de pequeños propietarios. *Monsieur* y *madame* Acloque —su padre y su madre—, de posición muy modesta, habían visto disminuir su pequeña fortuna de año en año, a consecuencia de las necesidades de la vida. Murieron poco después uno de otro, hacia el año 1765. La joven quedó entregada a los cuidados de una tía vieja a, cuyo fallecimiento debía dejarla bien pronto sola en el mundo.

En esta situación se encontraba cuando fue pretendida por *monsieur* Keller, que había venido a Picardía para asuntos de su comercio, el cual ejerció durante diez y ocho meses en Amiens y en los alrededores, donde se ocupaba del transporte de mercancías. Era un hombre serio, de buena presencia, inteligente y activo. Por aquella época no teníamos nosotros todavía por la gente de raza alemana la repulsión que debían inspirarnos más tarde los odios nacionales sostenidos por treinta años de guerra.

Monsieur Keller disponía de una regular fortuna, que no podía menos de acrecentar con su celo y con su actividad ante los negocios, y, en resumen, preguntó a *mademoiselle* Acloque si quería ser su esposa.

Mademoiselle Acloque dudó, porque se vería obligada a salir de Saint-Sauflieu y de su Picardía, a la cual estaba unida de todo corazón. Y, además, este matrimonio, ¿no debía hacerla perder su cualidad de francesa? Pero entonces no poseía por toda fortuna

más que una casita, que sería necesario vender muy pronto. ¿Qué sería de ella después de este último sacrificio? Por estas razones, *madame* Dufrenay, su vieja tía, sintiendo su próximo fin, y asustándose de la situación en que se encontraría su sobrina, la impulsó a que aceptara el ofrecimiento.

Mademoiselle Acloque consintió. El matrimonio fue celebrado en Saint-Sauflieu; y la que ya era *madame* Keller, dejó la Picardía algunos meses más tarde, y siguió a su marido al otro lado de la frontera.

Madame Keller no tuvo motivo para arrepentirse de la elección que había hecho. Su marido fue bueno para ella, como ella fue buena para él. Siempre atento y cariñoso, puso todo su cuidado en conseguir que su esposa no conociese demasiado que había perdido su nacionalidad. Para este matrimonio, completamente de razón y de conveniencia, no hubo, sin embargo, más que días felices; lo cual es raro en nuestros tiempos, y lo era ya también entonces.

Un año después, en Belzingen, donde vivían *madame* Keller dio a luz un niño. Entonces quiso consagrarse toda entera a la educación de su hijo, del cual se ha de tratar mucho en nuestra historia.

Algún tiempo después del nacimiento de ese niño, hacia 1771, fue cuando mi hermana Irma de edad entonces de diez y nueve años, entró a servir a la familia Keller. *Madame* Keller la había conocido muy niña, cuando ella misma no era más que una pollita. Nuestro padre había trabajado algunas veces en casa de *monsieur* Acloque, y su señora y su hija se interesaban por su situación. De Grattepanche a Saint-Sauflieu no hay mucha distancia. *Madame* Acloque encontraba con frecuencia a mi hermana, la besaba, la abrazaba, le hacía pequeños regalos, y sintió, en fin, por ella, una gran amistad; amistad que había de ser pagada más tarde con el más acendrado y puro afecto.

Así, cuando supo la muerte de nuestro padre y de nuestra madre, que nos dejaban casi sin recursos, *madame* Keller tuvo la

idea de llevarse consigo a Irma, que estaba ya sirviendo en una casa de Saint-Sauflieu, en lo cual mi hermana consintió de buen grado, sin que jamás haya tenido que arrepentirse de ello.

Ya he dicho que *monsieur* Keller era de sangre francesa por sus antecesores. Veamos de qué modo.

Poco más de un siglo antes, los Keller habitaban la parte francesa de la Lorena. Eran hábiles y entendidos comerciantes, y estaban ya en una posición muy desahogada, que hubieran seguramente mejorado mucho, sin los graves acontecimientos que vinieron a trastornar el porvenir de millares de familias, que se contaban entre las más industriosas de toda Francia.

Los Keller eran protestantes. Muy apegados a su religión, no había cuestión alguna de Interés, por importante que fuese, que pudiera hacer de ellos renegados.

Bien lo demostraron cuando fue revocado el edicto de Nantes en 1685, pues tuvieron, como tantos otros, que elegir entre dejar el país o renegar de su fe. Como tantos otros también, eligieron el destierro.

Manufactureros, artesanos, obreros de todas clases, agricultores, salieron de Francia, para ir a enriquecer la Inglaterra, los Países Bajos, la Suiza, la Alemania, y más particularmente el Brandeburgo. Allí recibieron una cordial acogida por parte del Elector de Prusia y de Postdam, en Berlín, en Magdeburgo, en Battin y en Francfort-sur-l'Oder.

Precisamente fueron habitantes de Metz, en número de veinticinco mil, los que fundaron las florecientes colonias de Stettin, y de Postdam.

Los Keller abandonaron, pues, la Lorena, no sin esperanza de volver, indudablemente después de haber tenido que ceder sus fondos de comercio por un pan de centeno.

¡Sí! Cuando se sale de un país, se dice que se volverá a él cuando las circunstancias lo permitan; pero entretanto que llegan estas circunstancias, se instala uno en el extranjero. Se establecen nuevas relaciones y se crean nuevos intereses. Los años corren, y

después se queda uno allá. Esto ha sucedido con muchas familias, con detrimento de Francia.

En aquella época, la Prusia, cuya elevación a reino data sólo de 1701, no poseía sobre el Rhin más que el ducado de Cleves, el condado de la Mark, y una parte del Gueldres.

En esta última provincia precisamente, casi en los confines de los Países Bajos, fue donde llegaron a buscar refugio los Keller. Allí crearon establecimientos industriales, emprendieron de nuevo su comercio, interrumpido por la inicua y deplorable revocación del edicto de Nantes, dado por Enrique IV. De generación en generación, se hicieron relaciones y aun alianzas con los nuevos compatriotas; las familias se mezclaron tan completamente, que aquellos antiguos franceses llegaron poco a poco a convertirse en súbditos alemanes.

Hacia 1760, uno de los Keller dejó el Gueldres para ir a establecerse en la pequeña ciudad de Belzingen, en medio del Circulo de la Alta Sajonia, que comprendía una parte de la Prusia. Este Keller tuvo fortuna en sus negocios, lo cual le permitió ofrecer a *mademoiselle* Acloque las comodidades que ésta no podía encontrar en Saint-Sauflieu. Fue en el mismo Belzingen donde su hijo vino al mundo, prusiano por parte de padre, si bien por parte de su madre corría en sus venas sangre francesa.

Y lo digo con una emoción que me hace todavía derramar lágrimas; era un francés de corazón aquel joven, en quien resucitaba el alma maternal. *Madame* Keller lo hablo alimentado con su pecho; sus primeras palabras de niño las había balbuceado en francés, y en este idioma, y no en alemán, había aprendido a decir madre. Nuestro lenguaje era el que primeramente había escuchado y hablado después, pues éste era el que se empleaba más habitualmente en la casa de Belzingen, aunque *madame* Keller y mi hermana Irma hubiesen aprendido bien pronto a servirse de la lengua alemana.

La infancia del pequeño Jean fue, pues, arrullada con las canciones de nuestro país. Su padre no pensó jamás en oponerse a

ello; al contrario. ¿No era la lengua de sus antecesores aquella lengua de Lorena, tan francesa, cuya pureza no ha sido alterada por la vecindad de la frontera germánica?

Y no solamente *madame* Keller había nutrido con su leche a aquel niño, sino también con sus propias ideas, en todo lo que a Francia se refería. Amaba profundamente a su país de origen: jamás había perdido la esperanza de volver a él algún día. No ocultaba la felicidad que para ella sería volver a ver su vieja tierra picarda. *Monsieur* Keller no oponía a ello repugnancia alguna. Sin duda, después de hecha su fortuna, él hubiese dejado voluntariamente la Alemania para ir a fijarse definitivamente en el país de su mujer. Pero le era preciso trabajar algunos años todavía, a fin de asegurar una situación conveniente a su mujer y a su hijo. Desgraciadamente, la muerte había venido a sorprenderla apenas hacía quince meses.

Tales fueron las cosas que mi hermana se había puesto a contarme en el camino, mientras que el carrillo rodaba hacia Belzingen. Desde luego, esta muerte inesperada había tenido por primer resultado el retrasar la vuelta de la familia Keller a Francia; y ¡qué de desgracias habían de seguir a ésta!

En efecto: cuando *monsieur* Keller murió, estaba sosteniendo un gran pleito con el Estado prusiano. Desde hacía dos o tres años era proveedor de fornituras militares por cuenta del gobierno, y había comprometido en este negocio, además de toda su fortuna, algunos fondos que la habían sido confiados. Con los primeros ingresos había podido reembolsar a sus asociados; pero a él le quedaba todavía que reclamar el saldo de la operación, que constituía casi todo su haber. Pero el arreglo de este saldo no llegaba jamás. Se jugaba con *monsieur* Keller, se le repelaba, como nosotros decimos, se le oponían dificultades de todas clases, hasta que se vio obligado a recurrir a los tribunales de Berlín.

Pero el pleito marchaba muy lentamente. Sabido es, por otra parte, que no es bueno pleitear contra los gobiernos, sean del Estado que quieran. Los jueces prusianos daban muestras de mala

voluntad demasiado evidente. Sin embargo, *monsieur* Keller había cumplido sus compromisos con una perfecta buena fe, pues era un hombre honrado. Se trataba para él de veinte mil florines, una fortuna en aquella época, y la pérdida de aquel pleito sería su ruina.

Lo repito: sin este retraso, la situación quizá hubiera podido arreglarse en Belzingen. Este es, por otra parte, el resultado que perseguía *madame* Keller desde la muerte de su marido, pues ya se comprende que su más vivo deseo era el de volverse a Francia.

Esto fue lo que me contó mi hermana. En cuanto a su posición, bien puede adivinarse. Irma había criado y educado al niño casi desde su nacimiento, uniendo sus cuidados a los de su madre; por consiguiente, lo amaba también con un amor verdaderamente maternal. Por eso en la casa no se la miraba como una sirvienta, sino como a una compañera, una humilde y modesta amiga. Ella era de la familia, tratada como tal, y consagrada sin reserva a aquellos buenos gentes. Si los Keller dejaban la Alemania, sería para ella una gran alegría el seguirles; si continuaban en Belzingen, ella permanecería con ellos.

—¡Separarme de *madame* Keller! Me parece que me moriría, — me dijo.

Yo comprendí que nada podría decidir a mi hermana a volver conmigo, puesto que su señora se veía obligada a permanecer en Belzingen hasta el cobro completo de sus intereses. Y, sin embargo, sólo el verla en medio de aquel país, pronto a levantarse contra el nuestro, no dejaba de causarme grandes inquietudes. Y había motivo para ello, pues si la guerra se declaraba, no sería leve ni por poco tiempo.

Después, cuando Irma hubo acabado de darme las estas noticias relativas a los Keller, me dijo:

—¿Vas a permanecer con nosotros todo el tiempo que dure tu licencia?

—Sí; todo el tiempo que dure, si es que puedo.

—Pues bien, Natalis; es posible que asistas bien pronto a una boda.

—¿Quién se casa? ¿*Monsieur Jean*?

—Sí.

—¿Y con quién se casa? ¿Con una alemana?

—No, Natalis; y esto es lo que constituye nuestra alegría. Si su madre se casó con un alemán, la mujer de él será una francesa.

—¿Bella?

—Bella como un ángel.

—Esta noticia me causa mucho placer, Irma.

—¡Y a nosotros! Pero ¿y tú, Natalis, no piensas en casarte?

—¿Yo?

—¿No has dejado nada por esas tierras?

—Sí, Irma.

—¿Y qué es?

—La patria, hermana mía. ¿Es necesaria otra cosa para un soldado?

CAPÍTULO IV

Belzingen, pequeña ciudad situada a menos de veinte leguas de Berlín, está construida cerca de la aldea de Hagelberg, donde en 1813 los franceses debían medirse con las tropas prusianas. Dominada por la cima del Flameng, la población se extiende a sus pies, en una situación bastante pintoresca. Su comercio comprende los caballos, el ganado lanar, el lino, el trébol y los cereales.

Allí fue donde llegamos mi hermana y yo, hacia las diez de la mañana. Algunos Instantes después, el carrujillo se detenía delante de una casa muy limpia y muy atractivo, aunque modesta. Era la casa de *madame* Keller.

En este país se creería uno en plena Holanda. Los aldeanos llevan largos gabanes azulados, chalecos escarlata, terminados en un alto y sólido cuello, que podría protegerlos perfectamente de un golpe de sabio. Las mujeres, con sus dobles y triples sayas, sus gorros con alas blancas, parecerían hermanas de la Caridad, si no fuera por el pañuelo de colores vivos que les cubre el talle, y su corpiño, de terciopelo negro, que no tiene nada de monástico. Esto es, por lo menos, lo que vi por el camino.

En cuanto a la acogida que se me hizo, fácilmente se podrá imaginar. ¿No era yo el propio hermano de Irma? Por esto comprendí perfectamente que su situación en la familia no era inferior a la que me había dicho. *Madame* Keller me honró con una afectuosa sonrisa, y *monsieur* Jean con dos buenos apretones de manos. Ya se comprenderá que mi cualidad de francés debía entrar por mucho en tan buen recibimiento.

—*Monsieur* Delpierre —me dijo— mi madre y yo contamos con que pasaréis aquí todo el tiempo que dure vuestra licencia. Algunas semanas solamente: esto no es dedicar demasiado a vuestra hermana, puesto que no la habéis visto desde hace trece años.

—Se los dedicaré a mi hermana, a vuestra señora madre y a vos, *monsieur* Jean —respondí—. Yo no he olvidado el bien que vuestra familia ha hecho a la mía; y es una felicidad para Irma el haber sido acogida en vuestra casa.

Lo confieso ingenuamente: yo llevaba preparado este cumplimiento para no quedar parado como un bobo a mi entrada. Pero era inútil con tan buena gente, bastaba dejar salir a su gusto lo que uno tuviese en el corazón.

Mirando a *madame* Keller, recordaba perfectamente sus rasgos de joven, que estaban bien grabados en mi memoria. Su belleza parecía no haber cambiado con los años. En la época de su juventud, la gravedad de su fisonomía llamaba la atención, y a mí me parecía verla, poco más o menos, tal como la veía entonces. Si sus cabellos negros blanqueaban por algunos sitios, sus ojos no habían perdido nada de su vivacidad de joven. Todavía estaban llenos de fuego, a pesar de las lágrimas que les habían anegado desde la muerte de su esposo. Su actitud era tranquila. Sabía escuchar, no siendo de esas mujeres que charlan como urracas o murmuran como un enjambre dentro de una colmena. Francamente, esas no me gustan mucho. Se comprendía que estaba llena de buen sentido, sabiendo escuchar y tener en cuenta su razón antes de hablar o de decidirse a una determinación, siendo, por consiguiente, muy entendida en dirigirlos negocios.

Además, según bien pronto pude observar, no salía sino muy raramente del hogar doméstico. No andaba de visitas en casa de las vecinas; huía los conocimientos, y se encontraba perfectamente en su casa. Esto es lo que me agrada en una mujer. Yo hago poco caso de aquellas que, como los músicos ambulantes, no se encuentran nunca mejor que fuera de su casa.

Una cosa me causó también gran placer, y fue que *madame* Keller, sin desdeñar las costumbres alemanas, había conservado alguna de nuestras costumbres picardas. Así el Interior de su casa recordaba mucho el de las casas de Saint-Sauflieu. Con el arreglo de los muebles, la organización del servicio, la manera de preparar las comidas, se hubiera uno creído en su país. Esto lo ha conservado siempre en la memoria.

Monsieur Jean tenía entonces veinticuatro años. Era un joven de una estatura algo más elevada que la mediana; de cabellos y bigote negros, y con los ojos tan oscuros, que parecían negros también. Si bien era alemán, no tenía nada al menos de la tiesura teutónica, que contrastaba con la gracia y la elegancia de sus maneras. Su naturaleza franca, abierta y simpática, atraía. Se parecía mucho a su madre. Naturalmente serio como ella, agradaba, pesar de su aire grave, siendo además muy atento y servicial. A mí me agradó por completo desde que la vi la primera vez. Si en alguna ocasión tiene necesidad de un verdadero amigo, lo encontrará en Natalis Delpierre.

Añado, además, que se servía de nuestra lengua Como si hubiese sido educado en mi país. ¿Sabía el alemán? Sí, evidentemente, y muy bien. Pero, a la verdad, hubiera sido preciso preguntárselo como se lo preguntaron a no sé qué reina de Prusia, que habitualmente no hablaba más que el francés. Y, además, se interesaba sobre todo por las cosas de Francia; amaba a nuestros compatriotas, los buscaba, les prestaba servicios. Se ocupaba en recoger todas cuantas noticias venían de allá, y hacía de ellas el asunto favorito de su conversación.

Por otra parte, él pertenecía a la clase de los industriales y de los comerciantes, y, como tal, se sentía mortificado con la altanería de los funcionarios públicos y de los militares, como se sienten mortificados por esta misma causa todos los jóvenes que, dedicados a los negocios, no tienen nada que ver con el gobierno.

¡Qué lástima que *monsieur* Jean Keller, en lugar de no serlo más que a medios, no fuese por completo francés! ¿Qué queréis? Yo

digo lo que pienso, lo que se me ocurre, sin razonarlo, tal como lo siento. Si no soy aficionado a los alemanes, es porque los he visto de cerca durante el tiempo que he estado de guarnición en la frontera. En las altas clases, aun cuando son bien educados, como se debe serlo, con todo el mundo, su natural altanero, molesta siempre. Yo no niego sus buenas cualidades; pero los franceses tienen otras, y no había de ser aquel viaje por Alemania lo que me hiciera cambiar de opinión.

A la muerte de su padre, *monsieur* Jean, que estudiaba entonces en la Universidad de Goetting, se vio obligado a dejar sus estudios para ir a ponerse al frente de los negocios de la casa. *Madame* Keller encontró en él un ayuda inteligente, activo y laborioso.

Sin embargo, no se limitaban a tan poca cosa sus aptitudes. Fuera de las cosas del comercio, era muy instruido, según lo que me ha dicho mi hermana, pues yo no hubiera podido juzgar por mí mismo. Tenía gran afición por los libros; y le gustaba mucho la música. Tenía una bonita voz, no tan fuerte como la mía; pero más agradable. Cada uno en su oficio es maestro.



Cuando yo gritaba: «Adelante ¡Paso redoblado! ¡Alto!», a los soldados de mi compañía, sobre todo «¡Alto!», no había uno solo que se quejase de que no me oía. Pero volvamos a *monsieur* Jean. Si me dejase llevar de mi deseo, no acabaría nunca de hacer su elogio. Pero ya se le verá en sus hechos.

Lo que es preciso no olvidar es que, desde la muerte de su padre, todo el peso de los negocios había recaído sobre él, y le era necesario trabajar de firme, pues las cosas habían quedado bastante embrolladas. No tenía más que un deseo, y a él se dirigían todos sus esfuerzos: a poner en claro su situación, y a retirarse del comercio. Desgraciadamente, el pleito que sostenía contra el Estado no estaba próximo a terminar. Importaba, no obstante, seguirle asiduamente, y para que no se perdiera por negligencia o falta de cuidado era necesario ir con frecuencia a Berlín. Bien se veía que el porvenir de la familia Keller dependía de la solución de aquel negocio. Después de todo, sus derechos eran tan ciertos, que no podía perderle, por mucha que fuese la mala intención de los empleados y de los jueces.

Aquel día, a las doce, comimos todos en mesa redonda. Estábamos como en familia. Tal era la manera con que se me trataba. Yo estaba al lado de *madame* Keller; mi hermana Irma ocupaba su sitio habitual, al lado de *monsieur* Jean, que estaba en frente de mí.

Se habló de mi viaje, de las dificultades que hubiera podido encontrar en el camino, del estado del país. Yo adivinaba las inquietudes de *madame* Keller y de su hijo a propósito de lo que se preparaba, de las tropas en marcha hacia la frontera de Francia, lo mismo las de Prusia que las de Austria. Sus intereses corrían peligro de estar gravemente y por largo tiempo comprometidos si la guerra estallaba.

Pero más valía no hablar de cosas tan tristes en esta primera comida.

Por consiguiente, *monsieur* Jean quiso cambiar de conversación, y empezó a hablar de mí.

—¿Y vuestras campañas? —me preguntó—. ¿Habéis disparado los primeros tiros en América? ¿Habéis encontrado en aquellos lejanos países al marqués de Lafayette, a ese heroico francés que ha consagrado su fortuna y su vida a la causa de la independencia?

—Sí, *monsieur* Jean. —¿Y habéis visto a Washington?

—Como os estoy viendo a vos —respondí— es un soberbio hombre, con grandes manos, grandes pies; en fin, un gigante.

Evidentemente, esto era lo que me había llamado más la atención en el General americano.

Entonces fue preciso contar lo que sabía de la batalla de Yorktown, y cómo el conde de Rochambeau había materialmente barrido a lord Cornwallis.

—¿Y desde vuestra vuelta a Francia —me preguntó *monsieur Jean*—, no habéis hecho ninguna campaña?

—Ni una sola —repliqué—. El Real de Picardía ha andado siempre de guarnición en guarnición.

Estábamos siempre muy ocupados...

—Lo creo, Natalis; y tan ocupados, que vos no habéis tenido tiempo jamás de enviar noticias vuestras, ni de escribir una sola palabra a vuestra hermana.

Ante esta observación, no pude menos de enrojecer. Irma pareció también un poco molesta.

En fin, me decidí, y tomé un partido. Después de todo, no era cosa para avergonzarse.

—*Monsieur Jean* —respondí— si yo no he escrito a mi hermana, es porque cuando se trata de escribir, yo soy manco de las dos manos.

—¿No sabéis escribir, Natalis? —exclamó *monsieur Jean*.

—No, señor, con gran sentimiento mío.

—¿Ni leer?

—Tampoco. Durante mi infancia, aun admitiendo que mi padre y mi madre hubieran podido disponer de algunos recursos para hacerme instruir, no teníamos maestro de escuela en Grattepanche ni en los alrededores. Después... he vivido siempre con la mochila a la espalda y el fusil sobre el hombro, y no se tiene tiempo sobrado para estudiar entra jornada y jornada. Ved aquí como un sargento, a los treinta y un años, no sabe todavía leer ni escribir.

—Bien, Natalis; nosotros os enseñaremos, —dijo *madame Keller*.

—¿Vos, señora?...

—Sí —añadió *monsieur* Jean—; mi madre y yo; los dos lo tomaremos por nuestra cuenta. Tenéis dos meses de licencia, ¿verdad?...

—Dos meses.

—¿Y vuestra intención es pasarlos aquí?

—¡Si no os molesto!...

—¡Molestarnos!... —dijo *madame* Keller—. ¡Vos! ¡El hermano de Irma!...

—Querida señora —dijo mi hermana—; cuando Natalis os conozca mejor, no dirá esas cosas.

—Vos estaréis aquí como en vuestra casa, añadió *monsieur* Jean.

—¡Cómo en mi casa! ¡Diablo, *monsieur* Keller! Yo no he tenido jamás casa.

—Pues bien, en casa de vuestra hermana, si queréis mejor. Os lo repito: permaneced aquí todo el tiempo que gustéis, y en los dos meses que tenéis de licencia, yo me encargo de enseñaros a leer. La escritura vendrá después.

Yo no sabía cómo darle las gracias.

—Pero... *monsieur* Jean —dije—. ¿No tenéis ocupado todo vuestro tiempo?

—Con dos horas por la mañana y dos por la tarde, será suficiente; os pondré temas, y vos los traduciréis.

—Yo te ayudare, Natalis —me dijo Irma—; pues yo sé también leer y escribir, aunque no sea mucho.

—¡Ya lo creo! —añadió *monsieur* Jean— como que ella ha sido la mejor alumna da mi madre. ¿Qué responder a una proposición hecha con tan buena voluntad?

—Sea; acepto, *monsieur* Jean: acepto, *madame* Keller: y si no hago como debo mis temas, me impondréis castigo. *Monsieur* Jean replicó:

—Comprended, mi querido Natalis, que es preciso que todo hombre sepa leer y escribir.

Pensad en todo cuanto deben ignorar las pobres gentes que no han aprendido. ¡Qué obscuridad en su cerebro! ¡Qué vacío en su inteligencia! Se es tan desgraciado, como si se estuviese privado de un miembro. Y además, que no podréis ascender. Ya sois sargento, está bien; pero ¿cómo pasaréis de ese grado? ¿Cómo podréis llegar a ser teniente, capitán o coronel? Permaneceréis siempre en la situación en que estáis, y es preciso que la ignorancia no pueda deteneros en vuestra carrera.

—No sería la ignorancia lo que me detendría, *monsieur* Jean; serían las ordenanzas a nosotros los hijos del pueblo, no nos está permitido pasar del grado de capitán.

—Hasta el presente, Natalis, os sucedía; pero la revolución del 89 ha proclamado la igualdad en Francia, y hará desaparecer los viejos prejuicios. Ya en la nación francesa cada uno es igual a los demás.

Sed, pues, el igual de los que son instruidos, para que podáis llegar hasta donde la instrucción os permita y pueda conducirlos. ¡La igualdad! Esta es una palabra que la Alemania no conoce todavía. ¿Con que estáis conforme?

—Conforme, *monsieur* Jean.

—Está bien; comenzaremos hoy mismo, y dentro de ocho días estaréis en la última letra del A B C.

Puesto que hemos concluido de comer, vamos a dar un paseo a la vuelta no pondremos a la tarea.

Y ved aquí de qué manera comencé a aprender a leer y a escribir en la casa Keller. ¡No podían encontrarse gentes más buenas!

CAPÍTULO V

Dimos, pues, *monsieur* Jean y yo, un buen paseo por el camino que sube hasta el Hagelberg, por el lado de Brandeburgo. Hablábamos más que mirábamos. Verdaderamente, no había cosas demasiado curiosas que ver.

Sin embargo, lo que yo observaba atentamente era que las gentes me miraban mucho. ¿Qué queréis? Una persona desconocida en una población pequeña, siempre es una novedad y un suceso.

También hice esta otra observación, a saber: que *monsieur* Keller gozaba de la estimación general. Entre todos los que iban y venían, había bien pocos que no conocieran a la familia Keller. Por consiguiente, menudeaban los saludos, a los cuales, yo me creía obligado a contestar muy cumplidamente, aunque no fueran dirigidos a mí. Era preciso no faltar a la vieja política francesa.

¿De qué me habló *monsieur* Jean durante este paseo? ¡Ah! De lo que preocupaba sobre todo a su familia; de ese proceso que parece que lleva trazas de no acabar nunca.

Me refirió el asunto con toda extensión. Las fornituras suministradas habían sido entregadas en los plazos convenidos. Como *monsieur* Keller era prusiano, llenaba las condiciones exigidas en la contratos, y el beneficio, legítima y honradamente adquirido, debía habersele entregado sin dilación de ninguna especie. Seguramente, si algún pleito merecía ser ganado, era este. En tales circunstancias, los agentes del Estado se conducían como unos miserables.

—Pero ¡demonio! —añadí yo— esos agentes no son los jueces. Estos os darán justicia. Me parece imposible que podáis perder...

—Siempre se puede perder un pleito; aun el que parezca más fácil de ganar. Si la mala voluntad se mezcla en ello, ¿cómo he de esperar que se nos haga justicia? He visto a nuestros jueces, los veo con frecuencia, y comprendo bien que tienen cierta prevención contra una familia que está unida por algún lazo a Francia; ahora sobre todo, que las relaciones entre los dos países son muy tirantes. Hace quince meses, a la muerte de mi padre nadie hubiera dudado de la bondad de nuestra causa; pero ahora, no sé qué pensar. Si perdemos este pleito, será para nosotros la ruina, pues toda nuestra fortuna estaba metida en ese negocio. Apenas nos quedará con qué vivir.

—¡Eso no sucederá! —exclamé yo.

—Preciso es temerlo todo, Natalis. ¡Oh! No por mi —añadió *monsieur* Jean— yo soy joven y trabajaría; ¡pero mi madre!... Entretanto que yo pudiera llegar a rehacer la gran posición...; mi corazón se angustia al pensar que durante varios años habría de vivir con escasez y con privaciones.

—¡Pobre *madame* Keller!... Mi hermana me ha hablado mucho de ella. ¿La amáis mucho?

—¡Qué si la amo!... *monsieur* Jean guardó silencio por un instante.

Después añadió:

—Sin este proceso, Natalis, ya hubiera realizado nuestra fortuna; y puesto que mi madre no tiene más que un deseo, el de volver a su querida Francia, a la cual veinticinco años de ausencia no han podido hacer olvidar, hubiera arreglado todos nuestros asuntos de manera que pudiera darle esta alegría de aquí a un año; acaso de aquí a algunos meses solamente.

—Pero —preguntó yo— que el proceso se gane o se pierda, ¿no podrá *madame* Keller dejar la Alemania cuando guste?

—¡Ah, Natalis! Volver a su patria, a aquella Picardía que mi madre ama tanto, para no encontrar allí las modestas comodidades

a las cuales estaba acostumbrada, le sería en extremo penoso. Yo trabajaré, sin duda alguna, y con tanto más valor, cuanto que trabajaré por ella. ¿Obtendrá éxito? ¡Quién puede saberlo! Sobre todo en medio de las turbaciones que preveo, y con las cuales sufrirá tanto el comercio.

Al oír a *monsieur* Jean hablar de este modo, me causaba una emoción tan grande, que no procuraba disimularla. Varias veces me había estrechado la mano. Yo correspondía esta prueba de afecto, y él debía comprender todo lo que yo experimentaba. ¡Ah! ¡Qué es lo que yo no hubiera querido hacer por ahorrarles un disgusto a él y a su madre!



Él cesaba entonces de hablar, y se quedaba con los ojos fijos, como un hombre que mira en el porvenir.

—Natalis —me dijo entonces, con una entonación singular—. ¿Habéis notado cuán mal se arreglan las cosas en este mundo? Mi madre ha venido a ser alemana por su matrimonio, y yo he de permanecer alemán, aun cuando me case con una francesa.

Esta fue la sola alusión que hizo al proyecto de que Irma me había hablado por la mañana. Sin embargo, como *monsieur* Jean no se extendió más sobre el asunto, yo no creí deber insistir. Es preciso ser discretos con las personas que nos demuestran amistad. Cuando a *monsieur* Keller le conviniera, hablarme de su asunto más largamente, encontraría siempre un oído atento para escucharla, y una lengua presta para felicitarle.

El paseo continuó. Se habló de varias cosas, de multitud de asuntos, y más particularmente, de aquello que me concernía. Todavía me vi obligado a contar algunos hechos de mi campaña en América. *Monsieur* Jean encontraba muy hermoso esto de que Francia hubiese prestado su apoyo a los americanos para ayudarles a conquistar su libertad. Envidiaba la suerte de nuestros compatriotas, grandes o pequeños, cuya fortuna o cuya vida habían sido puestas al servicio de tan justa causa. Ciertamente, si él se hubiese encontrado en condiciones de poderlo hacer, no hubiera dudado un momento, y se habría alistado entre los soldados de Rochambeau, hubiera desgarrado su primer cartucho en Yorktown, y se hubiera batido por arrancar la América de la dominación inglesa.

Y solamente por la manera que tenía de decir esto, por su voz vibrante y su acento que me penetraba hasta el corazón, puedo afirmar que *monsieur* Jean hubiera cumplido perfectamente con su deber. Pero se es raramente dueño de sus acciones y de su vida. ¡Qué de grandes cosas, que no se han hecho, se hubieran podido hacer! En fin, el destino es así, y es preciso tomarlo como viene.

En esto volvíamos ya hacia Belzingen, desandando el camino. Las primeras casas de la población blanqueaban, heridas por el sol. Sus techos rojos, muy visibles entre los árboles, se destacaban

como flores en medio de la verdura. No estábamos ya de la población más que a dos tiros de fusil, cuando *monsieur* Jean me dijo:

—Esta noche, después de cenar, tenemos que hacer una visita mi madre y yo.

—¡No os molestéis por mí! —respondí—. Yo me quedaré con mi hermana Irma.

—No, el contrario, Natalis, yo os ruego que vengáis conmigo a casa de esas personas.

—Como vos queráis.

—Son compatriotas vuestros, *monsieur* y *madame* de Lauranay, que habitan hace bastante tiempo en Belzingen. Tendrán mucho gusto en veros, puesto que venís de su país, y yo deseo que os conozcan.

—Lo que vos dispongáis, —respondí.

Yo comprendí perfectamente que *monsieur* Jean quería informarme más adelante de los secretos de su familia. Pero dije para mí: este matrimonio, ¿no será un obstáculo más para el proyecto de volver a Francia? ¿No creará nuevos lazos que ligarán más obstinadamente a *madame* Keller y su hijo a este país, si *monsieur* y *madame* de Lauranay están en él sin intenciones de volver a su país natal? Acerca de esto, debía yo saber bien pronto a qué atenerme. ¡Un poco de paciencia!... Es preciso no marchar más deprisa que el molino, o se echará a perder la harina.

Ya habíamos llegado a las primeras casas de Belzingen. Entrábamos precisamente por la calle principal, cuando escuché a lo lejos un ruido de tambores. Había entonces en Belzingen un regimiento de infantería, el regimiento Lieb, mandado por el coronel von Grawert. Más tarde supe que dicho regimiento estaba allí de guarnición hacia cinco o seis meses. Muy probablemente, a consecuencia del movimiento de tropas que se operaba hacia el Oeste de Alemania, no tardaría en ir a reunirse con el grueso del ejército prusiano.

Un soldado mira siempre con gusto a los demás soldados, aun cuando estos sean extranjeros. Se procura averiguar lo que está bien y lo que está mal. Cuestión de oficio.

Desde el último botón de las polainas hasta la pluma del sombrero, se examina su uniforme, y se repara con atención cómo desfilan. Esto no deja de ser interesante.

Yo me detuve, pues, y *monsieur* Jean se detuvo también.

Los tambores batían una de esas marchas de ritmo continuo, que son de origen prusiano.

Detrás de ellos, cuatro compañías del regimiento de Lieb marchaban marcando el paso. No era aquello una marcha a operaciones, sino simplemente un paseo militar. *Monsieur* Jean y yo estábamos parados a un lado de la calla para dejar el paso libre.

Los tambores habían llegado al punto en que nosotros estábamos, cuando sentí que *monsieur* Jean me cogió vivamente por el brazo, como si hubiese querido hacerme permanecer clavado en aquel sitio.

Yo le miré.

—¿Qué es ello? —le pregunte.

—¡Nada!

Monsieur Jean se había puesto al principio densamente pálido. En aquel momento toda su sangre pareció haber subido a su rostro. Se hubiese dicho que acababa de sufrir un desvanecimiento; lo que nosotros llamamos ver los objetos dobles. Después su mirada permaneció fija, y hubiera sido difícil hacérsela bajar.

A la cabeza de la primera compañía, al lado izquierdo, marchaba un teniente, y, por consecuencia, había de pasar por donde nosotros estábamos.

Era éste uno de esos oficiales alemanes, como se veían tantos entonces, y como tantos se han visto después. Un hombre bastante buen mozo, rubio tirando a rojo, con los ojos azules, fríos y duros, aire bravucón, y con un contoneamiento como echándose las de elegante.

Pero, no obstante sus pretensiones de elegancia, se veía que era pesado. Para mi gusto, aquel bellaco sólo podía inspirar antipatía y aun repulsión.

Sin duda esto mismo era lo que inspiraba a *monsieur* Jean; acaso algo más que la repulsión misma. Yo observé, además, que el oficial no parecía animado de mejores sentimientos con respecto a *monsieur* Jean. La mirada que echó sobre él no fue de benevolencia ni mucho menos.

Entre ambos no mediaban más que algunos pasos cuando pasó por delante de nosotros el oficial, el cual, en el momento de pasar, hizo intencionadamente un movimiento desdeñoso, encogiéndose de hombros. La mano de *monsieur* Jean apretó convulsivamente la mía en un movimiento de cólera. Hubo un instante en que creí que iba a lanzarse sobre el militar. Por fin pudo contenerse.

Evidentemente, entre aquellos dos hombres había un odio profundo, cuya causa no adivinaba yo, pero que no debía tardar en serme revelada. Poco después la compañía pasó, y el batallón se perdió tras una esquina.

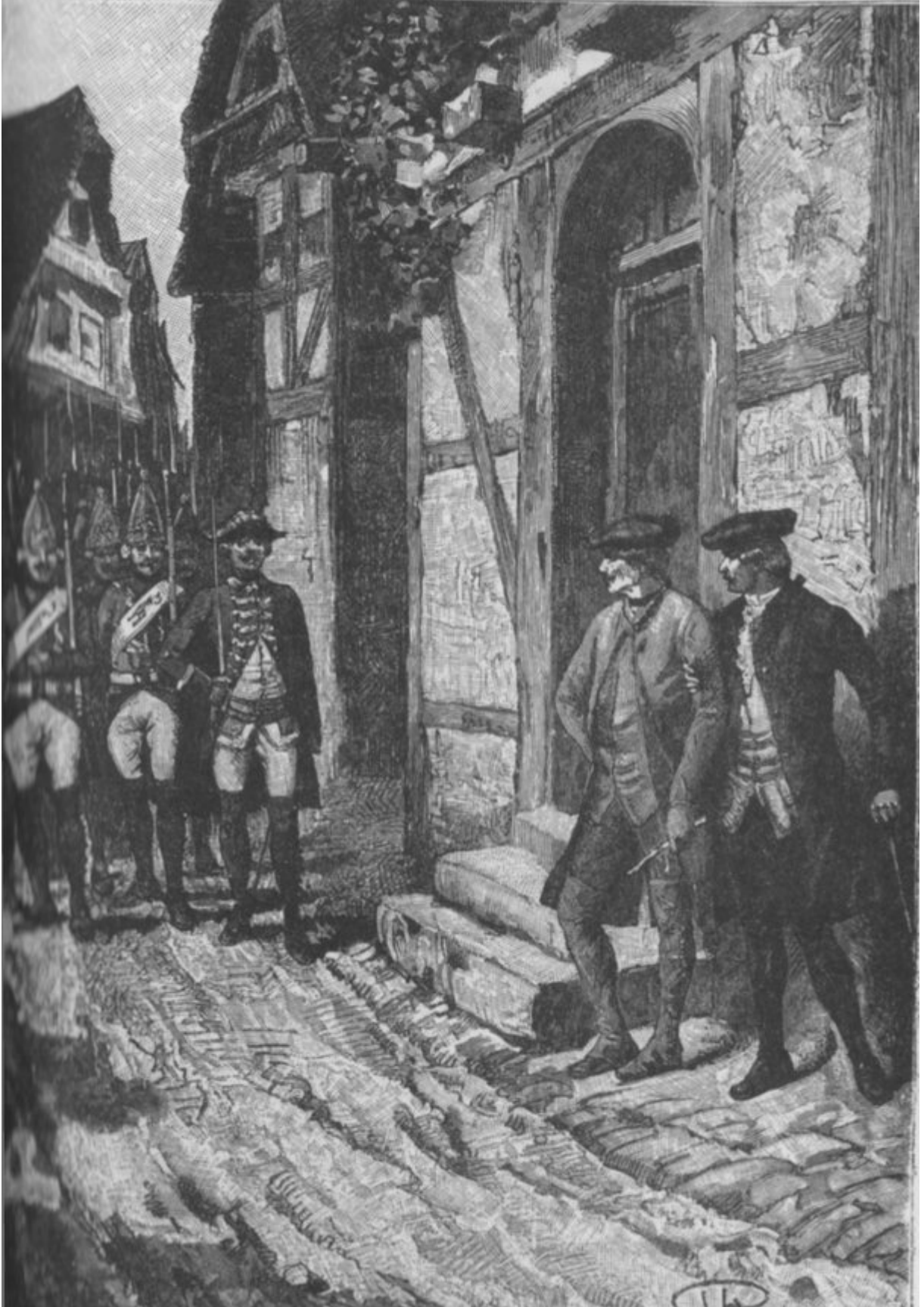
Monsieur Jean no había pronunciado una palabra. Miraba cómo se alejaban los soldados, y parecía que estaba clavado en aquel sitio.

Allí permaneció hasta que el ruido de los tambores dejó de oírse por completo.

Entonces, volviéndose hacia mí, me dijo:

—¡Vamos, Natalis!, a la escuela.

Y los dos entramos en casa de *madame* Keller.





CAPÍTULO VI

Do tenía un buen maestro. ¿Le haría honor el discípulo? No lo sabía yo mismo. El aprender a leer a los treinta y un años es cosa que no deja de ser bastante difícil. Es preciso tener un cerebro de niño; esa blanda cera en que toda impresión se graba sin que haya necesidad de imprimir muy fuerte, y mi cerebro estaba ya un duro como el cráneo que le cubría.

Sin embargo, yo me puse con resolución al trabajo, y, dicho sea en honor de la verdad, parece que tenía disposiciones para aprender pronto. Todas las vocales las aprendí en esta primera lección. *Monsieur* Jean dio muestras de tener una paciencia de que aún lo estoy agradecido. Para fijar mejor las letras en mi memoria, me las hizo escribir con lápiz diez, veinte, cien veces seguidas. De esta manera, yo aprendería a escribir al mismo tiempo que a leer. Recomiendo este procedimiento a los alumnos tan viejos como yo, y a los maestros que no saben salir de la rutina antigua.

El celo y la atención no me faltaron ni un instante. Hubiera continuado estudiando el alfabeto hasta muy tarde, si a eso de las siete la criada no hubiese venido a decirme que la cena esperaba. Subí a la pequeña habitación que se me había dispuesto cerca de la de mi hermana; me lavé las manos, y bajó al comedor.

La cena no nos entretuvo más de media hora; y como no debíamos de ir a casi de *monsieur* de Lauranay hasta un poco más tarde, pedí permiso para esperar fuera, y me lo concedieron. Allí, cerca de la puerta, me entregué al placer de fumar lo que nosotros los picardos llamamos una buena pipa de tranquilidad.

Hecho esto, volví a entrar donde estaban los demás. *Madame* Keller y su hijo estaban ya dispuestos. Irma, teniendo que hacer en casa, no podía acompañarnos. Salimos los tres solos, y *madame* Keller me pidió el brazo. Presentéelo yo bastante aturdidamente por cierto, pero no importaba; yo estaba orgulloso de sentir aquella excelente señora apoyarse en mi. Aquello era un honor y una felicidad a la vez.

No tuvimos que caminar mucho tiempo. *Monsieur* de Luranay vivía al otro extremo de la calle. Ocupaba una bonita casa, fresca de color y de aspecto atrayente, con un parterre lleno de flores delante de la fachada, grandes hayas a los lados, y detrás con un vasto jardín lleno de céspedes y árboles de todas clases. Esta habitación indicaba en su propietario una posición bastante desahogada. *Monsieur* de Luranay se encontraba efectivamente en una bastante buena situación de fortuna.

A tiempo que entrábamos, *madame* Keller me hizo saber que *mademoiselle* de Luranay no era hija de *monsieur* de Luranay, sino su nieta, por eso no me sorprendí al verlos de su diferencia de edad.

Monsieur de Luranay tendría entonces setenta años. Era un hombre de elevada estatura, al cual la vejez no había encorvado todavía. Sus cabellos, más bien grises que blancos, servían de marco a una expresiva y noble fisonomía. Sus ojos miraron con dulzura. En sus maneras se reconocía fácilmente al hombre de calidad. No había más simpático que su aspecto.

El *de* que antecedió al apellido Luranay, y al cual no acompañaba ningún título, indicaba solamente que pertenecía a esa clase colocada entre la nobleza y la clase media, que no ha desdeñado la industria ni el comercio, de lo cual no se puede menos de felicitarla.

Si personalmente *monsieur* de Luranay no se había dedicado a los negocios, su abuelo y su padre lo habían hecho antes que él. Por consiguiente, no había motivo para reprocharle el que hubiese encontrado una fortuna adquirida cuando nació.

La familia de Laurantay era lorenesa de origen y protestante en religión, como la familia de *monsieur* Keller. Sin embargo, si sus antecesores se habían visto obligados a dejar el territorio francés después de la revocación del edicto de Nantes, no había sido con la intención de permanecer en el extranjero. Así fue que volvieron a su país desde el momento en que la dominación de ideas más liberales les permitió volver, y desde aquella época no habían abandonado jamás la Francia.

En cuanto a *monsieur* de Laurantay, sí habitaba en Belzingen, era porque en este rincón de Prusia había heredado de un tío algunas propiedades bastante buenas, que era preciso cuidar y hacer valer. Sin duda alguna, él hubiese preferido venderlas y volverse a Lorena. Desgraciadamente, la ocasión no se presentó. *Monsieur* Keller, el padre, encargado de los intereses, no encontró más que compradores a vil precio, pues el dinero no era lo que más abundaba en Alemania, y antes que deshacerse en malas condiciones de sus propiedades, *monsieur* de Laurantay prefirió conservarlas.

A consecuencia de las relaciones de negocios entre *monsieur* Keller y *monsieur* de Laurantay, no tardaron en establecerse relaciones de amistad entre una y otra familia. Esto duraba ya desde hacía veinte años. Jamás una ligera nube, había oscurecido una intimidad fundada en la semejanza de gustos, de caracteres y de costumbres.

Monsieur de Laurantay había quedado viudo siendo muy joven todavía. De su matrimonio había tenido un hijo, que los Keller apenas conocieron. Casado en Francia, este hijo no fue más que una o dos veces a Belzingen. Era su padre quien iba a verlo todos los años, lo cual procuraba a *monsieur* de Laurantay el placer de pasar algunos meses en su país.

Monsieur de Laurantay, hijo, tuvo una niña, cuyo nacimiento costó la vida a su madre, y él mismo, afligido con esta pérdida, no tardó mucho tiempo en morir. Su hija le conoció apenas, pues no tenía

más que cinco años cuando quedó huérfana. Por toda familia, no tuvo entonces la pobre niña más que su abuelo.

Éste no faltó a sus deberes. Fue en busca de esta niña, y la condujo consigo a Alemania, consagrándose por completo a su educación y a su cuidado. Digámoslo de una vez: en mucha parte fue ayudado en esto por *madame* Keller, que tomó a la pequeña gran afección, y le prodigó los cuidados de una madre. La felicidad que encontró *monsieur* de Luranay en poder confiar su hija a la amistad y el cariño de una mujer tal como *madame* Keller, es imposible de pintar.

Mi hermana Irma, se comprenderá fácilmente que secundó a su señora de buena voluntad. ¡Cuántas veces haría saltar a la pequeña sobre sus rodillas, o la dormiría entre sus brazos, no solamente con la aprobación, sino con el agradecimiento del abuelo! En una palabra: la niña llegó a ser una encantadora joven, a quien yo veía en aquel momento, con mucha discreción, por supuesto, para no molestarla.

Mademoiselle de Luranay había nacido en 1772. Por consiguiente, tenía entonces veinte años. Era de una estatura bastante elevada para una mujer; rubia, con los ojos azules muy oscuros; con los rasgos de su fisonomía encantadores, y de un aire lleno de gracia y de soltura, que no se parecía en nada a todo lo que yo había podido ver de población femenina en Belzingen.

Yo admiraba su aspecto modesto y sencillo; no más serio que lo preciso, pues su fisonomía reflejaba la felicidad. Poseía algunas habilidades tan agradables para sí misma como para los demás. Tocaba admirablemente el clavicordio, no presumiendo de maestra, aunque lo pareciese de primera fuerza a un sargento como yo. Sabía también arreglar bonitos ramos de flores en estuches de papel.

No causará, pues, admiración el que *monsieur* Jean llegara a enamorarse de esta joven, ni que *mademoiselle* de Luranay hubiese notado todo cuanto había de bueno y de amable en el hijo de *madame* Keller, ni que las familias hubiesen visto con alegría la

intimidad de los dos jóvenes, educados el uno cerca del otro, cambiarse poco a poco en un sentimiento más tierno. Ambos se merecían, y habían sabido apreciarse; y si el matrimonio no se había verificado todavía, era por un exceso de delicadeza de *monsieur* Jean, delicadeza que comprenderán perfectamente todos los que tengan el corazón bien colocado.

En efecto: no se habrá olvidado que la situación de los Keller no dejaba de ser comprometida. *Monsieur* Jean hubiera querido que aquel pleito, del cual dependía su porvenir, estuviese terminado. Si lo ganaba, perfectamente; aportaría a su matrimonio una regular fortuna; pero si el pleito se perdía y *monsieur* Jean se encontraría entonces sin nada. Ciertamente que *mademoiselle* Marthe era rica, y que debía ser todavía mucho más a la muerte de su abuelo; pero a *monsieur* Jean le repugnaba ir a tomar parte y a disfrutar de esta riqueza. Según yo, este sentimiento no podía menos de honrarle.

Sin embargo, las circunstancias se presentaban ya tan apremiantes, que *monsieur* Jean no podía menos de decidirse a tomar un partido. Las conveniencias de familia se reunían en este matrimonio; pues tenían ambas partes la misma religión, y aun el mismo origen, al menos en el pasado. Si los jóvenes esposos habían de venir a fijarse en Francia, ¿por qué los hijos que de ellos naciesen no habían de ser naturalizados franceses? En este estado se hallaban las cosas.

Importaba, pues, decidirse, y sin tardanza, tanto más, que el estado de situación podía autorizar en cierta manera las asiduidades de un rival.

No es que *monsieur* Jean hubiese tenido motivos para estar celoso. ¿Y cómo hubiese podido estarlo, si no había más que decir una palabra para que *mademoiselle* de Lauranay fuese su mujer?

Pero si no eran celos los que sentía, era una irritación profunda y muy natural contra aquel joven oficial que habíamos encontrado en el regimiento de Lieb mientras dábamos nuestro paseo por el camino de Belzingen.

En efecto: desde hacía varios meses, el teniente Frantz von Grawert se había fijado en *mademoiselle* Marthe de Lauranay. Perteneciendo a una familia rica e influyente, no dudaba de que *monsieur* de Lauranay se creyera muy honrado con sus atenciones y con su predilección por su nieta.

Por consiguiente, este Frantz molestaba a *mademoiselle* Marthe con sus pretensiones. La seguía en la calle con una obstinación tal, que, a menos de verse muy obligada, la joven rehusaba siempre salir.

Monsieur Jean sabía todo esto. Más de una vez estuvo a punto de ir a pedir explicaciones a aquel majadero, que tanto presumía entre la alta sociedad de Belzingen; pero el temor de ver el nombre de *mademoiselle* Marthe mezclado en este asunto la había detenido siempre. Cuando fuese su mujer, si el oficial continuaba persiguiéndola, él sabría perfectamente atraparla sin ruido y hacerle variar de conducta. Hasta entonces era más conveniente aparentar que no se había apercibido de sus asiduidades. Más valía evitar un escándalo, como el cual padecería la reputación de la joven.

Entretanto, la mano de *mademoiselle* Marthe de Lauranay había sido pedida, hacía tres semanas, para el teniente Frantz. El padre de éste, coronel del regimiento, se había presentado en casa de *monsieur* de Lauranay. Había hecho presentes sus títulos, su fortuna y el gran porvenir que esperaba a su hijo. Era un hombre rudo, habituado a mandar militarmente, y ya se sabe lo que esto quiere decir; no admitiendo ni una vacilación, ni una negativa; en fin, un prusiano completo, desde la ruedecilla de sus espuelas hasta la punta de su plumero.

Monsieur de Lauranay dio muchas gracias al coronel von Grawert, y lo dijo que se consideraba muy honrado con la petición que se lo hacía; pero al mismo tiempo lo hizo saber que compromisos anteriores hacían aquel matrimonio imposible.

El Coronel, tan cortésmente despedido, se retiró muy despechado del mal éxito de su comisión. El teniente Frantz quedó por ello fuertemente irritado. No ignoraba que Jean Keller, alemán

como él, era recibido en casa de *monsieur* de Laurantay con un título que a él le negaban.

De aquí nació el odio que por *monsieur* Jean sentía, y además un deseo ardiente de venganza, que no esperaba, sin duda, más que una ocasión para manifestarse.

Sin embargo, el joven oficial, bien fuese impulsado por los celos o por la cólera, no cesó de pretender a *mademoiselle* Marthe. Por este motivo la joven tomó desde aquel día la firme resolución de no salir sola jamás, conforme lo permiten las costumbres alemanas, ni con su abuelo, ni con *madame* Keller, ni con mi hermana.



Todas estas cosas no las supe yo hasta más tarde. Sin embargo, he preferido contárselas seguidas, tal como pasaron.

En cuanto al recibimiento que me fue hecho por la familia de *monsieur* de Luranay, baste deciros que no se puede desear mejor.

—El hermano de mi buena Irma es de nuestros amigos —me dijo *mademoiselle* Marthe—, y tengo mucha satisfacción en poder estrecharle la mano.

¿Y creeréis que yo no encontré palabras para responder? Os digo con verdad que si alguna vez he sido tonto, fue precisamente aquel día. Cohibido, atolondrado, permanecí silencioso como un muerto. ¡Y aquella mano se me tendía con tanta gracia y de tan buena voluntad!

En fin, yo alargué la mía, y la estreché apenas; tanto miedo tenía de romperla. ¡Qué queréis! ¡Un pobre sargento!...

Después fuimos todos al jardín, y nos paseamos. La conversación me hizo estar más en mi centro. Se habló de Francia. *Monsieur* de Luranay me interrogó acerca de los sucesos que allí se preparaban. Parecía temeroso de que llegasen a ser de naturaleza tal, que produjeran muchos disgustos a nuestros compatriotas establecidos en Alemania. Se preguntaba si no sería mejor salir de Belzingen y volver a establecerse en su país, en la Lorena.

—¿Pensaríais en partir? —preguntó vivamente Jean Keller.

—Temo que nos veamos obligados a ello, —respondió *monsieur* de Luranay.

—Y no quisiéramos partir solos —añadió *mademoiselle* Marthe. ¿Cuánto tiempo tenéis de licencia *monsieur* Delpierre?

—Dos meses, —respondí.

—Y bien, querido Jean, ¿no asistirá *monsieur* Delpierre a nuestro casamiento antes de su partida?

—Si, Marthe, si.

Monsieur Jean no sabía qué responder. Su razón se rebelaba contra su corazón.

—*Mademoiselle* Marthe —dijo—; yo sería muy feliz si pudiera...

—Mi querido Jean —replicó ella, cortándole la frase—, ¿no procuraremos esta satisfacción a *monsieur* Natalis Delpierre?

—Sí, querida Marthe —respondió *monsieur* Jean, que no pudo decir otra cosa.

Pero esto me pareció suficiente.

En el momento en que los tres íbamos a retirarnos, pues ya se hacía tarde:

—¡Hija mía —dijo *madame* Keller, abrazando a la joven— es digno de ti!...

—Ya lo sé, puesto que es vuestro hijo, —respondió *mademoiselle* Marthe.

Después volvimos a nuestra casa. Irma nos esperaba. *Madame* Keller le dijo que no faltaba más, sino fijar la fecha del matrimonio.

Todos nos fuimos a acostar, y si alguna vez he pasado una noche excelente, a pesar de las vocales del alfabeto que saltaban ante mis ojos entre sueños, fue aquella seguramente, la cual pasé durmiendo de un tirón en la casa de *madame* Keller.

CAPÍTULO VII

Al día siguiente no desperté hasta muy tarde. Debían ser ya lo menos las siete. Me apresuré a vestirme para ponerme a hacer mi tema, es decir, a repasar las vocales, entretanto que llegaban las consonantes.

Cuando llegaba a los últimos peldaños de la escalera, encontré a mi hermana Irma que subía.

—Ya iba yo a despertarte, —me dijo.

—Sí, se me han pegado las sábanas, y me ha retrasado.

—No es eso, Natalis; no son más que las siete, pero hay alguien que te busca.

—¿A mí?

—Sí, un agente.

—¡Un agente!... ¡Diablo!... No me gustan mucho esta clase de visitas.

¿Qué era lo que podría querer de mí? Mi hermana no parecía muy tranquila.

Casi en seguida apareció *monsieur* Jean.

—Es un agente de policía —me dijo—. Tened mucho cuidado, Natalis, en no decir nada que pueda comprometeros.

—Estaría gracioso que supiera que yo soy soldado, —respondí.

—Eso no es probable, Vos habéis venido a Belzingen a ver a vuestra hermana, y nada más.

Esto era la verdad, por otra parte, y yo me prometí a mi mismo mantenerme en una prudente reserva.

En esto llegué al umbral de la puerta. Allí apercibí al agente; un bribón seguramente, una facha rara, una figura estrambótica, todo destrozado, con las piernas torcidas como los pies de un banco, con cara de borracho, es decir, con el tragadero en pendiente, como se dice en mi país.



Monsieur Jean la preguntó en alemán qué era lo que quería.

—¿Tenéis en vuestra casa un viajero llegado ayer a Belzingen?

—Sí; ¿y qué más?

—El director de policía le envía una orden para que se presente en su despacho.

—Está bien; irá.

Monsieur Jean me tradujo esta breve conversación. No era sencillamente una invitación; era una orden la que se me comunicaba; era preciso, pues, obedecerla.

El hombre de los pies de banco se había marchado, lo cual me produjo satisfacción. No me era, a la verdad, muy grato atravesar las calles de Belzingen con aquel asqueroso polizonte. Se me indicaría dónde estaba el director de policía, y yo me arreglaría para encontrar su casa.

—¿Qué clase de persona es? —pregunté a *monsieur* Jean.

—Un hombre que no carece de cierta finura. Sin embargo, Natalis; debéis desconfiar de él. Se llama Kallkreuth. Este Kallkreuth no ha procurado nunca más que proporcionarnos molestias, porque le parece que nosotros nos ocupamos demasiado de Francia. Por eso procuramos estar distanciados de él; y él lo sabe. No me admiraría el que procurara complicarnos en algún mal negocio. Por consiguiente, tened cuidado con vuestras palabras.

—¿Por qué no me acompañáis a su oficina, *monsieur* Jean? —dije yo.

—Kallkreuth no me ha llamado —respondió—, y es probable que no lo agradara el verme allí.

—¿Masculla el francés, siquiera?

—Lo habla perfectamente; pero no olvidéis, Natalis, de reflexionar bien antes de responder; y no digáis a Kallkreuth más que lo que justamente debáis decir.

—Estad tranquilo, *monsieur* Jean.

Se me dieron las señas de la vivienda del dicho Kallkreuth. No tenía que andar más que algunos cientos de pasos para llegar a su casa, y llegué a ella en un instante.

El agente se encontraba a la puerta, y me introdujo en seguida en el despacho del director de policía.

Parece que quiso ser una sonrisa lo que me dirigió este personaje al entrar, pues sus labios la distendieron de una oreja a la otra. Después, para invitarme a que me sentara, hizo un gesto que, sin duda, para él, debía ser de lo más gracioso.

Al mismo tiempo continuaba ojeando los papelotes que tenía amontonados sobre su mesa.

Yo me aproveché de su ocupación para examinar a mi gusto a Kallkreuth.

Era un hombre alto y aflautado, cubierto con una especie de túnica de las que usan los brandeburgueses; tenía lo menos cinco pies y ocho pulgadas; muy largo de busto lo que nosotros llamamos un quince-costillas flaco, huesudo, con los pies de una longitud enorme; una cara apergaminada, que debía estar siempre sucia, aun cuando acabara de lavarse; la boca ancha, los dientes amarillentos, la nariz aplastada por la punta, las sienes rugosas, los ojos pequeños, como agujeros de berbiquí, un punto luminoso bajo unas espesas cejas; en fin, una verdadera cara de cataplasma.

Monsieur Jean me había prevenido que desconfiara, precaución bien inútil; la desconfianza venía por sí sola desde el momento en que uno se encontraba en presencia de tal hombre.

Cuando hubo acabado de revolver sus papeles, Kallkreuth levantó la nariz, tomó la palabra, y me interrogó en un francés muy claro. Pero, a fin de darme tiempo para reflexionar, yo hice como que tenía alguna dificultad en comprenderle. Hasta tuve el cuidado de hacerle repetir cada una de sus frases.

Ved aquí, en suma, lo que me preguntó y lo que respondí en aquel interrogatorio.

—¿Vuestro nombre?

—Natalis Delpierre.

—¿Francés?

—Francés.

—¿Y vuestra profesión?

—Vendedor ambulante.

—¡Ambulante!... ¡Ambulante!... Explicaos bien; no comprendo qué significa eso.

—Significa que recorro las ferias y los mercados, para comprar..., para vender... En fin ambulante; ello mismo lo dice.

—¿Habéis venido a Belzingen?

—Así parece.

—¿A hacer qué?

—A ver a mi hermana Irma Delpierre, a la cual no había visto hacía trece años.

—¿Vuestra hermana, una francesa que está al servicio de la familia Keller?...

—Esa misma.

Al llegar aquí hubo un ligero intervalo en las preguntas del director de policía.

—¿Es decir —preguntó de nuevo Kallkreuth—, que vuestro viaje a Alemania no tiene ningún otro objeto?

—Ninguno.

—Y ¿cuándo os marchéis...?

—Emprenderé el mismo camino por donde he venido, sencillamente.

—Y haréis bien. ¿Para cuándo, poco más o menos, pensáis partir?

—Cuando lo crea más oportuno. Se me figura que un extranjero ha de poder ir y venir por Prusia según se lo antoje.

—Es posible.

Kallkreuth, después de esta palabra, clavó más fijamente sus ojos en mí. Mis respuestas lo parecían, sin duda, un poco más seguras de lo que a él lo convenía. Pero aquello no fue más que un relámpago, y el trueno no estalló todavía.

—¡Un minuto! —me dije a mí mismo—. Este galopín tiene todo el aire de un solapado bribón que no busca más que lapidarme, como dicen nuestros picardos. Ahora es cuando es preciso estar sobre aviso.

Kallkreuth volvió a comenzar su interrogatorio, tomando de nuevo su aspecto hipócrita y su voz socarrona.

Entonces me preguntó:

—¿Cuántos días habéis empleado en venir de Francia a Prusia?

—Nueve días.

—¿Qué camino habéis traído?

—El más corto, que era al mismo tiempo el mejor.

—¿Podría yo saber exactamente por dónde habéis pasado?

—Señor —dije yo entonces— ¿se puede saber a qué vienen todas esas preguntas?

—*Monsieur* Delpierre —me dijo entonces Kallkreuth con tono seco— en Prusia tenemos la costumbre de interrogar a los extranjeros que vienen a visitarnos.

Esta es una formalidad de la policía; y sin duda vos no tendréis la intención de sustraeros a ella.

—Sea —dije—. He venido por la frontera de los Países Bajos; el Brabante, la Westfalia, el Luxemburgo, la Sajonia...

—¿Entonces habéis debido dar un gran rodeo?...

—¿Por qué?

—Porque habéis llegado a Belzingen por el camino de Thuringia.

—De Thuringia, en efecto.

Yo comprendí que aquel curioso sabía ya a qué atenerse, y era preciso no cortarse.

—¿Podréis decirme por qué punto habéis pasado la frontera de Francia?

—Por Tournay.

—¡Es extraño!

—¿Por qué es extraño?

—Porque vos estáis señalado como habiendo seguido el camino de Zerbst.

—Eso se explica por el rodeo.

Evidentemente había sido espiado, y no me cabía duda de que lo había sido por el posadero del *Ecktvende*.

Se recordará que aquel hombre me había visto llegar mientras mi hermana me esperaba en el camino. En suma: la cosa estaba convenida; Kallkreuth quería embrollarme, para tener noticias de Francia. Yo me dispuse, pues, a guardar más reserva que nunca.

Él continuó:

—¿Entonces no habéis encontrado a los alemanes del lado de Thionville?

—No.

—¿Y no sabéis nada del general Dumouriez?

—No le conozco.

—¿Ni nada del movimiento de las tropas francesas reunidas en la frontera?

—Nada.

A esta respuesta, la fisonomía de Kallkreuth cambió, y su voz se hizo imperiosa.

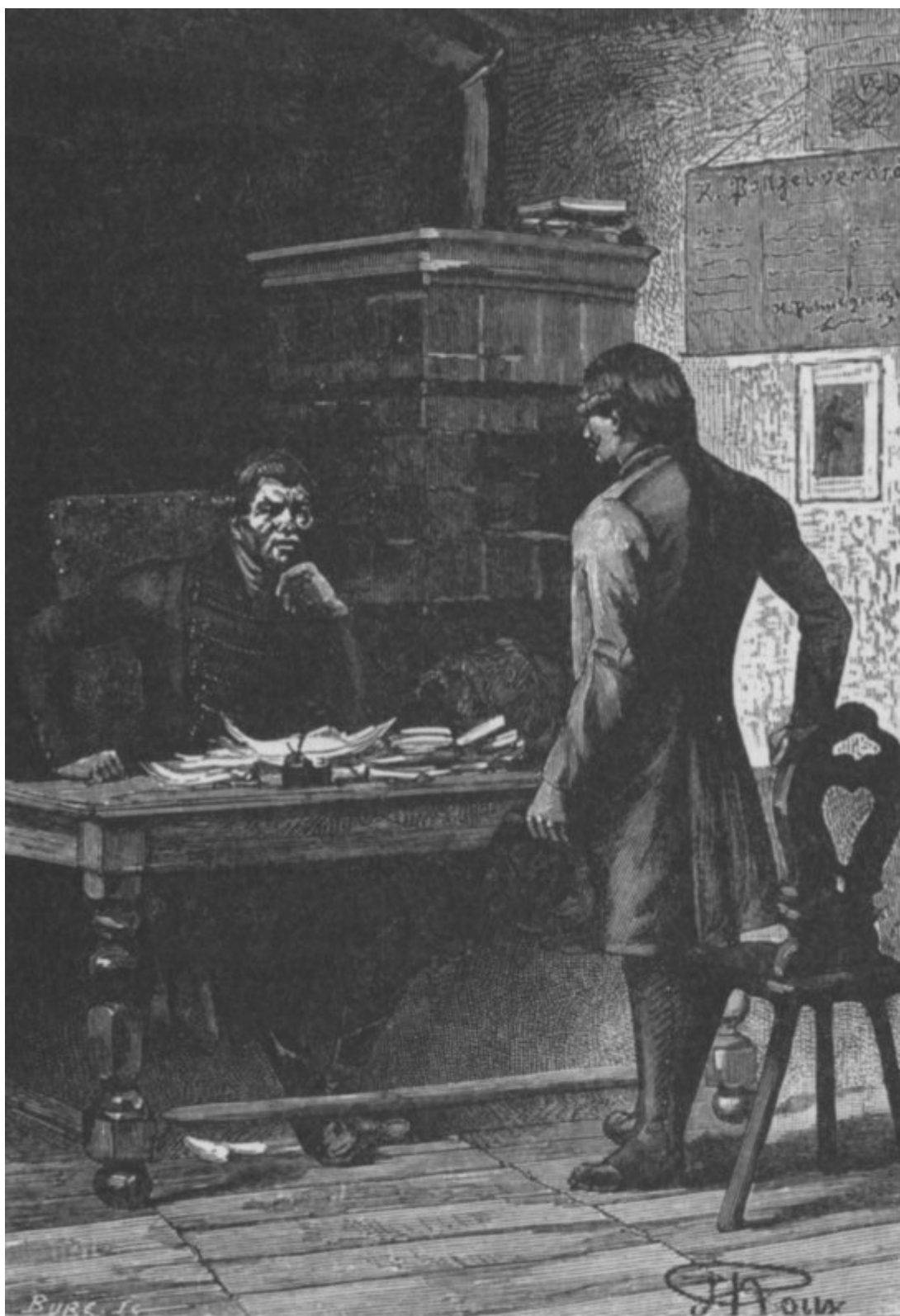
—Tened cuidado, *monsieur* Delpierre, —me dijo.

—¿De qué? —repliqué yo.

—Este momento no es el más favorable para que los extranjeros viajen por Alemania, sobre todo cuando son franceses, pues a nosotros no nos gusta que se venga a ver lo que aquí pasa.

—Pero no os disgustaría saber lo que pasa en otras partes. Sabed que yo no soy un espía.

—Lo deseo por interés vuestro —respondió Kallkreuth con tono amenazador—. Tendré los ojos siempre sobre vos, porque al fin sois francés. Ya habéis ido a visitar una familia francesa, la de *monsieur* de Lauranay; habéis venido a parar en casa de la familia Keller, que ha conservado siempre algo que la tira a Francia; no es preciso más, en las circunstancias en que nos encontramos, para ser sospechoso.



—¿No era yo libre para venir a Belzingen? —respondí.

—Perfectamente.

—¿Están en guerra Francia y Alemania?

—Todavía no. Decid, *monsieur* Delpierre: ¿vos parecéis tener buenos ojos?

—Excelentes.

—Pues bien: yo os invito a no servirlos de ellos demasiado.

—¿Por qué?

—Porque cuando se mira, se ve; y cuando se ve, se está tentado de contar lo que se ha visto.

—Por segunda vez, *monsieur* Kallkreuth, os repito que no soy un espía.

—Y por segunda vez os repito que así lo deseo; de lo contrario...

—¿De lo contrario qué?...

—Me obligaríais a haceros conducir a la frontera, a menos que...

—¿A menos qué?

—Que con objeto de ahorraros las molestias del viaje nos conviniese cuidar de vuestra alimentación y vuestro alojamiento durante un tiempo más o menos largo.

Dicho esto, Kallkreuth me indicó con un gesto que podía retirarme.

Esta vez su brazo no estaba terminado por una mano abierta, sino por un puño cerrado. No encontrándome de humor de echar raíces en la oficina de policía, giré sobre mi demasiado militarmente acaso, dando una media vuelta, que podía delatarme como soldado. No estaba yo seguro de que aquel animal no la hubiese notado.

Volví entonces a casa de *madame* Keller. Para en adelante, ya estaba advertido. No se me perdería de vista.

Monsieur Jean me esperaba. Le conté en detalle todo lo que había pasado entro Kallkreuth y yo, haciéndole saber que me encontraba directamente amenazado.

—Eso no me admira nada absolutamente —respondió—. Y podéis alabaros de que no habéis salido mal librado de la policía prusiana; pero tanto para vos, como para nosotros, Natalis, temo complicaciones en el porvenir.

CAPÍTULO VIII

Sin embargo, los días pasaban agradablemente entre paseos y trabajos. Mi joven maestro hacía constar con satisfacción mis progresos. Las vocales estaban ya bien metidas en mi cabeza. Habíamos atacado a las consonantes. Hay algunas que me dieron mucho que hacer. Las últimas, sobre todo. Pero, en fin, la cosa marchaba. Bien pronto llegaría a reunir las letras para formar palabras. Parece que yo tenía buenas disposiciones... ¡a los treinta y un años!...

No tuvimos más noticias de Kallkreuth, ni recibí orden de presentarme de nuevo en su oficina. Sin embargo, no cabía duda de que se nos espiaba, y más particularmente a vuestro servidor, a pesar de que el género de vida que hacía no daba lugar a ninguna sospecha. Yo pensaba, pues, que me vería libre con la primera advertencia, y que el director de policía no se encargaría de alojarme ni de conducirme a la frontera.

Durante la semana siguiente, *monsieur* Jean se vio obligado a ausentarse por pocos días. Le fue preciso ir a Berlín, a causa de su maldito pleito. A toda costa quería una solución, pues la situación se hacía insostenible. ¿Cómo sería acogida su pretensión? ¿Volvería sin haber podido obtener siquiera una fecha para la vista? ¿Es que buscaban la manera de ganar tiempo? Era de temer.

Durante la ausencia de *monsieur* Jean, por consejo de Irma, yo me había encargado de observar las maniobras de Frantz von Grawert. Por lo demás, como *mademoiselle* Marthe no salió más que una vez para ir al templo, no pudo ser encontrada por el

teniente. Todos los días pasaba este varias veces por delante de la casa de *monsieur* de Lauranay, tan pronto a pie, contoneándose y haciendo sonar sus botas, tan pronto cabalgando y haciendo caracolear su caballo, un animal magnífico, es decir, lo mismo que su amo. Pero a todo esto, rejas corridas y puerta cerrada. Yo dejo a vuestra consideración lo que él debía rabiar. Pero por esto mismo convenía acelerar el matrimonio.

Por esta razón había querido *monsieur* Jean ir por última vez a Berlín. Fuese cualquiera el resultado de su viaje, estaba decidido que se fijaría la fecha del matrimonio en el momento que estuviese de vuelta en Belzingen.

Monsieur Jean había partido el 18 de Junio, y no debía volver hasta el 21. Durante este tiempo, yo había trabajado con ardor. *Madame* Keller reemplazaba a su hijo en el trabajo de mi enseñanza. Ponía en ello una complacencia que cada vez iba en aumento. ¡Con qué impaciencia esperábamos la vuelta del ausente! Fácil es de imaginarse. En efecto: las cosas urgían. Se juzgará de la situación por el hecho siguiente que voy a contar, y que no supe hasta más adelante, sin dar mi opinión acerca de él; pues, lo confieso francamente, cuando se trata de las enmarañadas cosas de la política, no entiendo ni jota.

Desde 1790, los emigrados franceses se hallaban refugiados en Coblenza. El año último, el 91, después de haber aceptado la Constitución, el rey Luis XVI había notificado esta aceptación a las potencias extranjeras. Inglaterra, Austria y Prusia protestaron entonces de sus amistosas intenciones. Pero ¿se podía confiar en ellas? Los emigrados, por su parte, no cesaban de incitar a la guerra. Adquirían multitud de fornituras militares, y formaban batallones a pesar de que el rey les había dado orden de volver a Francia, no interrumpían sus preparativos belicosos. Aunque la Asamblea legislativa hubiese instado a los electores de Maguncia y Tréveris, y a otros príncipes del Imperio, a que trataran de dispersar la aglomeración de emigrados cerca de la frontera, ellos permanecían siempre allí, dispuestos a conducir los invasores.

Entonces fueron organizados tres ejércitos en el Este, de manera que pudiesen darse la mano. El conde de Rochambeau, mi antiguo general, fue a Flandes a tomar el mando del ejército del Norte; Lafayette el del Centro, a Metz, y Luckner el del ejército de Alsacia; en total, doscientos mil hombres próximamente entre sables y bayonetas. En cuanto a los emigrados, ¿por qué habían de renunciar a sus proyectos y obedecer las ordenes del Rey, puesto que Leopoldo de Austria se preparaba a ir en su ayuda?

Tal era el estado de las cosas en 1791. Ved aquí lo que era en 1792. En Francia, los jacobinos, con Robespierre a la cabeza, se habían pronunciado vigorosamente contra la guerra. Los cordeliers los sostenían, por el temor de ver surgir una dictadura militar. Al contrario: los girondinos, guiados por Louvet y Drissot, querían la guerra a toda costa, a fin de poner al Rey en la obligación de manifestar claramente sus intenciones.

Entonces fue cuando apareció Dumouriez, que había mandado las tropas en la Veudée y en Normandía. Bien pronto fue llamado, para poner su genio militar y político al servicio de su país. Aceptó el encargo, y formó en seguida un plan de campaña: guerra a la vez ofensiva y defensiva. De ese modo había la seguridad de que las cosas no irían despacio.

Sin embargo, hasta entonces Alemania no se había movido.

Sus tropas no amenazaban la frontera francesa, y aún repetían que nada hubiese sido más perjudicial para los intereses de Europa.

En estas circunstancias murió Leopoldo de Austria. ¿Qué haría su sucesor? ¿Sería partidario de la moderación? Seguramente no, y así lo demostró en una nota publicada en Viena, que exigía el restablecimiento de la monarquía sobre las bases de la declaración real de 1789.

Como puede comprenderse, Francia no se podía someter a una opresión semejante, que pasaba los límites de lo justo. El efecto de esta nota fue considerable en todo el país. Luis XVI se vio obligado a proponer a la Asamblea nacional la declaración de guerra a Francisco I, Rey de Hungría y de Bohemia. Así fue decidido, y

quedó resuelto el atacarle primeramente en sus posesiones de Bélgica.

El general Biron no tardó en apoderarse de Quiévrain, y era de esperar que no habría nada que pudiese detener el entusiasmo de las tropas francesas, cuando delante de Mons, un pánico injustificado vino a modificar la situación. Los soldados, después de haber lanzado el grito de traición, degollaron a los oficiales Dillon y Berthols.

Al tener noticia de este desastre, Lafayette creyó prudente detener su marcha hacia Givet.

Esto pasaba en los últimos días de Abril, antes de que yo hubiese salido de Charleville.

Como se ve, en aquel momento Alemania no estaba todavía en guerra con Francia.

El 13 de Julio siguiente fue nombrado Dumouriez ministro de la Guerra. Esto lo supimos ya en Belzingen, antes que *monsieur* Jean hubiese vuelto de Berlín. Esta noticia era de una gravedad extrema. Era fácil prever que los acontecimientos iban a cambiar de carácter, y que la situación iba a dibujarse claramente. En efecto: si Prusia había guardado hasta entonces una neutralidad absoluta, era muy de temer que, en vista de los sucesos, se preparase a romperla de un momento a otro. Su hablaba ya de ochenta mil hombres que avanzaban hacia Coblentza.

Al mismo tiempo se había esparcido en Belzingen el rumor de que el mando de los viejos soldados de Federico el Grande sería dado a un general que gozaba da bastante celebridad en Alemania: al duque de Brunswick. Se comprende el efecto que causaría esta noticia, aun antes de que fuese confirmada. Además, incesantemente se veían pasar tropas hacia la frontera.

Yo hubiera dado cualquier cosa por ver al regimiento de Lieb, al coronel von Grawert y a su hijo Frantz partir hacía el mismo sitio. Esto nos hubiese desembarazado para siempre de tales personajes. Por desgracia, este regimiento no recibió ninguna orden; así fue que el teniente continuó paseando las calles de Belzingen, y más

particularmente por delante de la casa, siempre cerrada, de *monsieur* de Lauranay.

En cuanto a mi, mi posición se prestaba a serias reflexiones.

Yo estaba disfrutando una licencia, regularmente concedida, es verdad, y en un país que no había roto todavía las hostilidades con Francia. Pero ¿podía olvidar que pertenecía al Real de Picardía, y que mis camaradas se encontraban de guarnición en Charleville, casi en la frontera?

Ciertamente, si había un choque con los soldados de Francisco de Austria, o de Federico Guillermo de Prusia, el regimiento Real de Picardía estaría en primera fila para recibir los primeros tiros, y yo me hubiese desesperado de estar en mi puesto, a fin de tomar en la lucha la parte que me correspondiera.

Con esto comenzaba yo a inquietarme seriamente. Sin embargo, guardaba mis disgustos para mí, no queriendo entristecer ni a *madame* Keller ni a mi hermana, y no sabía por qué partido decidirme.

En fin, en tales condiciones, la posición de un francés era difícil. Mi hermana lo comprendía también en lo que a ella le concernía. Seguramente, por gusto y por voluntad suya, no consentiría jamás en apartarse de *madame* Keller. Pero ¿no podía suceder que llegara el caso de que tomaran medidas contra los extranjeros? ¿Y si Kalkreuth venía a darnos veinticuatro horas de término para abandonar a Belzingen?

Fácilmente se comprende cuáles debían ser nuestras inquietudes. No eran tampoco menos grandes cuando pensábamos en la situación de *monsieur* de Lauranay. Si se le obligaba a salir del territorio y a marchar a través de un país en estado de guerra, ¡cuán lleno de peligros estaría aquel viaje para su nieta y para él! Y el matrimonio, que todavía no se había llevado a cabo: ¿cuándo se verificaría? ¿Tendrían el tiempo suficiente para celebrarlo en Belzingen? En verdad, no se podía hablar con seguridad de nada.

Entretanto, cada día pasaban a través de la población tropas de diversas armas, de infantería y de caballería, sobre todo de hulanos,

que iban a tomar el camino de Magdeburgo. Después iban los convoyes de pólvora y balas, y los carruajes por centenares.

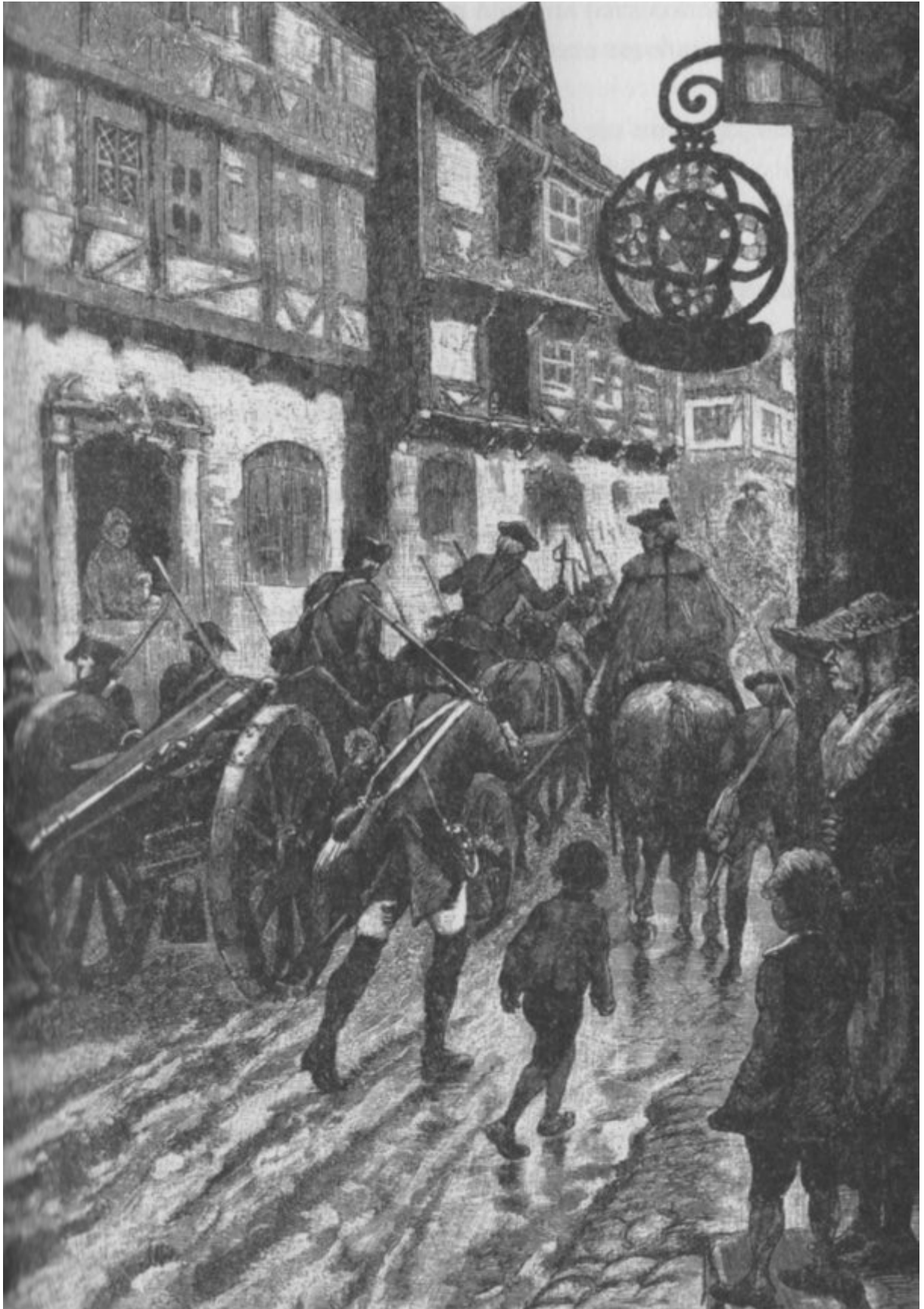
Era un ruido incesante de tambores y de llamamiento de trompetas. Algunas veces, con bastante frecuencia, hacían paradas de algunas horas en la Plaza Mayor, y entonces, ¡qué de idas y venidas, regadas con vasos de cerveza y de kirschenwasser, pues el calor era ya fuerte! Ya se comprenderá que yo no me podía contener de ir a verlos, por más que corriese el riesgo de disgustar a *monsieur* Kallkreuth y a sus agentes. En seguida que escuchaba una música o un redoblo de tambor, me era indispensable salir, si estaba libre.

Digo si estaba libre, pues en el caso de que *madame* Keller me hubiese estado dando la lección de lectura, por nada del mundo la hubiera dejado. Pero a la hora del recreo, yo me escurría por la puerta, alargaba el paso, llegaba al punto por donde pasaban las tropas, las seguía hasta la Plaza Mayor, y allí me estaba mira que te mira, a pesar de que Kallkreuth me había ordenado no mirar.

En una palabra: si todo aquel movimiento me interesaba en mi calidad de soldado, en mi cualidad de francés no podía menos de decirme «¡Un minuto!: esto no marcha bien. Es cosa segura que las hostilidades no tardarán en romperse».

El día 21 volvió *monsieur* Jean de su viaje a Berlín. Conforme se lo temía, así resultó. ¡Viaje inútil! El pleito se hallaba siempre en el mismo estado. Imposible era prever cuál sería su resultado; ni siquiera cuándo acabaría. Esto era desesperante.

En cuanto a lo demás, según lo que en la capital había oído decir, *monsieur* Jean traía esta impresión: que de uno a otro día Prusia iba a declarar la guerra a Francia.





CAPÍTULO IX

Al día siguiente, y en los posteriores, anduvimos todos a caza de noticias. El asunto había de decidirse antes de ocho días, o poco más. Todavía pasaron tropas durante los días 21, 22 y 23. Incluso un General, que, según me dijeron, era el conde de Kaunitz, seguido de su estado mayor. Toda aquella gran masa de soldados adelantaba por el camino de Coblentza, donde esperaban los emigrados. La Prusia, prestando ayuda a Austria, no disimulaba ya que marchaba contra Francia.

Como se comprenderá fácilmente, mi situación en Belzingen empeoraba de día en día. Evidentemente, no sería mejor para la familia de Lauranay ni para mi hermana Irma, una vez que la guerra fuese declarada. El encontrarse en Alemania en tales condiciones era cosa que debía crearles, más que molestias, peligros reales, y convenía estar preparados para cualquier eventualidad.

Yo hablaba a menudo de esto con mi hermana. La pobre criatura trataba en vano de ocultar sus inquietudes. El temor de verse separada de *madame* Keller no la dejaba un instante de reposo. ¡Dejar aquella familia!... Jamás se la había pasado por el pensamiento que el porvenir le reservara semejante desgracia. ¡Alejarse de aquellos seres amados, cerca de los cuales debía, a su parecer, transcurrir su vida toda entera! ¡Decirse que acaso no le sería ya posible volverlos a ver, si los acontecimientos venían mal!...

Esto era bastante para desgarrar su alma.

—Si esto sucede, moriré decía; sí, me moriré.

—Te comprendo, Irma —respondía yo— la situación es difícil; pero es preciso hacer todos los esfuerzos posibles para salir de ella. Veamos. ¿No se podría conseguir que *madame* Keller se decidiese a dejar a Belzingen, puesto que ahora no tiene razón ninguna para continuar en el país?, a mí me parece que sería prudente tomar esta resolución antes de que las cosas se echaran a perder del todo.

—Eso sería lo más prudente, Natalis; pero, sin embargo, estoy segura de que *madame* Keller se negará a partir sin su hijo.

—¿Y por qué había de negarse a seguirla *monsieur* Jean? ¿Qué le retiene en Prusia? ¿En arreglar sus negocios? Ya los arreglará más tarde. Ese pleito que no acaba nunca, ¿es que en las circunstancias actuales no será preciso esperar meses y meses antes de obtener un resultado?

—Probablemente, Natalis.

—Por otra parte, lo que me inquieta sobre todo, es que el matrimonio de *monsieur* Jean con *mademoiselle* Marthe no se ha verificado todavía. ¿Quién sabe los impedimentos y los retrasos que pueden sobrevenir? Que se expulse a los franceses de Alemania, lo cual es muy posible: *monsieur* de Lauranay y su nieta se verán obligados a salir en el término de veinticuatro horas. Y entonces, ¡qué cruel separación para estos jóvenes! Por el contrario, si el matrimonio se verifica, o *monsieur* Jean llevara consigo su mujer a Francia, o, si se ya obligado a permanecer en Belzingen, al menos quedará ella con él.

—Tienes razón, Natalis.

—Yo, en tu lugar, Irma, hablaría de esto a *madame* Keller; ella lo consultaría con su hijo; se apresurarían a verificar el casamiento, y, una vez hecho, podríamos dejar marchar los sucesos.

—Sí —respondió Irma— es preciso que el matrimonio se haga sin tardanza. Por otra parte; los impedimentos no vendrán de Marthe.

—¡Oh, no! ¡Excelente señorita!... Y, además, un marido, un marido como *monsieur* Jean, ¡qué garantía para ella!... Ya ves, Irma; sola con su abuelo, ya anciano, obligada a salir de Belzingen,

a atravesar toda la Alemania cuajada de tropas. ¿Qué sería de los dos? Es preciso, pues, despacharse y terminar pronto, y no esperar a que sea imposible verificarlo.

—¿Y ese Oficial? —me preguntó mi hermana—. ¿Le encuentras todavía algunas veces?

—Casi todos los días, Irma. Es una desgracia que su regimiento esté todavía en Belzingen. Yo hubiera querido que el matrimonio de *mademoiselle* de Luranay no fuese conocido hasta después de su marcha.

—En efecto, eso sería lo mejor.

—Temo que al saberlo, ese Frantz quiera intentar alguna mala partida. *Monsieur* Jean es bastante hombre para hacerle frente, y entonces... En fin: que no estoy tranquilo.

—Ni yo, Natalis. Es preciso, pues, hacer el matrimonio lo más pronto posible. Será preciso llenar ciertas formalidades, y temo siempre que la mala noticia estalle a cada momento.

—Habla, pues, a *madame* Keller.

—Hoy mismo.

Si; importaba mucho el apresurarse, y acaso entonces mismo era ya demasiado tarde.

En efecto: un suceso recién acontecido iba sin duda a decidir a Prusia y Austria a precipitar la invasión. Se trataba del atentado que acababa de cometerse en París el día 20 de Junio, y cuya noticia fue esparcida de inmediato por los agentes de las dos potencias coligadas.

El 20 de Junio, las Tullerías habían sido invadidas. El populacho, conducido por Santerre, después de haber desfilado por delante de la Asamblea legislativa, había atacado el palacio de Luis XVI. Puertas derribadas a hachazos, rejas forzadas, piezas de cañón subidas hasta el primer piso: todo indicaba la violencia a que se iba a entregar la muchedumbre. La calma del Rey, su sangre fría, su valor, lo salvaron, así como a su mujer, a su hermana y a sus dos hijos. ¿Pero a qué precio? Después que hubo consentido en ponerse en su cabeza el gorro frigio.

Evidentemente, entre los partidarios de la corte, así como entre los constitucionales, aquel ataque del Palacio Real fue considerado como un crimen. Sin embargo, el Rey había quedado Rey. Se le harían ciertos homenajes; pura fórmula; ¡caldo para los muertos!... Además, ¿cuánto tiempo duraría aquello? Los más confiados no le daban dos meses de reinado, después de aquellas amenazas y aquellos insultos. Y, como es sabido, los que así pensaron, no se habían engañado, puesto que seis semanas más tarde, el 10 de Agosto, Luis XVI iba a ser arrojado de las Tullerías, destituido, aprisionado en el Temple, de donde no debía salir más que para llevar su cabeza a la plaza de la Revolución.

Si el efecto producido por este atentado fue grande en París, y grande en toda Francia, difícilmente se podrá tener una idea de la resonancia que tuvo en el extranjero. En Coblentza estallaron gritos de dolor, de odio, de venganza, y no os admiraréis de que su eco hubiese llegado hasta aquel pequeño rincón de la Prusia en que nosotros nos encontrábamos encerrados. Por poco que los emigrados se pusieran en marcha y que los imperiales, como ya se les llamaba, fuesen en su auxilio, aquello sería seguramente una guerra terrible.

Bien se comprendía esto en París: por consiguiente, habían sido tomadas medidas enérgicas, para estar prevenidos a cualquier acontecimiento. La organización de los federados se hizo en plazo muy breve. Los patriotas, habiendo hecho el Rey y a la Reina responsables de la invasión que amenazaba a Francia, decidieron por mandato de la Comisión de la Asamblea, que toda la nación se pusiese sobre las armas, y que obrase por sí misma, sin que el gobierno tuviese que intervenir.

Y ¿qué sería preciso para que el entusiasmo se produjese? Una fórmula solemne, una declaración que sería hecha por el Cuerpo legislativo: «La patria está en peligro».

Esto es lo que supimos algunos días después de la vuelta de *monsieur* Jean, lo cual produjo en todos una agitación extraordinaria.

A cada momento temimos averiguar que Prusia había respondido a la conducta de Francia con una declaración de guerra.

Entretanto, se observaba un movimiento extraordinario en todo el país. Los correos y las estafetas pasaban a galope tendido a través de la población. Continuamente se cambiaban órdenes entre los cuerpos de ejército en marcha hacia el Oeste y los que venían del Este de Alemania. Se decía también que los sordos debían unirse a los imperiales, que avanzaban ya y amenazaban la frontera. Por desgracia, todos estos rumores no eran sino demasiado ciertos.

Estos acontecimientos produjeron en los Keller y en los Laurantay una inquietud extrema. Personalmente, mi situación se hacía cada vez más insostenible y difícil. Todos lo comprendían, y si yo no hablaba de ello, era porque no quería infundir nuevos motivos de disgusto a los que atormentaban ya a las dos familias.

En suma, no había tiempo que perder. Puesto que el casamiento estaba convenido, era preciso celebrarlo sin tardanza ninguna.

Esto fue resuelto aquel mismo día, y con toda urgencia.

De común acuerdo se fijó la fecha, que fue el día 29. Este plazo se creyó que bastaría para el arreglo de las formalidades necesarias, que eran muy sencillas en aquella época. La ceremonia se verificaría en el templo, delante de los testigos indispensables, escogidos entre las personas relacionadas con las familias Keller y Laurantay. Yo debí de ser uno de dichos testigos. ¡Qué honor para un simple sargento!

Otra cosa fue igualmente decidida; a saber; que se obraría todo lo secretamente posible. No se diría nada de lo que se trataba de hacer sino es a los testigos cuya presencia era indispensable. En aquellos días de revuelta, era preciso evitar el llamar la atención sobre sí. Kallkreuth hubiera metido muy pronto la nariz en el asunto. Además, había la cuestión del teniente Frantz, quien, por despecho o por venganza, hubiera podido producir cualquier escándalo, del cual nacerían tal vez complicaciones que era necesario evitar a toda costa.

En cuanto a los preparativos, estos no debían exigir mucho tiempo. Era opinión de todos que la ceremonia debía organizarse y llevarse a cabo lo más sencillamente posible, y sin preparar fiestas, en las cuales todos hubieran gozado en otras circunstancias menos inquietantes. Es decir, habría matrimonio, pero no habría bodas. Esto sería todo.

Y era necesario apresurarse, sin perder ni una hora. No era aquel el momento a propósito para repetir el antiguo refrán picardo que dice: «No hay necesidad de apresurarse, porque la feria no está sobre el puente». La situación era amenazadora, y de un instante a otro podía cerrarnos el paso.

Sin embargo, a pesar de todas las precauciones que se habían tomado, parece que el secreto no se guardó como hubiera debido guardarse. Era cosa segura que los vecinos —¡oh, los vecinos de provincia!— se preocupaban de lo que se preparaba entre las dos familias. Había indudablemente algunas idas y venidas y algún movimiento que estaban fuera de lo acostumbrado. Esto, como era natural, despertó la curiosidad de todos.

Además, Kallkreuth no cesaba un momento de tener la vista fija sobre nosotros. No cabía duda de que sus agentes tenían orden de vigilarnos de cerca. Tal vez las cosas no marcharían tan sencillamente como nos habíamos figurado.

Pero lo que hubo en esto de más sensible, fue que la noticia del matrimonio llegó a oídos del teniente van Grawert.

La primera que supo esto fue mi hermana, por conducto de la criada de *madame* Keller.

Algunos oficiales del regimiento de Lieb habían hablado de este asunto en la Plaza Mayor.

Por casualidad, Irma pudo también escuchar la conversación, y ved las noticias que pudo comunicarnos.

Cuando el teniente tuvo noticia del proyectado matrimonio, se había abandonado a un violento acceso de cólera, diciendo a sus camaradas que el tal matrimonio no se llevaría a efecto, porque se encontraría buenos todos los medios para impedirlo.



Yo esperaba que *monsieur* Jean no supiera nada de esto. Por desgracia, toda la conversación le fue referida. A mí me habló de ello, sin poder dominar su indignación. Mucho trabajo me costó el calmarle. Quería ir a buscar al teniente Frantz y obligarle a dar explicaciones de sus palabras, por más que era muy dudoso que un oficial consintiese en entenderse con un paisano como *monsieur* Keller.

En fin, aunque con grandes esfuerzos, logré convencerle, después de haberle hecho comprender que su determinación nos pondría en peligro de comprometerlo todo.

Monsieur Jean se rindió. Me prometió no hacer caso de las palabras del teniente, cualesquiera que ellas fuesen, y no se ocupó más que de las formalidades de su matrimonio.

Todo el día 23 pasó sin incidente alguno. No había que esperar ya más que cuatro días. Yo contaba las horas y los minutos. Celebrada la unión, se resolvería el grave problema de abandonar definitivamente a Belzingen.

Pero la tempestad estaba sobre, nuestras cabezas, y el rayo estalló en la noche de aquel mismo día. La terrible noticia llegó a eso de las nueve de la noche.

Prusia acababa de declarar la guerra a Francia.

CAPÍTULO X

Este era el primer golpe, pero estaba rudamente asestado. Y, sin embargo, debía ir seguido de otros más fuertes todavía. Pero no anticipemos los sucesos, y sometámonos a los decretos de la Providencia, como dicen los curas de nuestro país desde lo alto de su púlpito.

La guerra, pues, se había declarado a Francia, y yo, francés, me encontraba en país enemigo. Si los prusianos ignoraban que yo era soldado, esto me creaba, para conmigo mismo, una situación extremadamente penosa.

Mi deber me ordenaba dejar secreta o públicamente a Belzingen, no importa por qué medio, y reunirme lo más pronto posible a mi regimiento, para ocupar mi puesto en las filas. Ya, no se trataba de mi licencia, ni de las seis semanas que de ella me quedaban todavía. El Real de Picardía ocupaba a Charleville, a algunas leguas solamente de la frontera francesa. Seguramente tomaría parte en los primeros encuentros. Era preciso estar allí.

Pero ¿qué sería de mi hermana, de *monsieur* de Lauranay y de *mademoiselle* Marthe? ¿No les causaría su nacionalidad dificultades y disgustos?

Los alemanes son de una raza dura, que no conoce los arreglos y las conveniencias cuándo sus pasiones se desencadenan. Por consiguiente, mi terror hubiera sido grande si hubiese visto a Irma, a *mademoiselle* Marthe y a su abuelo lanzarse solos por los caminos de la Alta y Baja Sajonia, en el momento en que los recorrían los ejércitos prusianos.

No había más que una cosa que hacer; y era que saliesen el mismo tiempo que yo; que aprovecharan mi viaje para volver a Francia en seguida y en el menor tiempo posible. Podían contar seguramente con mi fidelidad y con mi afecto. Si *monsieur* Jean, llevando consigo a su madre, se unía a nosotros, me aprecia que hallaríamos medio de pasar la frontera a pesar de todo.

Sin embargo, ¿tomarían este partido *madame* Keller y su hijo?, a mi me parecía cosa muy sencilla. ¿No era *madame* Keller francesa de origen? ¿No lo era por ella a medias *monsieur* Jean? No podían, pues, temer que se les hiciese una mala acogida del otro lado del Rhin cuando se les conociera. Mi opinión era, pues, que no había que dudar un instante. Estábamos en el día 26; el matrimonio debía verificarse el 29: no había, pues, entonces ningún motivo para permanecer en Prusia, y el día siguiente podíamos ya haber abandonado el territorio. Es verdad que esperar tres días todavía era como esperar tres siglos, durante los cuales me vería precisado a pisar el freno. ¡Ah! ¿Por qué *monsieur* Jean y *mademoiselle* Marthe no se habían casado ya?

Sí, sin duda, esto sería lo más conveniente; pero este matrimonio, que todos deseábamos tanto, que yo esperaba con ansiedad; este matrimonio entre un alemán y una francesa, ¿sería posible, ahora que la guerra estaba declarada entre los dos países?

A decir verdad, yo no me atrevía a contemplar de frente la situación, y no era yo solo en comprender todo lo que tenía de grave. Por aquellos días evitábase hablar de ello entre las dos familias. Se sentía como un peso que nos agobiaba a todos. ¿Qué es lo que iba a suceder? Ni yo ni nadie podía imaginar qué curso iban a tomar los sucesos pues no dependía de nosotros el alterar su marcha.

El 26 y el 27 no sobrevino ningún acontecimiento nuevo. Las tropas continuaban pasando siempre. Sin embargo, yo creí notar que la policía hacía vigilar más activamente la casa de *madame* Keller. Varias veces encontré al agente de Kalkreuth, a patas de banco. Me miraba de una manera que seguramente le hubiera

valido una soberbia bofetada si esto no hubiese venido a complicar las cosas. Esta vigilancia no dejaba de inquietarme bastante. Yo era particularmente el objeto de ella, por consiguiente, no podía vivir tranquilo, y la familia Keller se hallaba en el mismo angustioso trance que yo.

Para todos era demasiado visible que *mademoiselle* Marthe derramaba abundantes lágrimas. En cuanto a *monsieur* Jean, por lo mismo que trataba de contenerse, sufría indudablemente mucho más. Yo le observaba con cuidado, y la veía estar de día en día más sombrío. En nuestra presencia se callaba, y se mantenía como retirado de nosotros. Durante su visita a *monsieur* de Lauranay, parecía que se hallaba agobiado por un pensamiento que no osaba explicar, y cuando se creía que iba a decir algo, sus labios se cerraban en seguida.

El 28, por la noche, nos hallábamos reunidos, en el salón de *monsieur* de Lauranay.

Monsieur Jean nos había rogado que asistiéramos todos. Quería, según nos dijo, hacernos una comunicación que no podía ser aplazada.

Se había comenzado por hablar de varias cosas insignificantes; pero la conversación languidecía. Se desprendía de todos un sentimiento muy penoso, que todos también sentíamos, según lo que he podido observar, desde que supimos la declaración de guerra.

En efecto, la diferencia de raza entre franceses y alemanes venía a quedar más acentuada por aquella declaración. En el fondo, todos lo comprendíamos perfectamente; pero *monsieur* Jean se sentía más directamente herido por esta complicación deplorable.

A pesar de que ya nos hallábamos en la víspera del matrimonio, nadie hablaba de él; y, sin embargo, si no hubiese ocurrido ningún acontecimiento, al día siguiente *monsieur* Jean Keller y *mademoiselle* Marthe hubieran debido ir al templo, entrar en él como prometidos y salir como esposos, ligados para toda la vida. Y de todo esto... ni una palabra.

Entonces *mademoiselle* Marthe se levantó; se aproximó a *monsieur* Jean, que se hallaba en un rincón de la sala, y con una voz cuya emoción trataba en vano de ocultar, le preguntó:

—¿Qué hay?

—¿Que qué hay Marthe? —exclamó *monsieur* Jean, con un acento tan doloroso, que me penetró hasta el corazón.

—Hablad, Jean —replicó Marthe—. Hablad, por penoso que sea de escuchar lo que, tengáis que decirme.

Monsieur Jean levantó la cabeza. Parece que se sentía comprendido de antemano.

No, no olvidaré jamás los detalles de esta escena, aun cuando viviese cien años.

Monsieur Jean estaba de pie delante de *mademoiselle* de Lauranay, una de cuyas manos tenía entre las de él; y en tal actitud, haciéndose violencia, dijo:

—Marthe, en tanto que la guerra no estaba declarada entre Alemania y Francia, yo podía pensar en hacer de vos mi mujer. Hoy mi país y el vuestro van a batirse, y ahora, al solo pensamiento de arrancaros de vuestra patria, de robaros vuestra cualidad de francesa casándome con vos..., no me atrevo. Comprendo que no tengo el derecho de hacerlo; toda mi vida sería un eterno remordimiento; vos me comprendéis bien; no, no puedo...

¡Si se le comprendía!... ¡Pobre *monsieur* Jean!... No encontraba palabras para expresar lo que sentía; pero ¡tenía necesidad de hablar para hacerse comprender!...

—Marthe —replicó— de hoy en adelante va a haber sangre entre nosotros; sangre francesa, de la cual sois vos.

Madame Keller, como clavada en su asiento, con los ojos bajos, no se atrevía a mirar a su hijo. Un ligero temblor de labios, la contracción de sus dedos, todo indicaba que su corazón estaba próximo a romperse.

Monsieur de Lauranay había dejado caer su cabeza entre sus manos. Las lágrimas corrían en abundancia de los ojos de mi hermana.

—Aquellos, de los cuales yo soy —continuó *monsieur* Jean—, van a marchar contra Francia, contra ese país que yo amo tanto. Y ¡quién sabe si bien pronto no me verá yo obligado a reunirme!...

No pudo acabar la frase. Su pecho estallaba, ahogado por los sollozos, que no podía contener sino con un esfuerzo sobrehumano, pues no parece bien que un hombre llore.

—Hablad, Jean —dijo *mademoiselle* de Lauranay— hablad ahora, que todavía tengo fuerza para seguir escuchándoos.

—Marthe —respondió— bien sabéis cuánto os amo; pero sois francesa, y yo no tengo el derecho de hacer de vos una alemana, una enemiga de...

—Jean —respondió *mademoiselle* Marthe—yo también os amo, bien lo sabéis. Nada de lo que suceda en el porvenir cambiará mis sentimientos. Yo os amo, y os amaré siempre.

—¡Marthe! —exclamó Jean, que había caído a sus pies—. ¡Querida Marthe!... Oíros hablar así, y no poder deciros: «Si mañana iremos al templo, mañana seréis mi mujer, y nada ni nadie nos separará ya»... ¡No!... ¡es imposible!...

—Jean —dijo *monsieur* de Lauranay— lo que parece imposible ahora...

—No lo será más tarde —exclamó *monsieur* Jean—. Si, *mademoiselle* de Lauranay; esta guerra odiosa, acabará. Entonces..., Marthe, Yo os encontraré... Yo podré sin remordimientos llamarme vuestro esposo. ¡Oh, Dios mío!, ¡qué desdichado soy!

Y el desgraciado, que había vuelto a ponerse en pie, se tambaleaba, casi hasta el punto de caer.

Mademoiselle Marthe se aproximó a él, y a su lado, con una voz dulce y llena de ternura.

—Jean —añadió— no tengo más que una cosa que deciros. En... no importa qué tiempo; vos me volveréis a encontrar tal como hoy soy para vos. Yo comprendo el sentimiento que os inspira el deber de obrar así. Si, lo veo; hay en este momento un abismo entre

nosotros; pero yo os juro ante Dios, que, si no soy vuestra, no seré tampoco de nadie jamás.



Con un movimiento irresistible, *madame* Keller había atraído hacia sí a *mademoiselle*. Marthe, y la estrechaba entre sus brazos.

—¡Marthe!... —le dijo—. Lo que mi hijo acaba de hacer, le coloca más alto y más digno de ti. Sí, más tarde, no en este país, de donde yo quisiera haber salido ya, sino en Francia, nos volveremos a ver, tú serás mi hija, mi verdadera hija y tú misma me perdonarás por mi hijo el que es alemán.

Madame Keller pronunció estas palabras con una entonación tan desesperada, que *monsieur* Jean la interrumpió, precipitándose hacia ella:

—¡Madre mía!, ¡querida madre!... —exclamó—. ¡Yo hacerte un reproche!... ¿Soy acaso tan desnaturalizado?

—Jean —dijo entonces *mademoiselle*. Marthe— vuestra madre, la mía.

Madame Keller había abierto sus brazos, y los dos jóvenes se reunieron sobre su corazón. Si el matrimonio no estaba hecho para ante los hombres, puesto que las circunstancias actuales lo hacían imposible, al menos estaba hecho delante de Dios. No había mas que tomar las últimas disposiciones para partir.

Y, en efecto, aquella misma noche quedó definitivamente decidido que saldríamos de Belzingen, de Prusia y de Alemania, donde la declaración de guerra ponía a los franceses en una situación intolerable.

La cuestión del pleito no podía ya retener a la familia Keller. Por otra parte, no había duda alguna de que su resolución sería indefinidamente retardada, y, por consiguiente, no se podía aguardar.

Por último, se decidió en definitiva lo siguiente *monsieur* y *mademoiselle* de Lauranay, mi hermana y yo, nos volveríamos a Francia. Respecto a este punto no había duda ninguna, puesto que nosotros éramos franceses.

En cuanto a *madame* Keller y su hijo, las conveniencias exigían que permaneciesen en el extranjero todo el tiempo que durase esta guerra abominable. En Francia, hubieran podido encontrar

prusianos, en el caso de que nuestro país hubiera sido invadido por los ejércitos aliados. Resolvieron, pues, refugiarse en los Países Bajos, y esperarían allí el término de los acontecimientos. En lo referente a partir juntos, esto no había que decirlo, iríamos en compañía, y no nos separaríamos hasta la frontera francesa.

Convenidos en todo esto, y necesitando hacer algunos preparativos para la marcha, fue fijado ésta para el día 2 de Julio.

CAPÍTULO XI

A partir de este momento, se hizo en la situación de las dos familias una especie de punto de espera. Bocado comido no tiene gusto como, decimos en Picardía. *Monsieur* Jean y *mademoiselle*. Marthe estaban en la situación de dos esposos que se ven obligados a separarse temporalmente. La parte más peligrosa del viaje, es decir, la travesía de la Alemania, la harían juntos.

Después se separarían hasta el fin de la guerra. No se proveía entonces que aquel fuese el principio de una larga lucha con toda la Europa, lucha prolongada por el Imperio durante una serie de años gloriosos, y que debía terminar con el triunfo y el provecho de las potencias coligadas contra Francia.

En cuanto a mí, yo iba en fin a poderme reunir con mi regimiento, y esperaba llegar a tiempo para que el sargento Natalis Delpierre estuviese en su puesto cuando fuera preciso disparar los fusiles contra los soldados de Prusia o de Austria.

Los preparativos de nuestra marcha debían ser todo lo secretos posible. Importaba mucho no llamar la atención de nadie, sobre todo de los agentes de policía.

Más valía salir de Belzingen sin que nadie se apercibiera, para evitar acaso que entorpeciesen nuestra partida, llevándonos de Herodes a Pilatos.

Yo me las prometía muy felices, pensando que ningún obstáculo vendría a entorpecer nuestra marcha. Pero contaba sin la huésped. Vino la huésped, y, sin embargo, yo no hubiera querido hospedarla,

ni aun por dos florines cada noche, pues se trataba del teniente Frantz.

Ya he dicho anteriormente que la noticia del matrimonio de *monsieur* Jean Keller y de *mademoiselle* Marthe de Lauranay había sido divulgada, a pesar de todas las precauciones que para evitarlo se tomaron. Sin embargo, no se sabía que, desde la víspera, había sido aplazado para una época más o menos lejana.

De aquí se dedujo que era natural que el teniente pensase que dicho matrimonio iba a ser celebrado muy próximamente, y, en consecuencia, era muy de temer que quisiese llevar a ejecución sus amenazas.

En realidad, Frantz von Grawert no tenía más que una manera de impedir o de retardar este matrimonio. Esta era provocar a *monsieur* Jean, conducirlo a un duelo, y herirle o matarle.

Pero ¿sería su odio bastante fuerte para hacerle olvidar su posición y su nacimiento, hasta el punto de condescender a batirse con *monsieur* Jean Keller?

Pues bien, en esto podía estar tranquilo, porque, si se decidía a ello, seguramente encontraría la horma de su zapato. Solamente que, en las circunstancias en que nosotros nos hallábamos, en el momento mismo de dejar el territorio prusiano, era preciso temer las consecuencias de un duelo.

Yo no podía menos de estar intranquilo cuando pensaba en esto. Se me había dicho que el teniente no se había calmado lo más mínimo; así es que continuamente temía de su parte un acto de violencia.

¡Qué desgracia que el regimiento de Lieb no hubiese recibido todavía la orden de salir de Belzingen! El Coronel y su hijo estarían ya lejos, del lado de Coblenza o de Magdeburgo; yo hubiera estado menos inquieto, y mi hermana también, pues ella participaba de mis temores. Diez veces lo menos por día pasaba yo por cerca del cuartel, a fin de ver si en él se preparaba algún movimiento. Al menor indicio hubiera saltado instantáneamente a mi vista. Pero hasta entonces nada indicaba una próxima partida.

Así pasó el día 19, y lo mismo el 30, sin que ocurriera nada de extraordinario.

Yo me conceptuaba feliz de pensar que ya no nos quedaban más que veinticuatro horas de permanencia en aquel lado de la frontera.

Ya he dicho que debíamos viajar todos juntos. Sin embargo, para no despertar sospechas, se convino en que *madame* Keller y su hijo no partirían al mismo tiempo que nosotros, sino que nos alcanzarían algunas leguas más allá de Belzingen. Una vez fuera de las provincias prusianas, tendríamos mucho menos que temer de las maniobras de Kallkreuth y sus sabuesos.

Durante aquel día, el teniente pasó varias veces por delante de la casa de *madame* Keller. Una de ellas, hasta se detuvo, como si hubiera querido entrar a arreglar sus diferencias con alguien. A través de la celosía lo vi yo sin que él se apercibiese, con los labios apretados, los puños que se abrían y cerraban como mecánicamente; en fin, todos los signos de una irritación llevada hasta el extremo. A decir verdad, abierta tenía la puerta; si hubiese entrado y preguntado por *monsieur* Jean Keller, yo no me hubiera quedado sorprendido en manera alguna. Afortunadamente, la habitación de *monsieur* Jean tenía sus vistas por la fachada lateral, y no vio nada de estas idas y venidas.

Pero lo que aquel día no hizo el teniente, otros lo hicieron por él.

Hacia las cuatro de la tarde, un soldado del regimiento de Lieb llegó a preguntar por *monsieur* Jean Keller.

Éste se encontraba solo conmigo en la casa, y recibió y leyó una carta que el soldado le llevaba.

¡Cuál no fue su cólera cuando acabó de leerla! ¡Aquella carta era lo más insolente y provocativa que podía ser para *monsieur* Jean, e injuriosa también para *monsieur* de Lauranay! ¡Sí el oficial von Grawert se había rebajado hasta insultar a un hombre de aquella edad!... Al mismo tiempo, ponía en duda el valor de Jean Keller, un semi-francés, que no debía tener más que una semi-bravura. Añadía que, si su rival no era un cobarde, se vería bien pronto en el

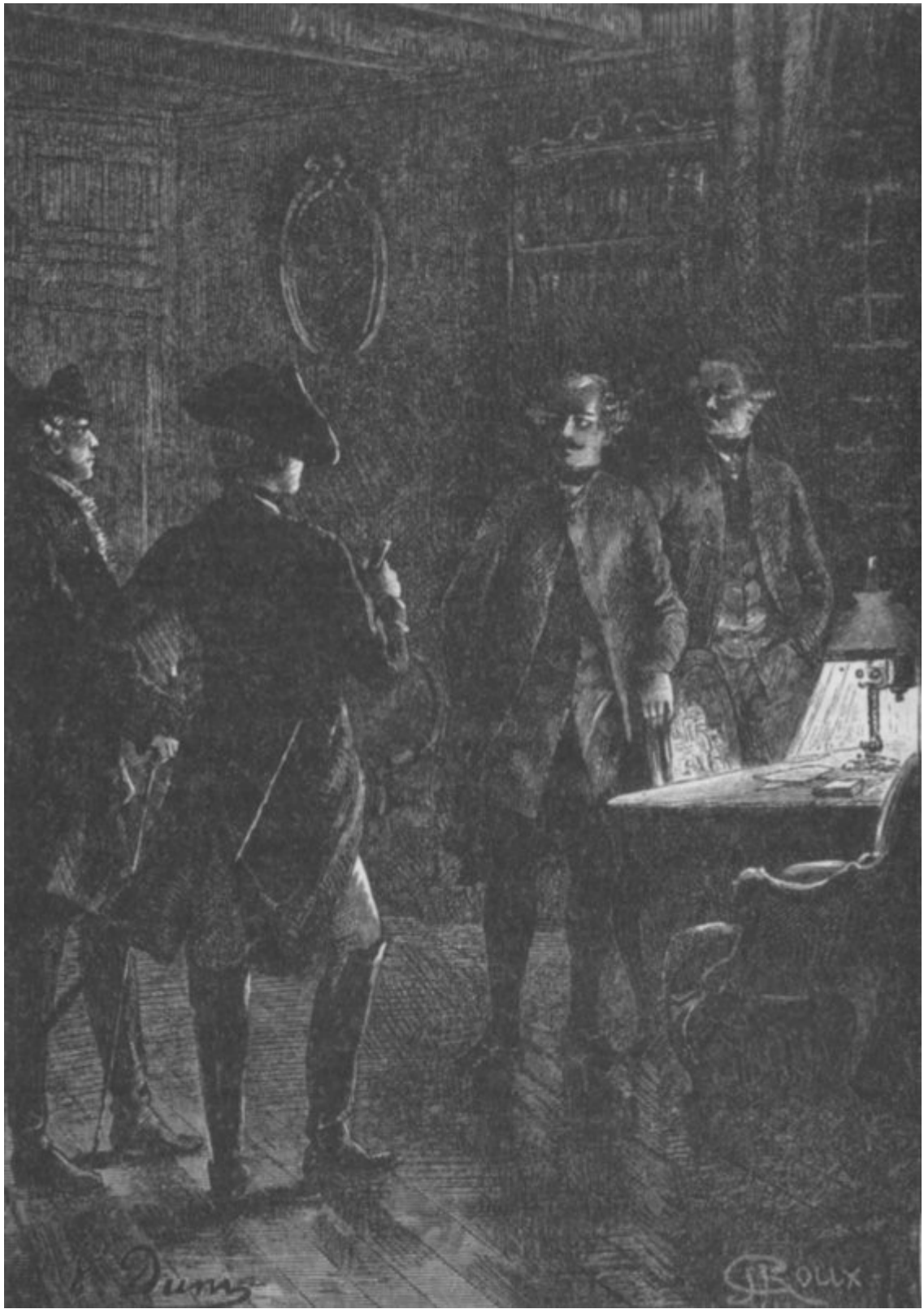
modo de recibir a dos de los camaradas del teniente, que vendrían a visitarle aquella misma noche.

Para mí, no había duda alguna de que el teniente Frantz no ignoraba ya que *monsieur* de Laurantay se preparaba a dejar la ciudad de Belzingen, que Jean Keller debía seguirla, y sacrificaría su orgullo a su pasión, quería impedir esta partida.

Ante una injuria que se dirigía, no solamente a él, sino también a la familia de Laurantay, yo creí que no lograría tranquilizar a *monsieur* Jean.

—Natalis —me dijo con voz alterada por la cólera— no partiré sin haber castigado antes a este insolente. No, no saldré de aquí con esta mancha. Es indigno el venir a insultarme en aquello que me es más querido. Yo la haré ver a ese oficial que un semi-francés, como él me llama, no retrocede ante un alemán.

Yo intenté calmar a *monsieur* Keller, haciéndola comprender las consecuencias fatales que para todos podría traer un encuentro con el teniente. Si él lo hería, seguramente habrían de sobrevenir represalias, que nos suscitarían mil embarazos ¿Y si era él el herido? ¿cómo efectuar nuestro viaje?



Monsieur Jean no quiso escuchar nada. En el fondo, yo lo comprendía. La carta del teniente pasaba todos los límites de la insolencia. No; no está permitido entre caballeros escribir semejantes cosas.

¡Ah! ¡Si yo hubiese podido tomar el negocio por mi cuenta!... ¡Qué satisfacción! Encontrar a aquel insolente, provocarle, ponerme enfrente de él, con la espada, con el florete, con la pistola de cañón, con todo lo que él hubiera querido, y batirse hasta que uno de los dos hubiese rodado por el suelo. Y si hubiese sido él, aseguro que yo no hubiera tenido necesidad de un pañuelo de seis cuartos para llorarle.

En fin, puesto que los dos compañeros del teniente estaban anunciados, no había más remedio que esperarlos. Los dos vinieron a eso de las ocho de la noche.

Muy felizmente, *madame* Keller se encontraba en aquel momento de visita en casa de *monsieur* de Lauranay. Más valía que la pobre no supiese nada de lo que iba a pasar.

Por su porte, mi hermana Irma había salido para arreglar algunas cuentas en casa de varios comerciantes. El hecho, pues, quedaría entre *monsieur* Jean y yo.

Los oficiales, que eran dos tenientes, se presentaron con su arrogancia natural y lo cual no me admiró. Quisieron hacer valer el hecho de que un noble, un oficial, cuando consentía en batirse con un simple comerciante...; pero *monsieur* Jean les cortó la palabra con su actitud, y se limitó a decir que estaba a las órdenes de *monsieur* Frantz von Grawert. Inútil era añadir nuevos insultos a los que ya contenía la carta de provocación. Ésta le fue devuelta por *monsieur* Jean, y bien devuelta.

Los oficiales se vieron, pues, obligados a guardarse su jactancia en el bolsillo.

Uno de ellos hizo entonces observar que convenía arreglar sin tardanza las condiciones del duelo, pues el tiempo urgía.

Monsieur Jean respondió que aceptaba por adelantado todas las condiciones. Solamente pedía que no se mezclase ningún nombre

extraño a este asunto, y que el encuentro fuese tenido todo lo más en secreto posible.

A esto, los dos oficiales no hicieron ninguna objeción. Verdaderamente, no tenían lo más mínimo que objetar, puesto que *monsieur* Jean les dejaba toda la libertad para elegir las condiciones.

Estábamos ya a 30 de Junio. El duelo fue fijado para el día siguiente, a las nueve de la mañana. Había de tener lugar en un bosquecillo que se encuentra a la izquierda, según se suba por el camino de Belzingen a Magdeburgo. Respecto a este punto, no hubo dificultad alguna.

Los dos adversarios habían de batirse a sable, y no terminaría el lance hasta que uno de ellos quedara fuera de combate.

Todo fue admitido. A todas estas proposiciones, *monsieur* Jean no respondió más que con un signo de cabeza afirmativo.

Uno de los oficiales dijo entonces —dando una nueva muestra de insolencia—, que sin duda *monsieur* Jean se encontraría a las nueve en punto en el sitio convenido.

A lo cual *monsieur* Jean respondió que al *monsieur* von Grawert no se hacía esperar más que él, todo podría quedar terminado a las nueve y cuarto.

Con esta respuesta, los dos oficiales se levantaron, saludaron bastante cortésmente, y salieron de la casa.

—¿Conocéis el manejo del sable? —pregunté yo inmediatamente a *monsieur* Jean.

—Sí, Natalis. Ahora ocupémonos de los testigos. Os supongo que seréis uno de ellos.

—Estoy a vuestras órdenes, y me siento orgulloso del honor que me hacéis. En cuanto al otro, no dejaréis de tener en Belzingen algún amigo que no rehusará prestaros este servicio.

—Sí; pero prefiero dirigirme a *monsieur* de Lauranay, el cual estoy seguro que no rehusará.

—Ciertamente que no.

—Lo que es preciso evitar, sobre todo, Natalis, es que mi madre, Marthe y vuestra hermana tengan ninguna noticia de esto. Es inútil añadir nuevas inquietudes a las muchas que ya les agobian.


—Irma y vuestra madre volverán bien pronto, *monsieur* Jean, y como ya no volverán a salir de la casa hasta mañana, me parece imposible que sepan nada.

—Cuento con ello, Natalis; y como no tenemos tiempo que perder, vamos enseguida a casa de *monsieur* de Luranay.

—Vamos, *monsieur* Jean: vuestro honor no podría estar en mejores manos.

Precisamente Irma y *madame* Keller, acompañadas de *mademoiselle* de Luranay, entraban en casa en el momento en que nosotros nos disponíamos a salir. *Monsieur* Jean dijo a su madre que un asunto nos detendría fuera de casa una hora poco más o menos, añadiendo que se trataba de terminar el ajuste de los caballos necesarios para el viaje, y que la rogaba que acompañase luego a su casa a *mademoiselle* Marthe, en el caso de que nosotros tardáramos en volver.





Madame Keller y mi hermana no sospecharon absolutamente nada; pero *mademoiselle* de Luranay había arrojado una mirada inquieta sobre *monsieur* Jean.

Diez Un minutos más tarde llegábamos a casa de *monsieur* de Luranay. Estaba solo; por consiguiente le podíamos hablar con entera libertad.

Monsieur Jean lo puso al corriente de todo y le enseñó la carta del teniente von Grawert. *Monsieur* de Luranay se llenó de indignación al leerla. ¡No! Jean no debía quedar bajo el golpe de semejante insulto; seguramente podía contar con él. *Monsieur* de Luranay quiso entonces ir en casa de *madame* Keller para traerse a su nieta a su casa.

Salimos los tres juntos. Conforme bajábamos por la calle, el agente de Kalkreuth se cruzó con nosotros, y lanzó sobre mí una mirada que me pareció muy singular. Como venía del lado de la casa de *madame* Keller, tuve como un presentimiento de que el bribón se regocijaba de habernos hecho alguna mala partida.

Madame Keller, *mademoiselle* Marthe y mi hermana estaban sentadas en la sala del piso bajo. Cuando entramos, parecía que se hallaban sobresaltadas. ¿Sabrían quizá alguna cosa?

—Jean —dijo *madame* Keller—; toma esta carta que el agente de Kalkreuth acaba de traer para ti.

Aquella carta llevaba el sello de la Administración militar.

Contenía lo siguiente:

«*Todos los jóvenes de origen prusiano son llamados al servicio de las armas. El nombrado Jean Keller es incorporado al regimiento de Lieb, de guarnición en Belzingen, al cual deberá incorporarse el 1.º de Julio, antes de las once de la mañana*».

CAPÍTULO XII

¡Qué golpe! ¡Una medida general de incorporación, tomada por el gobierno prusiano! Jean Keller, que todavía no había cumplido veinticinco años, estaba comprendido en la inscripción, viéndose obligado a partir, a marchar, con los enemigos de Francia, sin que hubiese ningún medio de sustraerse a tal obligación.

Por otra parte, ¿no hubiera faltado a su deber? Él era prusiano, y pensar en desertar... ¡Eso no; jamás! Pensar en semejante cosa era imposible.

Además, para colmo de desgracias, *monsieur* Jean iba precisamente a servir en el regimiento de Lieb, mandado por el coronel von Grawert, padre del teniente Frantz, su rival, y desde aquel día su superior.

¿Qué más hubiera podido hacer la mala suerte para agobiará la familia Keller, y con ella a todos los que lo tocaban de cerca?

Verdaderamente, era una fortuna que el matrimonio no se hubiese verificado. ¡Qué desgracia tan grande hubiera sido para *monsieur* Jean!, casado de la víspera, el verse obligado a reunirse con su regimiento para ir a combatir contra los compatriotas de su mujer.

Todos quedamos agobiados y silenciosos. Abundantes lágrimas corrían de los ojos de *mademoiselle* Marthe y de mi hermana Irma. *madame* Keller no lloraba. Su excitación era tan grande, que no hubiera podido. Su inmovilidad era la de una muerta. *Monsieur* Jean, con los brazos cruzados, volvía la vista enrededor suyo,

irguiéndose contra su mala suerte. Yo estaba fuera de mí, y pensaba:

—Pero estas gentes que nos hacen tanto daño ¿no lo pagarán un día u otro?

Entonces *monsieur* Jean dijo:

—Amigos míos: no modifiquéis en nada vuestros proyectos. Mañana debíais partir para Francia, partid; no os detengáis; no permanezcáis una hora más en este país, Mi madre y yo pensábamos retirarnos a cualquier rincón de Europa, fuera de Alemania; pero hoy ya no es posible. Natalis, vos conduciréis a vuestra hermana a vuestro país.

—Jean, yo continuaré en Belzingen —respondió Irma—. No abandonará a vuestra madre.

—No podéis hacer eso.

—Nosotros nos quedaremos también, —exclamó *mademoiselle* Marthe.

—No —dijo *madame* Keller, que acababa de levantarse—; partid todos. Que me quede yo, bien, puesto que no tengo nada que temer de los prusianos. ¿No soy yo alemana, por ventura?

Y al decir esto, se dirigió hacia la puerta como si su contacto hubiera podido mancharnos.

—¡Madre mía! —exclamó *monsieur* Jean, lanzándose hacia ella.

—¿Qué quieres, hijo mío?

—Quiero —respondió Jean—, quiero que tú también partas, quiero que los sigas a Francia, ¡a tú país! Yo..., yo soy soldado; mi regimiento pueda ser destinado a otro punto cualquier día; entonces te quedarías aquí sola, completamente sola, y no quiero que esto suceda.

—Me quedaré, hijo mío; me quedaré, puesto que tú no puedes acompañarme.

—¿Y cuando yo salga de Belzingen? —replicó *monsieur* Jean, que había cogido a su madre por el brazo.

—Entonces te seguiré, Jean.

Esta respuesta fue dada con un tono tan resuelto, que *monsieur* Jean la miró en silencio. No era aquel el instante de discutir con *madame* Keller. Más tarde, acaso mañana, podría hablar con ella y podría conducirla a una apreciación más justa de las circunstancias. ¿Es que una mujer podía acompañar a un ejército en marcha? ¿A qué peligros no se vería expuesta? Pero, lo repito, era preciso no contradecirla en aquel momento; ella reflexionaría y se dejaría persuadir.

Después, bajo el golpe de una emoción tan violenta, nos separamos todos.

Madame Keller, ni siquiera había abrazado a *mademoiselle* Marthe, a la cual una hora antes llamaba su hija.

Yo me fui triste a mi pequeña habitación, pero no me acosté: ¿cómo hubiera podido dormirme? No pensaba en el momento de nuestra partida, y, sin embargo, era preciso que se efectuase en la fecha convenida. Todos mis pensamientos eran para Jean Keller incorporado al regimiento de Lieb, y acaso bajo las órdenes del teniente Frantz. ¡Qué escenas tan violentas se presentaban a mi imaginación! ¿Cómo podría soportarlas *monsieur* Jean de parte de aquel oficial? Y, sin embargo, no tendría más remedio; sería un soldado, y no podría decir una palabra ni hacer un gesto. La terrible disciplina prusiana pasaría sobre él; esto era horrible.

—¿Soldado? No; todavía no lo es —me decía yo a mi mismo—; no lo será hasta mañana, hasta que haya ocupado su puesto en las filas; hasta entonces se pertenece a si mismo.

De esta manera razonaba yo; mejor dicho, divagaba. Ideas como estas pasaban en tropel por mi cerebro, me veía obligado a pensar sin querer en todas estas cosas.

—Si —me repetía sin cesar—; mañana a las once, cuando haya ingresado en su regimiento, será soldado; hasta entonces tiene el derecho de batirse con el teniente Frantz. Y le matará; es preciso que le mate; de lo contrario, más tarde este oficial encontrará demasiadas ocasiones para vengarse.

¡Qué noche pasé! No, no se la deseo semejante a mi peor enemigo.

Hacia las tres de la madrugada me arrojé completamente vestido en el lecho. A las cinco estaba ya levantado, y me dirigí sin hacer ruido a observar cerca de la puerta de la habitación de *monsieur* Jean.

También él estaba levantado. Entonces contuve mi respiración y apliqué el oído.

Creí escuchar que *monsieur* Jean escribía sin duda algunas últimas disposiciones para el caso ha que el encuentro lo fuese fatal. De vez en cuando daba dos o tres paseos por la habitación; después volvía a sentirse, y la pluma volvía a arañar sobre el papel. No se oía ningún otro ruido en la casa.

No quise incomodar a *monsieur* Jean, y me retiré mi habitación, y hacia las seis salí a la calle.

La noticia del alistamiento se había esparcido por todas partes, produciendo un efecto extraordinario. Esta medida alcanzaba a casi todos los jóvenes de la población, y, debo decirlo, según yo observó, la medida fue recibida con gran disgusto por todo el mundo. En realidad era muy dura; pues las familias no estaban preparados para ella de ninguna manera. Nadie la esperaba. En el término de algunas horas era preciso partir con la mochila a la espalda y el fusil sobre el hombro.

Yo di mil vueltas alrededor de la casa. Se había convenido que *monsieur* Jean y yo iríamos a buscar a *monsieur* de Luranay a las ocho, para dirigimos el punto de cita. Si *monsieur* de Luranay hubiese venido a buscarnos, acaso hubiese podido despertar sospechas.

Yo esperé hasta las siete y media. *Monsieur* Jean no había bajado todavía.

Por su parte, *madame* Keller no había parecido por el salón de la planta baja.

En este momento vino Irma a buscarme.

—¿Qué hace *monsieur* Jean? —la pregunté.

—No lo he visto —me respondió—; y, sin embargo, no debe de haber salido. Tal vez no haréis mal en averiguar algo.

—Es inútil, Irma, lo he oído ir y venir por su habitación.

Entonces hablamos, no de duelo, pues mi hermana debía ignorarlo también, sino de la situación tan grave que la medida de incorporación venía a crear a *monsieur* Jean Keller. Irma estaba desesperada; y el pensar que tenía que separarse de su señora en tales circunstancias lo oprimía el corazón.

En aquel momento se sintió un ligero ruido en el piso superior. Mi hermana entró, y volvió a decirme que *monsieur* Jean estaba al lado de su madre. Yo me figuré que habría querido darle un beso, como todas las mañanas.

En su interior, era acaso el último adiós, un último beso que quería darlo.

Hacia las ocho se lo sintió bajar por la escalera.

Monsieur Jean se dejó ver en el umbral de la puerta.

Irma acababa de salir.

Monsieur Jean se llegó hasta mí y me tendió la mano.

—*Monsieur* Jean —le dije—; ya son las ocho, y debemos estar a las nueve...

No hizo más que un signo de cabeza, como si la hubiera costado trabajo responder.

Ya era tiempo de ir a buscar a *monsieur* de Lauranay.

Seguimos la calle arriba, y apenas habíamos andado trescientos pasos, cuando un soldado del regimiento de Lieb se paró enfrente de *monsieur* Jean.

—¿Sois vos Jean Keller? —dijo.

—¡Sí!

—Tened, para vos.

Y la presentó una carta.

—¿Quién os envía? —pregunté.

—El teniente von Melhis.



Éste era uno de los testigos del teniente Frantz. Sin saber por qué, un temblor recorrió todo mi cuerpo. *Monsieur* Jean abrió la carta.

Decía lo siguiente:

Por consecuencia de nuevas circunstancias, un duelo es ya imposible entre el teniente Frantz von Grawert y el soldado Jean Keller.

R.G. VON MELHIS

Toda mi sangre se agolpó a mi cabeza. Un oficial no podía batirse con un soldado; ¡sea! Pero Jean Keller no era soldado todavía. Aún se pertenecía por algunas horas.

¡Dios de Dios!... a mí me parece que un oficial francés no se hubiera conducido de esta suerte, hubiera dado una satisfacción al hombre que había ofendido o insultado mortalmente. Con toda seguridad hubiera acudido al terreno. Pero... no quiero hablar más de esto, porque... diría más de lo que debo. Y, sin embargo, reflexionándolo bien, este duelo, ¿era posible?

Monsieur Jean había desgarrado la carta, y la había arrojado al suelo con un gesto de desprecio, y de sus labios no se escapó más que esta palabra.

—¡Miserable!...

Después me hizo un signo de que la siguiera, y nos volvimos lentamente a nuestra casa.

La cólera me ahogaba hasta tal punto, que me vi obligado a permanecer fuera. Hasta me marché lejos, sin saber de qué lado me dirigía. Estas complicaciones que nos reservaba el porvenir eran una obsesión de mi cerebro. De lo único de que me acordaba era de que debía ir a prevenir a *monsieur* de Lauranay que el duelo no se verificaría.

Preciso es creer que yo había perdido la noción del tiempo, pues me parecía que acababa de separarme de *monsieur* Jean, cuando, a eso de las diez me encontré enfrente de la casa de *madame* Keller.

Monsieur y *mademoiselle* de Lauranay se encontraban allí. *Monsieur* Jean se preparaba a dejarlos.

Paso por alto la escena que siguió. Yo no tendría la pluma que se necesita para contar estos detalles. Me contentaré con decir que *madame* Keller procuró mostrarse muy enérgica, no queriendo dar a su hijo el ejemplo de la debilidad.

Por su parte, *monsieur* Jean fue bastante dueño de si mismo para no abandonarse a la desesperación en presencia de su madre y de *mademoiselle* de Lauranay.

En el momento de separarse, *mademoiselle* Marthe y él se arrojaron por última vez en los brazos de *madame* Keller. Después..., la puerta de la casa se cerró.

Monsieur Jean había partido, convertido en soldado prusiano. ¿Llegaríamos algún día a volverle a ver?

Aquella misma noche, el regimiento de Lieb recibía orden de dirigirse a Borna, pequeña población a pocas leguas de Belzingen, casi en la frontera del distrito de Postdam.

Yo diré ahora que, a pesar de todas las razones que pudiese hacer valer *monsieur* de Lauranay, a pesar de todas nuestras instancias, *madame* Keller persistió en la idea de seguir a su hijo. El regimiento iba a Borna; pues ella iría a Borna también. Acerca de esto, ni el mismo *monsieur* Jean había podido obtener nada de ella.

En cuanto a nosotros, nuestra partida debía efectuarse al día siguiente. ¡Qué escena tan desgarradora me esperaba cuando llegase el momento de que mi hermana tuviese que decir adiós a *madame* Keller! Irma hubiera querido permanecer en Belzingen y acompañar a su señora por todas partes por donde ésta se encontrase obligada a ir.

Y yo..., yo no hubiera tenido la fuerza suficiente para llevármela conmigo a pesar suyo. Pero *madame* Keller rehusó tenazmente, y mi hermana debió someterse.

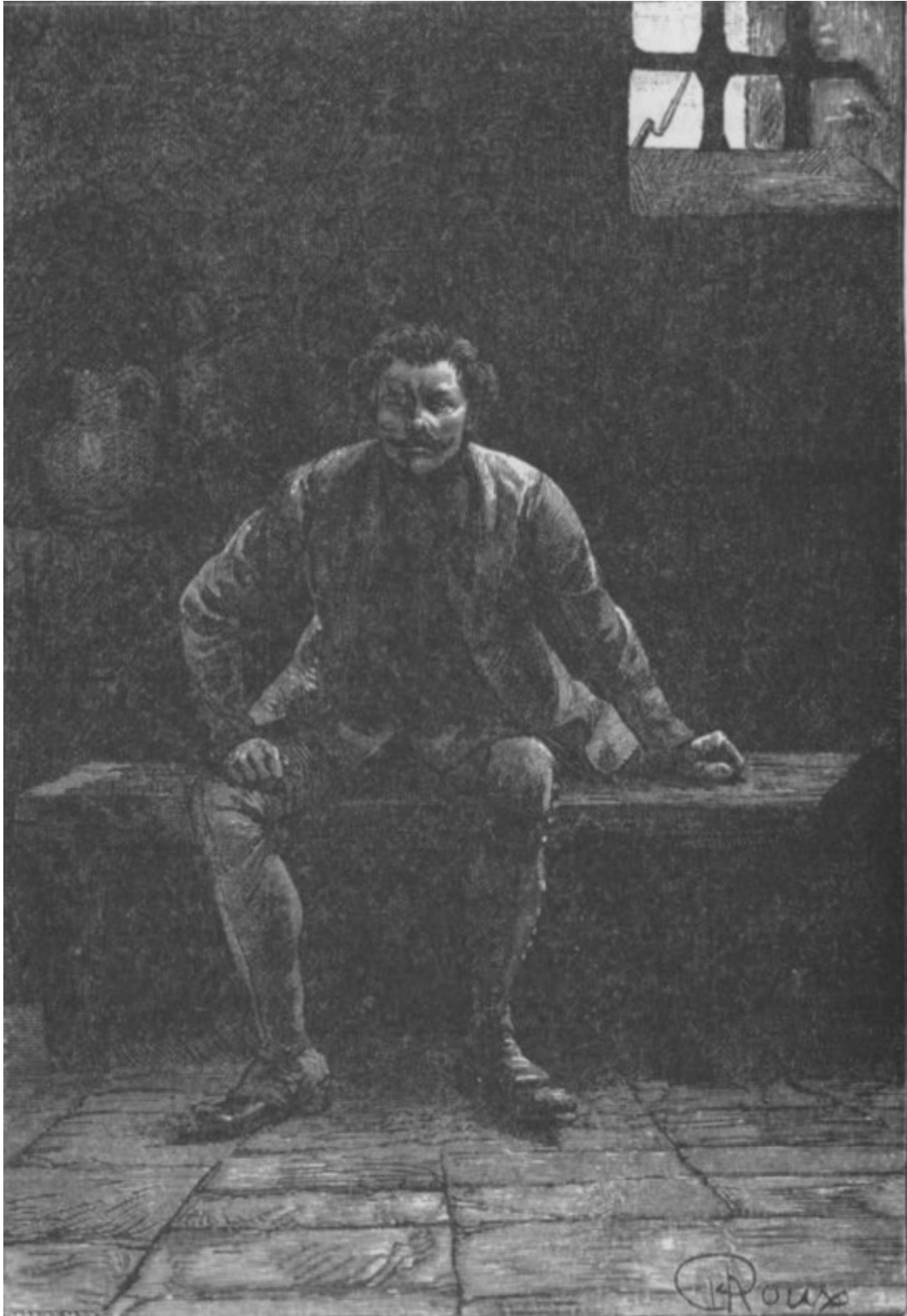
Al llegar la tarde, nuestros preparativos habían terminado, y todos nos hallábamos dispuestos.

Hacía las cinco, poco más o menos, *monsieur* de Lauranay recibió la visita de Kallkreuth en persona.

El director de policía de Belzingen la notificó que sus proyectos de partida eran conocidos, y que se veía en la necesidad de darle orden de suspenderlos por el momento al menos. Era preciso esperar las medidas que el gobierno creyese conveniente tomar con relación a los franceses que actualmente residían en Prusia. Hasta entonces, Kallkreuth no podía expedir pasaportes, sin cuyo documento todo viaje era por completo imposible.

En cuanto al nombrado Natalis Delpierre, éste ya era otra cosa. Yo..., como si dijéramos, cogido en la red. Parece que el hermano de Irma había sido denunciado, presentándole culpable del delito de espionaje, y Kallkreuth, que, por otra parte, no deseaba otra cosa que considerarle como espía, se preparaba a tratarle en consecuencia. Después de todo, ¿se habría sabido quizá que pertenecía al regimiento Real de Picardía? Para asegurar el triunfo de los imperiales, importaba mucho, sin duda, que hubiese un soldado menos en el ejército francés. En tiempo de guerra, cuanto más se disminuyen las fuerzas del enemigo, tanto mejor.

En consecuencia, aquel día fui reducido a prisión a pesar de las súplicas de mi hermana y de *madame* Keller, y después conducido de jornada en jornada hasta Postdam, y allí, finalmente, encerrado en la ciudadela.



La rabia que se apoderó de mi no tengo necesidad de decirlo. ¡Separado de todas las personas a quienes yo quería! ¡No poder escaparme para ocupar mi puesto en la frontera en el momento en que iban a dispararse los primeros tiros!

Pero, en fin, ¿a qué conduce extenderse mucho acerca de esto? Haré observar solamente que no se me interrogó, que se me declaró incomunicado, que no pude hablar con nadie, que durante seis semanas no tuve ninguna noticia del exterior. Pero el relato de mi cautividad me llevaría demasiado lejos. Mis amigos de Grattepanche esperarán con más gusto a que en otra ocasión se los cuente con más detalles. Que se contenten, por el momento, con saber que el tiempo me pareció muy largo, y que las horas transcurrían lentas como el humo en Mayo. Sin embargo, según parece, yo debía darme por muy satisfecho con que no se me juzgara, pues «mi asunto era muy claro», según había dicho Kallkreuth... Pero con tales augurios, ya me iba temiendo que había de estar prisionero hasta el fin de la campaña.

No ocurrió así, sin embargo. Mes y medio después, el 15 de Agosto, el comandante de la ciudadela me ponía en libertad, y se me conducía de nuevo a Belzingen, sin haber tenido quiera la atención de indicarme cuáles eran los hechos que habían motivado mi prisión.

La felicidad que experimenté cuando volví a ver a *madame* Keller, a mi hermana y a *monsieur* y *mademoiselle* de Lauranay, que no habían podido salir de Belzingen, se comprenderá perfectamente, para que yo tenga necesidad de explicarla.

Como el regimiento de Lieb no había salido todavía de Borna, *madame* Keller había permanecido en Belzingen. *Monsieur* Jean escribía algunas veces, indudablemente todas las que podía; y a pesar de la reserva de sus cartas, se comprendía perfectamente todo lo horrible de su situación.

Sin embargo: si bien se me había devuelto la libertad, no se me dejaba libre para permanecer en Prusia, de lo cual podéis creer con toda certeza que no pensé en quejarme.

En efecto: el gobierno había dado un decreto expulsando a los franceses del territorio prusiano. En lo que a nosotros concernía, teníamos veinticuatro horas para salir de Belzingen y veinte días para abandonar la Alemania.

Quince días antes había aparecido el manifiesto de Brunswick, que amenazaba a Francia con la invasión de los coligados.

CAPÍTULO XIII

No teníamos ni un solo día que perder. A contrario, teníamos que recorrer ciento cincuenta leguas antes de llegar a la frontera; ciento cincuenta leguas a través de un país enemigo, por caminos interceptados por regimientos en marcha, de caballería y de infantería, sin contar la impedimenta que sigue siempre a un ejército en campaña a pesar de que nos habíamos asegurado de tener medios de transporte, podía muy bien suceder que nos faltasen durante el camino; pues si esto sucedía, nos veríamos en la precisión de caminar a pie. En todo caso, era preciso contar con las fatigas de un viaje tan largo. ¿Teníamos la seguridad de encontrar posadas en los sitios en que las necesitásemos para tomar reposo? No, evidentemente. Solo yo, no me hubiera encontrado apurado para marchar adelante, acostumbrado como estaba ya a las grandes caminatas, a las privaciones, habituado a asombrar a los más grandes andarines. Pero con *monsieur* de Laurantay, un anciano de setenta años, y con dos mujeres, *mademoiselle* Marthe y mi hermana, era pedir lo imposible.

En fin, yo haría todo lo posible, más de lo que estuviese de mi parte, para conducirlos sanos y salvos a Francia, y estaba seguro de que cada cual haría también todo lo que de si dependiese.

Por consiguiente, ya lo ha dicho; no teníamos tiempo de sobra. Por otra parte, la policía iba a estar siempre sobre nuestros talones. Veinticuatro horas para salir de Belzingen; veinte días para evacuar el territorio alemán; esto debía bastarnos, si no nos deteníamos en el campo.

Los pasaportes que Kallkreuth nos entregó aquella misma noche no serían válidos sino por aquel período de tiempo. Espirado este plazo, podríamos ser arrestados y detenidos hasta el fin de la guerra. En los mismos pasaportes se nos marcaba un itinerario, del cual no podríamos separarnos, pues estaba terminantemente prohibido; y era preciso que fuesen visados en las ciudades o poblaciones indicadas en las etapas.

Además, era probable que los sucesos se desarrollasen con una extrema rapidez.

Acaso la metralla y las balas se estaban cambiando en aquellos momentos en la frontera manifiesto del duque de Brunswick, la nación, por boca de sus diputados, había respondido como era conveniente; y el presidente de la Asamblea legislativa acababa de lanzar a la luz de Francia estas resonantes palabras:

«La patria está en peligro».

El 16 de Agosto, a las primeras horas de mañana, nos encontrábamos ya dispuestos partir. Todos los asuntos estaban arreglados. La habitación de *monsieur* de Lauranay debía quedar al cuidado de un viejo sirviente, suizo de origen, que estaba a su servicio desde hacía largos años, y con cuyo interés y lealtad se podía contar. Era seguro que aquel buen hombre pondría todo su cuidado y todas sus fuerzas en hacer respetar la propiedad de su señor.

En cuanto a la casa de *madame* Keller, entretanto que se presentaba comprador, continuaría estando habitada por la criada, que era de nacionalidad Prusiana.

En la mañana de aquel mismo día supimos que el regimiento de Lieb acababa de salir de Borna, y se dirigía hacia Magdeburgo.

Monsieur de Lauranay, *mademoiselle* Marthe, mi hermana y yo, hicimos una última tentativa para decidir a *madame* Keller a que nos siguiera.

—No, amigos míos; no insistáis —respondió—. Hoy mismo emprenderé el camino de Magdeburgo. Tengo el presentimiento de

alguna gran desgracia, y quiero estar al lado de mi hijo, o por lo menos cerca de él.

Entonces comprendimos que todos nuestros esfuerzos serían en vano, y que nuestras súplicas y nuestras intenciones se estrellarían contra una determinación de la cual no se volvería atrás *madame* Keller.

No nos quedaba más remedio que decirle adiós, después de haberla indicado las ciudades y aldeas en que la policía nos obligaba a detenernos.

El viaje se había de efectuar en las siguientes condiciones:

monsieur de Lauranay poseía una vieja silla de posta, de la cual no se servía. Este carruaje me había parecido muy a propósito para recorrer aquel trayecto de ciento cincuenta leguas, que nos veíamos obligados a franquear.

En tiempos ordinarios es fácil viajar, encontrando siempre caballos de relevo en las estaciones de todos los caminos de la confederación. Pero a consecuencia de la guerra, como se hacia por todas partes requisada de ellos para el servicio del ejército, el transporte de municiones y de víveres, hubiera sido imprudente contar con los relevos regularmente establecidos.

Así, a fin de obviar este inconveniente, habíamos decidido proceder de otro modo. Yo fui encargado por *monsieur* de Lauranay de procurarme dos buenos caballos, sin mirar el precio. Como yo era en esto inteligente, cumplí perfectamente esta comisión. Encontré dos bestias, un poco pesadas acaso, pero de gran corpulencia y vigor. Después, comprendiendo también que sería necesario posarse sin postillones, me ofrecí para llenar este vacío, lo que fue naturalmente aceptado. Y ya comprenderéis que no había de ser a un jinete del Real de Picardía a quien se le hubiese de reprender por no saber guiar un carruaje.

El 16 de Agosto, a las ocho de la mañana, nos hallábamos dispuestos a partir. Yo no tenía más que subir a mi asiento. En cuanto a armas, poseíamos un buen par de pistolas de arzón, con las cuales se podría imponer respeto a los merodeadores; Y

respecto a provisiones, llevábamos en nuestras maletas lo suficiente para las necesidades de los primeros días habíamos convenido en que *monsieur* y *mademoiselle* de Lauranay ocuparían el fondo de la berlina, y que mi hermana iría en el lado opuesto, enfrente de *mademoiselle* Marthe. Yo, vestido con un traje a propósito, y pertrechado de una buena tralla, podría desafiar el mal tiempo.

Por fin, se hicieron las últimas despedidas. Abrazamos todos a *madame* Keller, con este triste presentimiento, que nos oprimía el corazón: ¿nos volveremos a ver?

El tiempo era bastante bueno pero el calor sería probablemente muy fuerte hacia el medio del día. Por consiguiente, el momento que yo pensaba a elegir para dar descanso a mis caballos, era entre mediodía y las dos de la tarde; reposo que sería indispensable, si se quería que pudiesen hacer buenas jornadas.

Partimos al fin; y al mismo tiempo que silbaba para excitar a mis caballos, desgarraba el aire con los restallidos de mi tralla.

Al otro lado de Belzingen pasamos, sin que nos molestara mucho lo interceptados que se hallaban los caminos, entre cientos de carruajes que seguían al ejército que marchaba hacia Coblenza.

No hay mucho más de dos leguas de Belzingen a Borna, y, por consiguiente, en menos de una hora llegamos a esta pequeña localidad.

Allí era donde el regimiento de Lieb había estado de guarnición durante algunas semanas. Desde aquel punto se había dirigido a Magdeburgo, adonde *madame* Keller quería también dirigirse.

Mademoiselle Marthe experimentó una viva emoción al atravesar las calles de Borna. Se representaba a *monsieur* Jean bajo las órdenes del teniente Frantz, siguiendo el mismo camino que nuestro itinerario nos obligaba a dejar en aquel punto para tomar el camino del Suroeste.

No quise detenerme en Borna, esperando hacerlo cuatro leguas más adelante, hacia la frontera que marca actualmente los límites de la provincia de Brandeburgo, pues en aquella época, según las

antiguas divisiones del territorio alemán, era por los caminos de la Alta Sajonia por donde habíamos de ir.

Las doce serian próximamente cuando llegamos a aquel punto de la frontera. Algunos destacamentos de caballería vivaqueaban por una y otra parte. Una especie de ventorrillo aislado estaba abierto frente al camino. Allí pude dar un poco de forraje a mis caballos.

En este sitio permanecimos tres horas largas durante este primer día de viaje me parecía prudente no fatigar demasiado las bestias, a fin de no inutilizarlas, dándoles demasiado trabajo desde el principio.

En el mismo punto fue necesario revisar nuestros pasaportes. Nuestra cualidad de franceses nos valió algunas miradas escudriñadoras. Pero no importaba; los llevábamos en regla. Por otra parte, puesto que se nos arrojaba de Alemania, puesto que teníamos la orden de abandonar el territorio en un plazo fijo, lo menos que se nos podía conceder era no detenernos en nuestro viaje.

Nuestro designio era pasar la noche en Zorbst. Había sido decidido desde el principio que, salvo en las circunstancias excepcionales, no viajaríamos más que de día. Los caminos no parecían bastante seguros para que fuese prudente aventurarse por ellos en medio de la obscuridad. El país estaba recorrido constantemente por muchos vagabundos, y era preciso tener prudencia para no exponerse a un mal encuentro.

Debo advertir que en aquellos países que se aproximan al Norte, la noche es muy corta en el mes de Agosto; el sol sale antes de las tres de la mañana, y no se oculta hasta después de las nueve de la noche.

El descanso, pues, no había de ser mas quizás de algunas horas; el tiempo justo para que descansaran nuestras caballerías y aun nosotros mismos. Cuando fuese necesario hacer una jornada extraordinaria, se batía.

Desde el punto de la frontera en que nos habíamos detenido con la berlina hacia mediodía hasta Zorbst, hay unas siete u ocho leguas

sin más. Podíamos, pues, recorrer esta distancia entro las tres y las ocho de la tarde.

Sin embargo, yo comprendí perfectamente que había que contar con los inconvenientes, los retrasos que surgieren más de una vez.

Aquel día, en el camino, tuvimos que habérmolas con un requisador de caballos, un hombre alto, seco, escuálido como un Viernes Santo, hablador como un chalán, que quería absolutamente incluir en la requisa nuestros caballos. Era, según decía, para el servicio del Estado. ¡Bribón!... Yo me imaginé al punto que el Estado era él, como dijo Luis XIV, y que requisaba por su cuenta.

Pero... ¡Un minuto! aun cuando así fuese, estaba obligado a respetar nuestros pasaportes y la firma del director de policía a pesar de todo, perdimos una hora larga en batallar con aquel tunante. Por fin: la berlina volvió a emprender su marcha, y puse los caballos al trote para recuperar el tiempo perdido.

Nos encontrábamos entonces en el territorio que ha formado después el principado de Anhalt. Los caminos estaban por allí más expeditos, porque el grueso del ejército prusiano marchaba hacia el Norte, en dirección de Magdeburgo.

No sufrimos, por consiguiente, ningún impedimento para llegar a Zerbst, especie de caserío de poca importancia, casi totalmente desprovisto de recursos, a cuyo punto llegamos a eso de las nueve de la noche. Se veía que los merodeadores habían pasado por allí, y que no se preocupaban mucho de vivir sobre el país. Por muy exigente que se sea, no es serio mucho el pretender una habitación, un albergue para pasar la noche. Pues para encontrar este albergue entre todas aquellas casas cerradas por prudencia, hubimos de pasar grandes apuros y fatigas. Vi próximo el momento en que nos quedábamos a dormir al raso, en la berlina. Por nosotros no había gran inconveniente; pero ¿y los caballos? ¿No les era necesario forraje y agua? Yo pensaba en ellos antes que todo, y gemía ante la idea de que pudiesen faltarnos durante el camino.

Me proponía, pues, continuar a fin de llegar a otro punto a propósito para hacer alto, Acken, por ejemplo, a tres leguas y media

de Zerbst en el Sudoeste. Podíamos llegar allí antes de media noche, a condición de no volver a emprender la marcha hasta las diez de la mañana del día siguiente, a fin de no quitar ningún momento de reposo a las caballerías.



Sin embargo, *monsieur* de Laurantay me hizo entonces observar que tendríamos que franquear el Elba, que el paso se efectuaba en una barca, y que esta operación valía más efectuarla de día.

Monsieur de Laurantay no se engañaba; debíamos encontrar el Elba antes de llegar a Acken. Era fácil, pues, que tuviéramos allí algunas dificultades.

Me es preciso, para no olvidarlo, mencionar lo siguiente: *monsieur* de Laurantay conocía bien el territorio alemán desde Belzingen hasta la frontera francesa. Durante varios años, cuando vivía su hijo, había recorrido este camino en todas las estaciones, y se orientaba en él fácilmente, consultando su mapa. En cuanto a mí, aquella era solamente la segunda vez que le recorría. *Monsieur* de Laurantay debía, pues, ser un guía muy seguro, y era muy prudente confiarse por completo a él.

En fin, a fuerza de buscar en Zerbst, con la bolsa en la mano, acabó por encontrar cuadra y forraje para nuestros caballos, y para nosotros alimento y habitación, pues siempre que encontrábamos comestibles los comprábamos, a fin de economizar los que llevábamos de reserva en la berlina.

Así pasamos la noche mejor aún de lo que pensábamos y de lo que podíamos esperar de aquel miserable caserío de Zerbst.

CAPÍTULO XIV

Hn poco antes de llegar a Zerbst, nuestra berlina había rodado por el territorio que forma el principado de Anhalt y de sus tres ducados. Al día siguiente debíamos atravesarlo de Norte a Sur, a fin de llegar a la pequeña ciudad de Acken, lo cual nos aproximaría bastante al territorio de Sajonia y al actual distrito de Magdeburgo. Después, el Anhalt reaparecería otra vez., cuando tomáramos la dirección de Bernsburgo, capital del ducado de este nombre. Desde allí entraríamos por tercera vez en Sajonia, a través del distrito de Merseburgo. Tal era por aquellos tiempos la Confederación Germánica, con sus cientos de pequeños Estados o territorios, que el ogro del pequeño Pulgarin hubiera podido franquear de un salto.

Como se comprende, yo digo estás cosas por habérselas oído a *monsieur* de Lauranay. Este me enseñaba su mapa, y con el dedo me indicaba la situación de las provincias, la topografía de las principales ciudades, y la dirección del curso de los ríos. En el regimiento, no hubiera podido estudiar un curso de geografía. Esto, suponiendo que yo hubiera sabido leer.

¡Ah! ¡mi pobre alfabeto, tan bruscamente interrumpido en el momento en que comenzaba a unir las vocales y las consonantes! ¡Y fui buen profesor, *monsieur* Jean, que en aquel instante caminaba con la mochila a la espalda, comprendido en aquella especie de leva que se había llevado toda la juventud de las escuelas y el comercio!

Pero, en fin, no nos apesadumbremos demasiado con esto cosas, y emprendamos de nuevo nuestro camino.

Desde la víspera por la noche, el tiempo era caluroso, de tempestad; el cielo parecía de un color mala con pequeños trozos de azul entre las nubes, pero tan pequeños, que, como se dice en mi tierra, apenas habría bastante para unos pantalones de gendarme. Aquel día arreé mis caballos, pues importaba mucho llegar antes de la noche a Bernsburgo, para lo cual era preciso hacer una jornada de una docena de leguas. La cosa no era imposible, a condición, sin embargo, de que el cielo no viniese a Interrumpir nuestra marcha, o que no se presentase ningún otro obstáculo.

Pero precisamente estaba allí el Elba, que nos detenía en el camino, y, a la verdad, yo tenía miedo de que esta detención fuese más larga de lo que era de desear.

Habiendo salido de Zarat a la seis de la mañana, habíamos llegado dos horas después a la ribera derecha del Elba, un río bastante hermoso, ancho ya por aquellos parajes, y encajonado entre altas orillas, erizadas de millares y millares de cañas.

Felizmente la suerte nos fue propicia en este punto. La barca para carruajes y viajeros se encontraba en la orilla derecha del río, y como *monsieur* de Lauranay no escatimó ni los florines ni ninguna otra clase de moneda, el batelero no nos hizo esperar. En un cuarto de hora la berlina y los caballos estuvieron embarcados.

La travesía se efectuó sin ningún accidente desagradable. Si nos ocurría lo mismo en las demás corrientes de agua, no tendríamos motivo para quejarnos.

Estábamos ya en la pequeña ciudad de Acken, que la berlina atravesó sin detenerse, para tomar la dirección de Bernsburgo.

Yo marchaba muy a gusto. Como se comprenderá fácilmente, los caminos no eran entonces lo que son hoy. Parecían estrechas cintas apenas tratadas sobre un suelo desigual, más bien hechas por las ruedas de los carruajes que por la mano de los hombres.

Durante la estación de las lluvias debían ponerse impracticables, y aun en el verano mismo dejaban mucho que desear. Pero en aquella ocasión era preciso no hacerse el santo descontentadizo.

Se caminó durante toda la mañana, sin dificultad alguna. Sin embargo, hacia mediodía, felizmente mientras que hacíamos alto, se nos adelantó un regimiento de caballería austriaco. Entonces fue la vez primera que yo vi aquella clase de tropas, que parecían una especie de bárbaros. Iban galopando a todo brida, y entro los torbellinos de las nubes de polvo que levantaban y que se clavaban hasta el cielo, se divisaban los reflejos rojos de sus capas y la mancha negruzca de los gorros de piel de carnero con que cubrían la cabeza aquellos salvajes.





Buena suerte tuvimos en encontrarnos en aquellos momentos guarecidos a un lado del camino, y el abrigo de los árboles de un bosquecillo próximo, en el cual yo había escondido el carruaje.

De este modo no fuimos vistos; pues, de lo contrario, con semejantes gentes, Dios sabe lo que hubiera podido sucedernos. Por de pronto, una vez nuestros caballos hubieran convenido a aquellos soldadotes, y nuestra berlina a sus jefes u oficiales. Seguramente, si nos hubiésemos encontrado a su paso, en medio del camino, no hubieran esperado que se los dejase el campo libre; nos hubiesen barrido.

Hacia las cuatro de la tarde señalé a *monsieur* de Lauranay un punto bastante elevado que dominaba la llanura, a una legua larga, en la dirección del Oeste.

—Aquello debe ser el castillo de Bernsburgo, —me respondió.

En efecto, aquel castillo, situado en lo más alto de una colina, se deja apercibir de bastante lejos.

Yo di prisa a los caballos. Una media hora después atravesábamos Bernsburgo, donde nuestros pasaportes fueron de nuevo revisados. Después, muy fatigados de aquella jornada tan accidentada, habiendo atravesado también en una barca el río Saale, que debíamos atravesar todavía otra vez, entramos en Alstleben, hacia las diez de la noche. Esta noche la pasamos bastante bien. Estábamos alojados en un hotel muy bien dispuesto, en el cual no se encontraban oficiales prusianos, lo que aseguraba nuestra tranquilidad y al día siguiente emprendimos de nuevo nuestra marcha, cuando sonaban las diez de la mañana.

No me detendré a dar detalles de las ciudades, villas y aldeas por donde pasamos. En todos ellos había pocas cosas que ver, de las cuales no nos cuidábamos, puesto que viajábamos, no por nuestro placer, sino como gentes a quienes se expulsa de un país, que ellas abandonan también sin pesar. Lo importante en estas

diversas localidades era que no nos aconteciese nada perjudicial, y que pudiésemos pasar todos libremente de una a otra.

En la jornada del día 18, a mediodía, estábamos en Hettstadt. Había sido preciso atravesar el Wipper, río situado no lejos de una explotación de minas de cobre. Hacia las tres de la tarde, la berlina llegaba a Leimbach, en la confluencia del Wipper y del Thalbach. ¡Vaya unos nombres graciosos y fáciles de pronunciar para los soldados del Real de Picardía! Después de haber pasado Mansteld, dominado por una alta colina que un rayo de sol acariciaba en medio de la lluvia que le rodeaba por todas partes, y de haber pisado por Sangerhausen, sobre el Gena, nuestro carruaje rodó a través de un país rico en minas, teniendo los picachos del Harz en el horizonte: y al caer el día, llegamos a Artera, ciudad construida sobre el Unstrüt.

La jornada había sido verdaderamente fatigosa; cerca de quince leguas, durante las cuales no habíamos hecho más que un solo descanso. Yo tuve buen cuidado de que no faltara nada a mis caballos; buen pienso a la llegada; buena cama en la cuadra durante la noche. Verdad es que esto costaba mucho; pero *monsieur* de Lauranay no reparaba en algunas monedas de suplemento, y tenía razón. Cuando los caballos no están mal de los pies, los viajeros no corren peligro de encontrarse mal de las piernas.

Al día siguiente, salimos a las ocho de la mañana, no sin haber tenido algunas dificultades con el fondista.

Yo sé bien que no se da nada por nada; pero aseguro que el propietario del hotel de Artera es uno de los más feroces desolladores de viajeros que puedan encontrarse en todo el Imperio germánico.

Durante esta jornada, el tiempo fue detestable, estallando al fin una terrible tempestad. Los relámpagos nos cegaban, los violentos estampidos del trueno asustaban a los caballos, calados por una lluvia torrencial, una de esas lluvias de las cuales se dice en nuestro país picardo que caen curas.

Al día siguiente, 19 de Agosto, el tiempo se presentó de mejor apariencia. Los campos aparecían bañados de rocío, bajo el soplo del aura, que es la primera brisa de la mañana. Nada de lluvia. Un cielo siempre tempestuoso; un calor sofocante. El suelo era montuoso, y mis caballos se fatigaban mucho. Muy pronto, según yo preveía, me vería obligado a darles veinticuatro horas de reposo. Pero antes esperaba yo que hubiéramos podido llegar a Gotha.

El camino atravesaba entonces terrenos bastante bien cultivados, que se extienden hasta Heldmungen, sobre el Schmuke, donde la berlina hizo alto.

En suma, desde hacia cuatro días, que habíamos salido de Belzingen, no habíamos sido muy molestados; así es que yo pensaba:

—Si hubiéramos podido viajar todos juntos, ¡cómo se hubieran apretado en el fondo del carruaje para hacer sitio a *madame* Keller y a su hijo!... ¡Pero, en fin!...

Nuestro itinerario cortaba entonces por el territorio que forma el distrito de Erfurth, uno de los tres distritos de la provincia de Sajonia. Los caminos, bastante bien trazados, nos permitieron marchar rápidamente a la verdad, yo me hubiese atrevido a lanzar mis caballos más de prisa, sin el accidente de la rotura de una rueda, que no pudo ser compuesta en Weissensee. Lo fue en Tennstedt, por un carretero poco hábil. Esto no dejó de inquietarme por el resto del viaje.

Si la jornada fue larga aquel día, era porque estábamos sostenidos por la esperanza de llegar aquella misma noche a Gotha. Allí se descansarían, a condición de encontrar una fonda confortable.

No por mi, a Dios gracias, pues, hecho como estoy a cal y canto, yo podía, soportar bien esta y otras pruebas más rudas; pero de *monsieur* de Lauranay y su hija, aunque no se quejaban, me parecía que estaban muy fatigados. Mi hermana Irma estaba más animada; ¡pero todos ellos iban tan tristes!

De cinco de la tarde a nueve de la noche recorrimos próximamente unas ocho leguas, después de haber pasado el

Schambach y dejado el territorio de Sajonia, para atravesar el de Sajonia-Coburgo.

En fin, a las once, la berlina se detuvo en Gotha. habíamos formado intención de descansar allí veinticuatro horas. Nuestras pobres caballerías habían ganado cumplidamente una noche y un día de reposo. Decididamente, al escogerlas había tenido una mano afortunada. Para esto no hay como ser inteligente en la materia y no reparar en el precio.

Ya he dicho que no habíamos llegado a Gotha hasta las once de la noche. Las formalidades exigidas a las puertas de las poblaciones nos habían producido algunos retrasos. De seguro, si no hubiéramos llevado nuestros papeles en regla, hubiéramos sido detenidos. Agentes civiles, agentes militares, todos desplegaban una excesiva severidad. Podíamos darnos por contentos da que el gobierno prusiano, al pronunciar nuestro decreto de expulsión, nos hubiese proporcionado los medios de poder cumplirlo. Por esto estoy seguro que, si hubiésemos puesto en ejecución nuestro proyecto primero de partir antes de la incorporación de *monsieur* Jean al ejército, Kalkreuth no nos hubiera expedido nuestros pasaportes, y no hubiéramos podido llegar jamás a la frontera. Era preciso, pues, dar gracias, a Dios primeramente, y después a S... *monsieur* Federico Guillermo, por habernos facilitado nuestro viaje. Sin embargo, no es bueno dar las gracias antes de comer: este es uno de nuestros proverbios picardos, el cual puede creerse que vale tanto como cualquiera otro.

Hay muy buenos hoteles en Gotha. Fácilmente encontré en uno, que se titulaba *A las Armas de Prusia*, cuatro habitaciones muy aceptables y una buena cuadra para los caballos.

A pesar del disgusto que me producía este retraso, yo comprendía que no había otro medio que resignarse.

Por fortuna, de los veinte días que se nos habían concedido como plazo para hacer nuestro viaje, no habíamos empleado más que cuatro, y estaba ya recorrida muy cerca de la tercera parte del trayecto. Por consiguiente, guardando la misma proporción,

debíamos llegar a la frontera de Francia seguramente antes del plazo marcado. Yo no deseaba más que una cosa; a saber: que el regimiento Real de Picardía no disparase sus primeros tiros antes de los últimos días del mes.

Al día siguiente, hacia las ocho, bajó al salón de conversación del hotel, y mi hermana vino a reunirse conmigo.

—¿Y *monsieur* de Luranay y *mademoiselle* Marthe? —le pregunté.

—No han salido todavía de sus habitaciones —me respondió Irma—; y es preciso dejarlos tranquilos hasta el almuerzo.

—Comprendido, mi buena Irma; pero tú, ¿dónde vas?

—A ninguna parte, Natalis; pero esta tarde tengo que salir a hacer algunas compras, y a renovar nuestras provisiones. ¡Si me quieres acompañar!...

—Con mucho gusto; a la hora convenida estaré preparado; entretanto, voy a curiosear un poco por las calles.

Y, efectivamente, salí a la aventura. ¿Qué podré decirte de Gotha? No vi gran cosa en la ciudad. Había en ella muchas tropas de infantería, caballería, artillería y bagajes del ejército. Se escuchaban músicas. Se veía relevar las guardias en sus puestos. A la idea de que todos aquellos soldados marchaban contra Francia, se me oprimía el corazón. ¡Qué dolor me producía el pensar que el suelo de la patria iba a ser, antes de poco, invadido por aquellos extranjeros! ¡Cuántos de nuestros camaradas sucumbirían queriendo defenderla! ¡Sí; era preciso que yo estuviese con ellos para combatir en mi sitio! El sargento Natalis Delpierre no había de ser, no como esos platos de estaño que no se pueden poner al fuego.

Pero, volviendo a Gotha, diré que recorrí algunos barrios y que vi algunas iglesias, cuyos campanarios se perdían en las nubes. Decididamente, se encontraban allí demasiados soldados. Aquella ciudad me producía el efecto de un enorme cuartel.

Volví al hotel a las once, después de haber tenido la precaución de hacer visar nuestros pasaportes, según estaba prevenido;

monsieur de Lauranay estaba todavía en su habitación con *mademoiselle* Marthe. La pobre joven no tenía deseo ninguno de salir a ver la ciudad, lo cual se comprende perfectamente.

En efecto, ¿qué hubiera visto? Nada, sino cosas que le hubieran recordado la situación de *monsieur* Jean. ¿Dónde estaba entonces? ¿Habría podido *madame* Keller reunirse con él, o al menos seguir al regimiento de jornada en jornada? ¿Cómo viajaba esta valerosa mujer? ¿Qué podría hacer ella, si las desgracias que presentía llegaban a realizarse?

¡Y *monsieur* Jean, soldado prusiano, marchando contra un país que amaba al cual hubiera defendido con verdadero placer, y por el que hubiese vertido voluntariamente su sangre!

Naturalmente, el almuerzo fue triste. *Monsieur* de Lauranay había querido que le sirvieran en su habitación, y hacía bien, pues a las *Armas de Prusia* iban a comer varios oficiales alemanes, y convenía evitar su contacto.

Después del almuerzo, *monsieur* y *mademoiselle* de Lauranay permanecieron en el hotel con mi hermana. Yo fui a ver si los caballos carecían de alguna cosa.

El hostelero me había acompañado a la cuadra, y pronto pude comprender que el buen hombre quería hacerme hablar más de lo conveniente, acerca de *monsieur* de Lauranay, de nuestro viaje, y, en fin, de cosas que no le importaban. Tenía que habérmelas con un charlatán; pero ¡qué charlatán!...

El que logre aventajarle, bien puede llamarse el primero del mundo. Por consiguiente, me mantuve en la mayor reserva, y todas sus indicaciones fueron en balde.

A las tres de la tarde salimos mi hermana y yo para terminar las compras. Como Irma hablaba alemán, no teníamos miedo de vernos apurados ni en las calles ni en las tiendas. Sin embargo, se comprendía fácilmente que éramos franceses, y esta condición no era la más a propósito para granjearnos un buen recibimiento en ninguna parte.

Entre las tres y las cinco de la tarde hicimos un buen número de recados, y, en suma, recorrí la ciudad de Gotha por todos sus principales sitios y distritos.

Yo hubiera querido tener algunas noticias de lo que por entonces ocurría en Francia; de sus asuntos, tanto interiores como exteriores. Por esta razón encargué a Irma que pusiera mucha atención a lo que se decía, así en las calles como en las tiendas. Hasta nos atrevíamos a aproximarnos a los grupos en que se hablaba con alguna animación, a escuchar lo que decían; aunque como se comprende, esto no era muy prudente por nuestra parte.

En realidad, lo que pudimos averiguar no era muy satisfactorio para los franceses. Pero, después de todo, más valía tener noticias, aunque fuesen malas, que carecer de ellas.

También vi numerosos edictos pegados en los muros. La mayor parte de ellos no anunciaban otra cosa que movimientos de tropas o de contratas de armamento y vestuario para las tropas.

Sin embargo, mi hermana se detenía ante algunos, y leía las primeras líneas.

Uno de aquellos edictos llamó más particularmente mi atención. Estaba escrito en gruesos caracteres negros, sobre papel amarillo. Parece que le veo todavía pegado a una esquina, junto al tenducho de un zapatero de viejo.

—¡Calla! —dije a Irma—. Mira este edicto, ¿no son números los que tiene a la cabeza?

Mi hermana se aproximó al tenducho, y comenzó a leer.

De repente lanzó un grito terrible.

Felizmente estábamos solos, y nadie lo había escuchado.

El edicto decía lo siguiente:

Mil florines de recompensa al que entregue al soldado Jean Keller, de Belzingen, condenado a muerte por haber

herido a un oficial del regimiento de Lieb,
de paso para Magdeburgo.

CAPÍTULO XV

De qué manera y en qué estado entramos mi hermana y yo en el hotel de las *Armas de Prusia*; lo que hablamos y lo que pensamos por el camino, no lo sé; en vano he tratado muchas veces de recordarlo. Probablemente no cambiaríamos una sola palabra. Si se hubiera podido notar la turbación que llevábamos, seguramente hubiéramos infundido sospechas. No hubiera sido preciso más para ser conducidos ante las autoridades. Se nos hubiese interrogado, acaso nos hubiesen detenido, si llegaban a descubrir qué lazos nos unían a la familia Keller.

En fin, no sé cómo, llegamos a nuestra habitación sin haber encontrado a nadie. Mi hermana y yo quisimos conferenciar antes de ver a *monsieur* y *mademoiselle* de Lauranay, a fin de ponernos de acuerdo sobre lo que convenía hacer.

Allí estábamos los dos, mirándonos como tontos, agobiados, sin atrevernos a pronunciar una sola palabra.

—¡Pobre desgraciado! ¿Qué ha hecho? —exclamó al fin mi hermana.

—¿Que qué ha hecho? —respondí—. Lo que hubiera hecho yo y cualquiera en su lugar. *Monsieur* Jean ha debido ser maltratado, injuriado por ese Frantz..., y le habrá herido; esto debía suceder más tarde o más temprano. Si, yo hubiera hecho otro tanto.

—¡Mi pobre Jean! ¡Mi pobre Jean! —murmuraba mi hermana, en tanto que las lágrimas corrían por sus mejillas.

—Irma —dije— ¡valor! ¡Es preciso tener valor!

—¡Condenado a muerte!

—¡Un minuto! —exclamé yo—. Ya se ha puesto en salvo; ya está fuera de sus alcances, y en cualquier parte que se halla ha de estar mejor que en el regimiento de esos bribones de Grawert, padre o hijo.

—¿Y esos mil florines que se prometen a cualquiera que lo entregue, Natalis?

—Esos mil florines no están todavía en el bolsillo de nadie, Irma; y, probablemente, nadie los cobrará nunca.

—¿Y cómo podrá escapar mi pobre Jean? Su nombre está esparcido por todas las ciudades y todas las aldeas. ¡Cuántos infames habrá que estarán deseando entregarle! ¡Los mejores no querrán recibirle en su casa ni por una hora!

—No te acongojes, Irma —respondí—. Todavía no está perdido todo. En tanto que los fusiles no están apuntados contra el pecho de un hombre...

—¡Natalis! ¡Natalis!...

—Y además, Irma, los fusiles pueden fallar: esto se ha visto muchas veces. No te acongojes. *Monsieur* Jean ha podido huir y refugiarse en el campo; está vivo, y no es hombre para dejarse prender. ¡Él se salvará! No tengas miedo.

Lo digo sinceramente, si yo usaba este lenguaje, no era solamente para dar un poco de confianza a mi hermana, no; yo tenía confianza. Evidentemente, lo más difícil para *monsieur* Jean después del hecho, había sido emprender la fuga, y puesto que había conseguido realizarla, no parecía que fuese fácil echarle mano, puesto que los edictos prometían una recompensa de mil florines a cualquiera que lograra apoderarse de él. ¡No! Yo no quería perder la esperanza, a pesar de que mi hermana no quería escuchar nada.

—¿Y *madame* Keller? —dijo.

Si; esto era quizás más grave. ¿Qué había sido de *madame* Keller? ¿Había podido lograr reunirse con su hijo? ¿Sabía lo que había ocurrido? ¿Acompañaría a *monsieur* Jean en su fuga?

—¡Pobre mujer! ¡Pobre madre! —repetía mi hermana—. Puesto que ha tenido tiempo de alcanzar al regimiento en Magdeburgo, no debe ignorar nada. Sin duda sabe que su hijo está condenado a muerte. ¡Ah, Dios mío, Dios mío!... ¡Cuántos dolores acumuláis sobre ella!...

—Irma —dije— cálmate, yo te lo ruego. ¡Si te escucharan! Bien sabes que *madame* Keller es una mujer enérgica. ¡Quizás *monsieur* Jean haya podido encontrarla!

Aunque esto parezca sorprendente, lo cual es posible, lo repito, yo hablaba con sinceridad. No está en mi naturaleza abandonarme a la desesperación.

—¿Y Marthe? —dijo mi hermana.

—Mi opinión es que conviene dejar que lo ignore todo —respondí—. Esto me parece malo; Irma. hablándole de ello, nos expondríamos a hacerla perder su valor. El viaje es largo todavía, y la pobre joven tiene necesidad de todas las fuerzas de su alma. Si llegara a saber lo que ha sucedido, que *monsieur* Jean está condenado a muerte, que ha huido, que su cabeza ha sido puesta a precio, ¡no viviría! Seguramente se negaría a seguirnos.

—Sí, tienes razón, Natalis; pero ¿y *monsieur* de Luranay? ¿Guardaremos también para con él el secreto?

—Igualmente, Irma. Con decírselo no adelantaremos nada. ¡Ah! ¡si nos fuera posible el ponernos en busca de *madame* Keller y de su hijo!... Sí; entonces debiéramos decírselo todo a *monsieur* de Luranay; pero nuestro tiempo está contado, y nos está prohibido permanecer más días en este territorio. Muy pronto seríamos nosotros también arrestados, y no veo de qué serviría esto a *monsieur* Jean. Conque vamos, Irma; es preciso tener juicio. Sobre todo, que *mademoiselle* Marthe no se aperciba de que has llorado.

—¿Y si sale a la calle, Natalis, no puede dar la casualidad que lea el edicto y sepa?...

—Irma —respondí— no es probable que *monsieur* y *mademoiselle* de Luranay salgan del hotel durante la noche, puesto que no han salido durante el día. Por otra parte, cuando

llegue la noche, será muy difícil leer un edicto. Por consiguiente, no tenemos que temer que ellos se enteren: conque ten cuidado contigo, hermana mía, y se fuerte.

—Lo seré, Natalis: comprendo que tienes razón. ¡Sí, me contendré; no se verá nada por fuera! ¡Pero en mi interior!...

—Por dentro llora, Irma; pues la verdad es que todo esto es bien triste; pero cállate: esta es la consigna.

Después de la cena, durante la cual yo hable desatinadamente, a fin de llamar la atención sobre mí y ayudar así a mi hermana, *monsieur* y *mademoiselle* de Lauranay permanecieron en su habitación, conforme yo lo había previsto. De todos modos, así era mejor. Después de una visita que hice a la cuadra, volví a reunirme con ellos, y los invité a acostarse temprano.

Yo deseaba salir a eso de las cinco de la mañana, pues teníamos que hacer una jornada, si no muy larga, al menos muy fatigosa, a través de un país montuoso.

Todos nos metimos en la cama. Por lo que a mi hace, puedo asegurar que dormí bastante mal. Todos los sucesos de aquellos días desfilaron por mi cabeza. Aquella confianza que yo tenía cuando se trataba de animar el decaído espíritu de mi hermana, parecía que se me escapaba entonces. Las cosas se iban poniendo mal. Jean Keller había sido cogido, entregado... ¿No es así como se razona entre sueños?

A las cinco ya estaba levantado. Desperté a todo el mundo, y fui a hacer enganchar. Tenía prisa por salir de Gotha.

A las seis, cada uno ocupó su sitio en la berlina; cogí las riendas de mis caballos, que habían reposado bien y los hice marchar a buen paso durante una tirada de cinco leguas. Habíamos llegado ya a las primeras montañas de la Thuringia. Allí las dificultades iban a ser grandes, y sería preciso andarse con mucho cuidado.

No es que dichas montañas sean muy elevadas: evidentemente no son los Pirineos ni los Alpes. Sin embargo, el terreno es duro para los carruajes, y había que tomar tantas precauciones por la berlina como por los cabildos. En aquella época apenas estaban

trazados los caminos. Todo se volvía desfiladeros, muy a menudo estrechísimos, a través de gargantas talladas en la roca, o de espesos bosques de encinas, de pinos y de brezos.

Las veredas en zig-zag eran frecuentes, así como los senderos tortuosos, por los cuales la berlina pasaba como encajonada entre montañas cortadas a pico, y profundos precipicios, en el fondo de los cuales rugían algunos torrentes.

De vez en cuando descendía yo de mi asiento, a fin de conducir los caballos por las riendas; *monsieur* de Lauranay, su nieta y mi hermana, echaban pie a tierra para subir las cuestas más empinadas. Todos marchaban valerosamente, sin quejarse, lo mismo *mademoiselle* Marthe, a pesar de su constitución delicada, que *monsieur* de Lauranay, no obstante su avanzada edad. Por otra parte, era preciso con frecuencia hacer alto, a fin de tomar aliento y respirar. ¡Cuánto me regocijaba de no haber dicho nada de lo que concernía a *monsieur* Jean! Si mi hermana desesperaba y se afligía a pesar de mis razonamientos, ¡cuál no hubiera sido la desesperación de *mademoiselle* Marthe y de su abuelo!

Durante aquella jornada del 21 de Agosto, no hicimos cinco leguas, en línea recta, se entiende, pues el camino se hacía interminable con sus mil vueltas y revueltas, de tal modo, que algunas veces nos parecía que volvíamos por los mismos pasos.

Tal vez no nos hubiese venido mal un guía; pero ¿de quién hubiéramos podido fiarnos? ¡Franceses entregados a la merced de un alemán, cuando la guerra estaba declarada!... ¡No! Más valía no contar más que consigo mismo para salir del apuro.

Por otra parte, *monsieur* de Lauranay había atravesado con tanta frecuencia la Thuringia, que lograba orientarse sin gran dificultad. Lo más difícil era caminar por en medio de los bosques. Lográbamos conseguirlo, no obstante, guiándonos por el sol, que no podía engañarnos, pues él, al menos, no es de origen alemán.

La berlina se detuvo a eso de las ocho de la noche, en el límite de un bosque de chaparros situado en los flancos de una alta

montaña de la cadena de los *Thüringer Walds*. Hubiese sido muy imprudente aventurarse a través del bosque durante la noche.

En aquel sitio, nada de fonda ni hotel; ni siquiera una cabaña de leñadores. Era preciso acostarse en la berlina, o bajo los primeros árboles del bosque. Se cenó con las provisiones que llevábamos en las maletas. Yo desenganché los caballos. Como la hierba era abundante por todos lados, los dejó placer en libertad, con la intención, sin embargo, de volar sobre ellos durante la noche.

Obligué a *monsieur* de Luranay, *mademoiselle* Marthe y a mi hermana a ocupar de nuevo sus puestos en la berlina, donde podrían al menos reposar al abrigo del relente de la noche y de una especie de lluvia menuda que empezaba a caer, bastante glacial, pues el terreno en que estábamos alcanzaba ya cierta altura.

Monsieur de Luranay se ofreció a pasar la noche conmigo. ¡Yo rehusé! Veladas como aquellas no son convenientes para un hombre de su edad. Además, yo me bastaba solo.

Envuelto en mi gran manta de viaje, con el ramaje de los árboles sobre mi cabeza, no sería muy digno de compasión. Ya había pasado muchos peores que ésta, allá en las praderas de América, donde el invierno es más rudo que en ningún otro clima, y no me inquietaba mucho por una noche más pasada al raso.

En fin, hasta entonces todo iba a pedir de boca, en lo que a nosotros se refería. Nuestra tranquilidad no fue turbada lo más mínimo, y la berlina, en aquella ocasión, valía tanto como cualquier habitación de los hoteles del país. Con las portezuelas bien cerradas, no había cuidado de sentir la humedad; con las mangas de viaje, no se podía temer al frío, y si no hubiera sido por las inquietudes que nos inspiraba la suerte de los ausentes, hubiéramos dormido perfectamente.

A eso de las cuatro de la mañana, cuando apenas empezaba a ser de día, *monsieur* de Luranay salía de la berlina, y vino a proponerme vigilar en mi puesto, a fin de que yo pudiese descansar una o dos horas. Temiendo disgustarle si rehusaba otra vez, acepté,

y con los brazos sobre los ojos, y la cabeza apoyada en mi manta, eché un buen sueño.

A las seis y media estábamos todos en pie.

—Debéis estar muy fatigado, *monsieur* Natalis, —me dijo *mademoiselle* Marthe.

—¿Yo? —respondí—. He dormido como un lirón en tanto que vuestro abuelo velaba. ¡Es un excelente hombre *monsieur* de Lauranay!

—Natalis exagera un poco —respondió éste sonriendo—; y la noche próxima me permitirá...

—No os permitiré nada, *monsieur* de Lauranay —respondí yo alegremente—. Estaría bueno ver velar al amo hasta el día, en tanto que yo criado...

—¡Criado! —dijo *mademoiselle* Marthe.

—Si, criado o cochero, lo mismo da. ¿Es que no soy cochero, y un cochero hábil, de lo cual me alabo? Llamémoslo postillón, si queréis, para bajar un poco mi amor propio. No soy por eso menos vuestro servidor.

—No, nuestro amigo —respondió *mademoiselle* Marthe, tendiéndome la mano—, y el más fiel que Dios haya podido darnos para conducirnos a Francia.

¡Ah!, ¡qué buena era la señorita! ¿Qué no haría uno por gentes que le dicen cosas como esta, y con un acento tan verdadero de amistad? Sí, ¡ojalá pudiésemos llegar a la frontera! ¡Quisiera Dios que *madame* Keller y su hijo lograsen pasar al extranjero, entretanto que lograban verse juntos!...

En cuanto a mí, si la ocasión se presentara de sacrificarme de nuevo por ellos, estoy dispuesto, y si es preciso dar la vida, amén; como dice el cura de mi aldea.

A las siete estábamos ya en marcha. Si esta jornada del 22 de Agosto no ofrecía más obstáculos que la del día anterior, debíamos, antes que llegara la noche, haber atravesado todo el territorio de la Thuringia.

En todo caso, el día comenzó bien. Las primeras horas fueron duras indudablemente, porque el camino subía todavía por entre rocas cortadas a pico, y el suelo estaba en algunos sitios tan malo, que era preciso a veces empujar las ruedas. Pero en fin salimos de aquellos malos pasos sin ningún entorpecimiento.



Hacia mediodía habíamos llegado a lo más alto de un desfiladero, que se llama el Gebauer, si mis recuerdos no me

engañan, el cual atraviesa la montaña más elevada de la cadena. No faltaba más que descender hacia el Oeste. Sin dejar correr demasiado el carruaje, lo cual no hubiera sido prudente, se iría de prisa.

El tiempo no había cesado de ser tempestuoso. Si la lluvia había cesado de caer desde la salida del sol, el cielo estaba cubierto de espesas nubes, semejantes, por la electricidad que encierran, a enormes bombas. Basta el más pequeño choque para que estallen. Entonces surge la tempestad, que es siempre de temer en los países montañosos.

En efecto, hacia las seis de la tarde, los estampidos del trueno se dejaron oír. Estaban lejos todavía, pero se les sentía aproximarse con excesiva rapidez.

Mademoiselle Marthe, sepultada en el fondo de la berlina, absorta en sus pensamientos, no parecía asustarse demasiado. Mi hermana cerraba los ojos y permanecía inmóvil.

—¿No sería mejor hacer alto? —me dijo *monsieur* de Luranay, inclinándose por fuera de la portezuela.

—Mejor sería —respondí—, y me pararía, a condición de encontrar un sitio conveniente para pasar la noche; pero sobre esta pendiente no la creo muy probable.

—¡Prudencia, Natalis!

—Estad tranquilo, *monsieur* de Luranay, —respondí.

No había acabado de hablar, cuando un intenso relámpago envolvió materialmente la berlina y los caballos. Un rayo acababa de herir uno de los más altos árboles, que estaba a nuestra derecha. Felizmente el árbol cayó del lado del bosque.

Los caballos se espantaron muchísimo, y yo comprendí que no iba a poder sujetarlos. Descendieron por el desfiladero a galope, a pesar de los esfuerzos desesperados que yo hacía para detenerlos. Lo mismo los caballos que yo, estábamos ciegos por los relámpagos y ensordecidos por los estampidos de los truenos. Si aquellos animales, que corrían como locos, daban un paso en falso, la berlina

se precipitaría en los abismos profundísimos que bordeaban el camino.

De repente, las riendas se rompieron, y los caballos, aún más libres, se lanzaron con más furia todavía. Una catástrofe inevitable nos amenazaba.

En aquel momento se produjo un choque. La berlina acababa de estrellarse contra el tronco de un árbol que estaba atravesado en el desfiladero. Los tiros se rompieron, y los caballos saltaron por encima del árbol. En aquel sitio el desfiladero hacía un brusco recodo, al otro lado del cual las desgraciadas bestias desaparecieron en el abismo.

La berlina se había roto al choque, se habían roto las ruedas delanteras, pero no había volcado. *Monsieur* de Luranay, *mademoiselle* Marthe y mi hermana, salieron de ella sin heridas. Yo, aunque había sido arrojado desde lo alto del pescante, estaba, sin embargo, sano y salvo.

¡Qué irreparable accidente! ¿Qué iba a ser de nosotros ahora, sin medios de transporte, en aquellos desiertos bosques de la Thuringia? ¡Qué noche pasamos!

Al día siguiente, 23 de Agosto, fue preciso emprender a pie aquel penoso camino, después de haber abandonado la berlina, de la cual no hubiéramos podido hacer uso, aunque hubiésemos tenido otros caballos para reemplazar los que habíamos perdido.

Yo hice un paquete con algunas provisiones y varios efectos de viaje, y me la echó al hombro, atado al extremo de un palo.

Así descendíamos por el desfiladero, que, si de Luranay no se equivocaba, debía conducirnos a la llanura. Yo marchaba delante mi hermana, *mademoiselle* Marthe y su abuelo, me seguían de la mejor manera posible. No calculo en menos de tres leguas la distancia que recorrimos en aquella jornada. Cuando llegó la noche y nos decidimos a hacer alto, el sol poniente iluminaba las vastas llanuras que se extienden hacia el Oeste, al pie de las montañas de la Thuringia.

CAPÍTULO XVI

La situación era grave. ¡Y cuánto se agravaría todavía!, si no encontrábamos un medio de reemplazar el carruaje perdido, la berlina abandonada en los desfiladeros de los *Thüringer Walds*.

Ante todo, se trataba de encontrar un refugio para pasar la noche. Después, ya pensaríamos en lo que había que hacer.

Yo estaba muy disgustado. No se veía ni una cabaña en los alrededores. No sabía qué hacer, cuando, subiendo hacia la derecha, percibí una especie de choza construida en el límite del bosque que se extendía en la última derivación de la cadena de montañas.

Aquella cabaña estaba abierta a los vientos por dos de sus lados, a más de la faz anterior. Las tablas carcomidas dejaban pasar la lluvia y el viento. Sin embargo, la cubierta del techo había resistido, y sí comenzaba a llover fuerte, aquello nos serviría a lo menos de abrigo.

La tempestad de la víspera había limpiado tan completamente el cielo, que no habíamos tenido lluvia durante el día. Desgraciadamente, con la noche, las espesas nubes vinieron del oeste; después se formaron esas nieblas acuosas que parecen estar al ras del suelo. Yo me conceptuaba, por tanto, muy feliz con haber encontrado aquella guarida, por miserable que fuese, pues ya no teníamos la berlina para pasar en ella la noche.

Monsieur de Luranay se había impresionado mucho con este accidente, sobre todo por su nieta. Una larga distancia nos separaba todavía de la frontera francesa; por consiguiente, ¿cómo podríamos

terminar el viaje en el plazo marcado, si nos veíamos obligados a continuar a pie? Teníamos, pues, que hablar de todas estas cosas; pero lo que había que hacer primeramente era andar mis de prisa.

En el interior de la choza, que no parecía haber estado habitada recientemente, el suelo estaba cubierto de una copa de hierba seca. Allí sin duda, se refugiaban los pastores que conducen sus rebaños a pacer a la montaña, en aquellas últimas colinas de la cadena de los monte de Thuringia. Al pie de aquella colina se extendían las llanuras de Sajonia, en dirección de Fulda, a través de los territorios de la provincia del Alto-Rhin.

Bajo los rayos del sol poniente, que les hería en sentido oblicuo, aquellas colinas se extendía hacia el horizonte, formando leves ondulaciones. Parecían inmensas *wastes*, nombre que se da en Alemania a los terrenos menos áridos que la landas. Aunque estas *wastes* estuviesen de trecho en trecho interrumpidas por pequeñas alturas no debían, sin embargo, los caminos ofrecer la dificultades que habíamos tenido que vencer desde que salimos de Gotha.

Cuando llegó la noche, ayudé a mi hermana a disponer algunas de nuestras provisiones por la cena, que apenas probaron *monsieur* y *mademoiselle* de Lauranay, fatigados como sin duda se hallaban por aquella jornada de todo el día. Tampoco Irma tenía deseos ni estaba en disposición de comer. El cansancio se sobreponía al hambre.

—¡Hacéis mal! —les decía yo—. Alimentarse es lo primero; descansar después: este es el método del soldado en campaña. Hemos de tener necesidad de nuestras piernas en adelante: por consiguiente, es preciso cenar, *mademoiselle* Marthe.

—Bien quisiera, amigo Natalis —me respondió— pero me sería imposible. Mañana por la mañana antes de partir, intentaré tomar algún alimento.

—Siempre será una comida menos —repliqué yo.

—Sin duda; pero no temáis nada: no os haré retrasar en nuestra marcha.

En fin no pude obtener nada de ella, a pesar de mis vivas instancias, a pesar de que prediqué con un ejemplo devorador. Yo estaba resuelto a tomar fuerzas como cuatro, como si al día siguiente hubiera de soportar cuádruple trabajo.

A pocos pasos de la choza corría un arroyo de límpidas aguas, que se perdía en el fondo de una estrecha garganta. Algunas gotas de esta agua, mezclada con aguardiente, de lo cual llevaba yo un frasco de viaje completamente lleno, podían bastar para constituir una bebida reconfortante.

Mademoiselle Marthe consintió en beber dos o tres tragos; *monsieur* de Lauranay y mi hermana la imitaron, lo cual los sentó muy bien.

Después, los tres fueron a tenderse dentro de la choza, donde no tardaron en dormirse.

Yo había prometido ir también a tomar mi parte de sueño, con la intención decidida, por supuesto, de no hacer tal cosa.

Al prometer hacerlo así, me guiaba la idea de impedir que *monsieur* de Lauranay quisiese velar conmigo, pues era preciso evitar que se impusiese aquel exceso de fatiga.

Por consiguiente, me quedé de centinela, paseando arriba y abajo. Ya se comprenderá que hacer este servicio no tenía nada de nuevo para un soldado. Por prudencia, las dos pistolas que yo había cogido de la berlina, me las había colocado en la cintura. Me parecía que había de ser muy prudente el hacer guardia de verdad.

Por la misma razón, me hallaba firmemente dispuesto a resistir al sueño, a pesar de que los párpados me pesaban enormemente. Algunas veces, cuando mis piernas se fatigaban demasiado, me recostaba un poco cerca de la choza, con el oído siempre aguzado y la vista siempre avizor.

La noche era oscura y sombría, a pesar de que las nieblas bajas habían ido remontándose poco a poco a las alturas. Ni un punto luminoso se veía en aquel obscuro velo, ni siquiera el reflejo de una estrella. La luna se había puesto casi a la misma hora que el

sol; ni el más pequeño átomo de luz se divisaba a través del espacio.

Sin embargo, el horizonte estaba libre de toda bruma; si se hubiese encendido una pequeña hoguera en lo más profundo del bosque, o en la inmensa superficie plana, la hubiera percibido seguramente desde más de una legua de distancia.

¡Pero no!..., todo estaba oscuro; por delante, del lado de las praderas; a nuestra espalda, bajolos macizos que descendían oblicuamente desde la montaña vecina, deteniéndose en el ángulo en que se hallaba situada la choza.

Por lo demás, el silencio era tan profundo como la obscuridad. Ni un soplo de viento turbaba la calma de la atmósfera como suele suceder con frecuencia cuando el tiempo está pesado, hasta el punto que la tempestad no se manifiesta ni siguiera en relámpagos de calor.

Es decir, sí; un ruido se dejaba escuchar continuamente. Era un silbido prolongado, que reproducía las marchas tocadas por la charanga del Real de Picardía. Como se ve, Natalis Delpierre se dejaba llevar involuntariamente de sus malas costumbres.

No había más músico que él en el campo, en aquella hora en que los pájaros dormían bajo el follaje de los pinos y de las encinas.

Al mismo tiempo que silbaba, reflexionaba en el pasado. Se me representaba ante los ojos todo cuanto había hecho en Belzingen desde mi llegada; el casamiento, deshecho en el momento en que iba a terminarse; el suspendido desafío entre el teniente Grawert y *monsieur* Jean; la incorporación de éste al regimiento; nuestra expulsión de los territorios de Alemania. Después, en el porvenir entreveía las dificultades que se amontonaban; Jean Keller, con su cabeza pregonada y puesta a precio, huyendo como un presidiario de su condenación a muerte; y su madre, que no sabría dónde unirse con él.

¿Y si había sido descubierto? ¿Y si algunos miserables lo habían entregado para embolsarse la prima de los mil florines? ¡No! Yo no podía, mejor dicho, no quería creer esto. Audaz y resuelto, *monsieur*

Jean no era hombre que se dejara prender, ni que consintiera en ser vendido.

Mientras que yo me abandonaba a estas reflexiones, sentía que mis párpados se cerraban a pesar mío. Entonces me levantaba, no queriendo sucumbir al sueño. Era de sentir que la naturaleza estuviera tan tranquila y que la obscuridad fuese tan profunda. No había ni un solo ruido que pudiera desvelarme, ni una luz en toda la campiña, ni en lo más lejano del cielo, que llamara mi atención, y sobra la cual hubiera podido fijar mis miradas. Era preciso un esfuerzo constante de mi voluntad para no ceder a la fatiga.

Entretanto, el tiempo corría. ¿Qué hora sería ya? ¿Habría pasado la media noche? Bien pudiera ser, pues las noches son bastante cortas en esta época del año. Para conocerlo, busqué con la vista algún reflejo blanquecino en el ciclo, hacia el Oriente, en las crestas de las montañas. Pero nada señalaba todavía la próxima aparición del alba. Debía, pues, estar equivocado, y, en efecto, lo estaba.

Entonces me vino a la imaginación que, durante el día, *monsieur* de Lauranay y yo, después de haber consultado el mapa del territorio, habíamos convenido en que la primera ciudad importante que tendríamos que atravesar sería Tann, en el distrito de Cassel, provincia de Hesse-Nassau. Allí sería muy probable que pudiésemos reemplazar la berlina. No nos importaba el medio de que hubiéramos de valernos para llegar a Francia; con tal de que llegáramos, siempre iríamos bien. Sin embargo, para llegar a Tann era preciso andar una docena de leguas, y... En esto iba de mis cavilaciones, cuando de repente me sobresalté.

Me puse en pie, y escuché con atención. Ha pareció que se había oído una detonación lejana. ¿Sería un tiro?

Casi en seguida una segunda detonación llegó hasta mí. No había duda posible; era la descarga de un fusil o de una pistola. Al mismo tiempo había creído ver como una luz rápida hacia el límite de los árboles que rodeaban la choza.

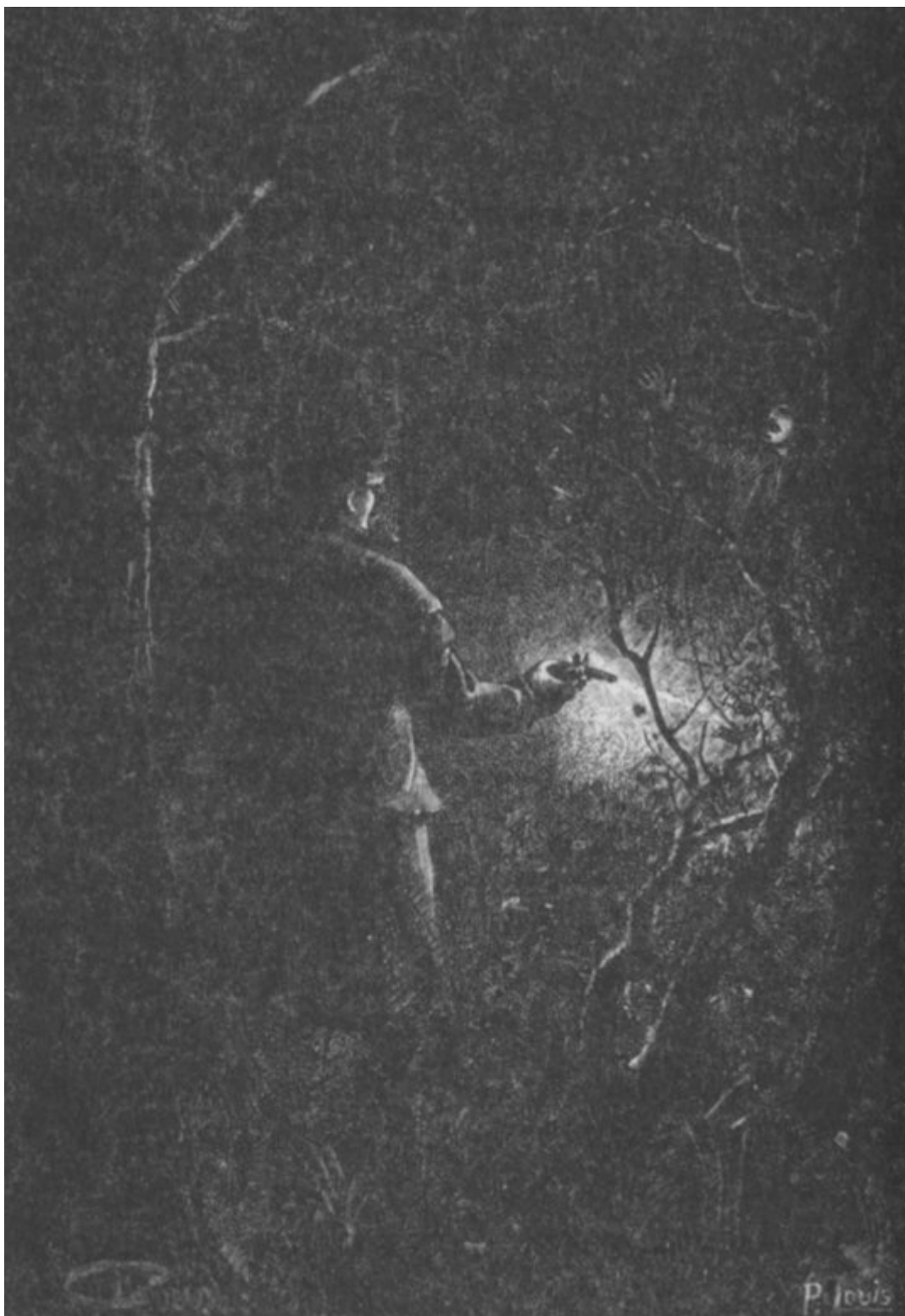
En la situación en que nos encontrábamos, en medio de un país casi desierto, todo era de temer. Si una banda de vagabundos o de merodeadoras acertaba a pasar por allí, seguramente hubiéramos sido descubiertos. Y aunque no fuesen más que media docena de hombres, ¿cómo habríamos podido resistirlos?

En esta incertidumbre transcurrió un cuarto de hora. Yo no había querido despertar a *monsieur* de Lauranay. Podía suceder muy bien que aquellas detonaciones procediesen de un cazador a la espera del jabalí o del venado. En todo caso, por la luz que yo había entrevisto, calculaba en una media legua la distancia a que se habían disparado los tiros.

Yo permanecía en pie, inmóvil, con la mirada fija en aquella dirección; pero no oyendo nada, comencé a tranquilizarme, y aun a preguntarme si no habría sido el juguete de una ilusión del oído y de la vista.

Algunas veces se cree no dormir, y se duerme; lo que se toma por una realidad no era más que la fugitiva impresión de un sueño.

Resuelto a luchar contra la necesidad de dormir, me puse a pasear muy de prisa, de un lado a otro, silbando, sin darme cuenta de ello, mis marchas favoritas. Algunas veces, en estos paseos, llegaba hasta el ángulo del bosque, detrás de la choza, y me internaba un centenar de pasos bajo los árboles.



Al poco tiempo me pareció oír como que algún cuerpo se deslizaba bajo el ramaje. Tal vez habría por allí alguna zorra o algún

lobo; lo cual era posible. Por si acaso, preparé mis pistolas, y me dispuse a recibirlo. Y tal es la fuerza de la costumbre, que, aun en aquel momento, corriendo el riesgo de descubrirme, continuaba silbando, según supe más tarde, pues yo no me daba cuenta de ello.

De repente, creí ver surgir una sombra de entre el ramaje; el tiro de mi pistola salió al azar: pero al mismo tiempo que la detonación estallaba, un hombre aparecía delante de mi.

Le había reconocido solamente a la luz del fogonazo de mi pistola: era Jean Keller.

CAPÍTULO XVII

Al ruido, *monsieur* de Laurantay, *mademoiselle* Marthe y mi hermana, súbitamente despertadas, se habían lanzado fuera de la choza. En el hombre que salía conmigo de entre la espesura del bosque, no habían podido adivinar a *monsieur* Jean, ni a *madame* Keller, que acababa de aparecer casi en seguida. *Monsieur* Jean se lanzó hacia ellos. Antes de que hubiese pronunciado una palabra, lo había reconocido *mademoiselle* Marthe, y él la estrechaba contra su corazón.

—¡Jean! —murmuró la joven.

—¡Si, Marthe! ¡Yo mismo! ¡Y mi madre también!

Mademoiselle de Laurantay se arrojó en los brazos de *madame* Keller.

No convenía perder la sangre fría ni cometer imprudencias.

—Entremos todos en la choza —dije—, os va en ello la cabeza, *monsieur* Jean.

—¡Qué! ¿Sabéis quizás, Natalis?...

—Mi hermana y yo lo sabemos todo.

—¿Y tú, Marthe, y vos, *monsieur* de Laurantay? —preguntó *madame* Keller.

—¿Pues qué hay de nuevo? —exclamó *mademoiselle* Marthe.

—Vais a saberlo —respondí yo—. Entremos.

Un instante después, todos estábamos encajonados dentro de la choza. Si no nos veíamos unos a otros, al menos nos oíamos. Yo, colocado tema dé la puerta, escuchando siempre, no dejaba de observar el camino.

Y *monsieur* Jean lo refirió todo, no interrumpiéndose más que para escuchar si había algún ruido en el exterior. Por otra parte, este relato lo hizo *monsieur* Jean con un tono fatigoso, con frases entrecortadas, que le permitían tomar aliento, como si llegase sofocado por una larga carrera.

—Querida Marthe —dijo— esto debía suceder, y más vale que me encuentre aquí, oculto en esta choza, que allí, bajo las órdenes del coronel von Grawert y en la misma compañía del teniente Frantz.

Entonces, en pocas palabras, Marthe y mi hermana supieron lo que había pasado antes de nuestra salida de Belzingen; la provocación insultante del teniente; el encuentro convenido, y su negativa a llevarlo a efecto después de la incorporación de *monsieur* Jean al regimiento de Lieb.

—Si —dijo *monsieur* Jean—. Yo iba a estar bajo las órdenes de aquel oficial, que podría entonces vengarse de mí a su placer, en lugar de verme enfrente de él con un sable en la mano. Y aquel hombre que os había insultado, Marthe, yo le hubiera matado; estaba seguro de ello.

—¡Jean!, ¡pobre Jean! —murmuró la joven.

—El regimiento fue enviado a Borna —añadió Jean Keller—. Allí, durante un mes, fui sometido a los trabajos más duros, humillado en el servicio, castigado injustamente, tratado como no se trata a un perro; y todo por Frantz. Yo me contenía; lo soportaba todo, pensando en vos., Marthe, en mi madre, en todos mis amigos. ¡Ah! ¡No sabéis lo que he sufrido! En fin: el regimiento salió para Magdeburgo. Allí fue donde mi madre pudo reunirse conmigo; pero fue allí también donde una noche, hace cinco días, en una calle en que yo me encontraba solo con el teniente Frantz, después de haberme llenado de injurias, me hirió con su látigo. Ya eran demasiadas humillaciones y demasiados insultos. Me arrojé sobre él, ciego, y le herí fuertemente.

—¡Mi pobre Jean!... —murmuró de nuevo *mademoiselle* Marthe.

—Yo estaba perdido, sí no lograba escaparme —añadió *monsieur* Jean—. Felizmente, pude encontrar a mi madre en la fonda en que se alojaba. Algunos instantes después había cambiado mi uniforme por un traje de paisano, y salimos de Magdeburgo. Al día siguiente, según supe bien pronto, estaba condenado a muerte por un consejo de guerra. Se ponía a precio mi cabeza: ¡mil florines a quien me entregara! ¿Cómo poder salvarme? No lo sabía: pero yo quería vivir, Marthe; quería vivir para volver a veros a todos.

En este instante *monsieur* Jean se interrumpe.

—¿Se oye algún ruido? —preguntó.

Yo me lancé fuera de la choza. El camine estaba silencioso y desierto. No obstante, apliqué mi oído al suelo. Ningún ruido sospechoso se escuchaba por el lado del bosque.

—No se oye nada, —dije, entrando.

—Mi madre y yo —continuó *monsieur* Jean— nos habíamos lanzado a través de las campiñas de Sajonia, con la esperanza de poder alcanzaros, puesto que mi madre conocía el itinerario que la policía os había obligado a seguir. Caminábamos casi siempre y con preferencia durante la noche, comprando un poco de alimento en las casas aisladas, atravesando de prisa las poblaciones, en muchas de las cuales podía leer el edicto que ponía a precio mi cabeza.

—Sí; el edicto que mi hermana y yo hemos leído en Gotha, —repliqué yo.

—Mi designio —dijo *monsieur* Jean— era tratar de llegar a Thuringia, donde, según mis cálculos, debíais hallaros todavía. Además, allí estaría con más seguridad. Al fin llegamos a las montañas. ¡Qué camino tan rudo!... Bien lo sabéis, Natalis, puesto que os habéis visto obligados a recorrer una parte de pie a pie.

—En efecto, *monsieur* Jean —repliqué—. Pero ¿quién ha podido deciros?...

—Ayer tarde, cuando, llegábamos al lado de allá del desfiladero de Gebauer —respondió *monsieur* Jean—, vi una berlina partida por la mitad, que había sido abandonada en medio del camino. En el

momento reconocí el carruaje de *monsieur* de Laurantay. Era claro que os había acontecido algún accidente. ¿Estabais sanos y salvos? ¡Ah! ¡Qué angustias experimentamos! Mi madre y yo habíamos caminado toda la noche y al llegar el día era preciso ocultarnos.

—¡Ocultaros! —dijo mi hermana—. ¿Y por qué? ¿Acaso erais perseguidos?

—Sí —respondió *monsieur* Jean—; perseguidos por tres bribones que habíamos encontrado a la bajada del desfiladero de Gebauer, el cazador furtivo Buch y sus dos hijos, de Belzingen. Ya los había yo visto en Magdeburgo, en seguimiento del ejército, con otro gran número de vagos y ladrones de su especie. Sin duda sabían que había mil florines que ganar siguiendo mi pista; eso es lo que han hecho, y esta misma noche hace apenas dos horas, hemos sido atacados rudamente a una media legua de aquí, en el lindero del bosque.

—¿Es decir, que los dos tiros que yo creí oír?...

—Son los que han disparado ellos, Natalis. Mi sombrero ha sido atravesado por una bala, sin embargo, refugiándonos en una espesura tanto mi madre como yo, hemos podido escapar de esos miserables. Sin duda, han debido creer que hemos retrocedido en nuestro camino, pues se han dirigido por el lado de la montaña. Entonces nosotros hemos emprendido nuestra marcha hacia la llanura, y al llegar al límite de bosque os he reconocido en el silbido, Natalis.

—¡Y yo que ha disparado sobre vos, *monsieur* Jean al ver un hombre que avanzaba!...

—Poco importa, Natalis; pero es posible que vuestro tiro haya sido oído, y es preciso que me marche al instante.

—¿Sólo? —exclamó *mademoiselle* Marthe.

—¡No! Partiremos juntos —respondió *monsieur* Jean—. Si es posible, no nos separaremos hasta haber alcanzado la frontera francesa. Cuando la hayamos pasado, será ocasión de pensar en una separación, que acaso, sea muy larga.

Todos sabíamos ya lo que nos importaba saber; es decir, cuán amenazada estaría la vida de *monsieur* Jean, si el cazador furtivo Buch y sus dos hijos volvían a ponerse sobre sus huellas. Indudablemente trataría de defenderse contra aquellos bribones; no se rendiría sin luchar tenazmente; pero ¿cuál sería el resultado de esta lucha, en el caso probable de que los Buch hubieran reunido algunas genios de la peor especie, de tantas como entonces infestaban la campiña?

En muy pocas palabras, *monsieur* Jean fue puesto al corriente de todo lo que nos había acontecido desde nuestra salida de Belzingen, y de cómo nuestro viaje se había hecho sin grandes tropiezos hasta el accidente del Gebauer. Pero al presente, la carencia de caballos y de carruaje nos ponía en una situación extremadamente difícil.

—Es preciso procurarse a toda costa medios de transporte, —dijo *monsieur* Jean.

—Yo tengo esperanza de que nos será fácil encontrarlos en Tann —respondió *monsieur* de Lauranay—. En todo caso, mi querido Jean, no permanezcamos más tiempo en esta choza. Buch y sus hijos se han extraviado quizás por este lado; es preciso aprovecharnos de lo que nos queda de noche.

—¿Podréis seguirnos, Marthe? —preguntó *monsieur* Jean.

—Estoy dispuesta, —contestó *mademoiselle* de Lauranay.

—¿Y tú, madre mía, que acabas de soportar tantas fatigas?

—En marcha, hijo mío —dijo *madame* Keller.

No nos quedaban más que algunas pocas provisiones; apenas las necesarias para llegar hasta Tann; pero de todos modos, eran las suficientes para evitarnos el tenernos que detener en las aldeas por donde Buch y sus hijos podrían o habrían podido pasar.

En vista de todas estas circunstancias, se decidió lo siguiente antes de ponerse en camino; pues ante todo era preciso asegurar el niño, como decimos los picardos en el juego del piquet.

En tanto que no hubiera peligro en separarnos, estábamos decididos a no hacerlo, indudablemente, lo que había de ser

relativamente fácil para *monsieur* de Lauranay y para *mademoiselle* Marthe, para mi hermana y para mi, puesto que nuestros pasaportes nos protegían hasta la frontera francesa, sería mucho más difícil para *madame* Keller y su hijo. Por consiguiente, éstos debían tomarla precaución de no entrar en las ciudades por las cuales se nos había obligado a pasar a nosotros.

Se detendrían antes de entrar, y nos esperarían al otro lado a nuestra salida. De esta manera, quizá no fuera imposible hacer el viaje juntos.

—Partamos, pues —dije yo—. Si puedo comprar un carruaje y dos caballos en Tann, ahorraremos muchas fatigas a vuestra madre, a *mademoiselle* Marthe, a mi hermana y a *monsieur* de Lauranay. En cuanto a nosotros, *monsieur* Jean, no nos apuraremos por unos cuantos días de marcha y unas cuantas noches de dormir al raso; y ya veréis qué hermosas son en estas noches las estrellas que brillan sobre la tierra de Francia.

Dicho esto, yo me adelantó una veintena de posos hacia el camino. Eran las dos de la madrugada. Una profunda obscuridad envolvía todo el paisaje. Sin embargo, en las más altas crestas de las montañas se vislumbraban ya las primeras claridades del alba.

Pero si yo no podía ver nada, al menos podía oír. Escuchó por todos lados con una atención extrema. La atmósfera estaba tan tranquila, que el más leve ruido de pasos por entre el ramaje de la arboleda no hubiera podido escapárseme.

No se oía nada. Era preciso convenir en que Buch y sus hijos habían perdido las huellas de Jean Keller. Ya estábamos todos fuera de la choza. Yo había cargado con las provisiones que quedaban, y os aseguro que no formaban un fardo muy pesado. De las dos pistolas que yo llevaba, di una a *monsieur* Jean, y me quedé con la otra. Si la ocasión se presentaba, seguramente sabríamos servirnos de ellas.

En aquel momento, *monsieur* Jean se aproximó a *mademoiselle* de Lauranay, y cogiéndole una mano, la dijo con voz conmovida:

—Marthe: cuando quise tener la dicha de haceros mi esposa, mi vida me pertenecía. Ahora, no soy más que un fugitivo, un condenado a muerte... ¡No tengo ya el derecho de asociar vuestra vida a la mía!

—Jean —respondió *mademoiselle*. Marthe— estamos unidos ante Dios. ¡Qué Dios nos guíe!...

CAPÍTULO XVIII

Pasaré rápidamente los sucesos ocurridos durante los dos primeros días de nuestro viaje con *monsieur* Keller y su hijo. Hasta entonces habíamos tenido la fortuna, al salir del territorio de Thuringia, de no tropezar con ningún mal encuentro.

Por otra parte, muy sobreexcitados, como nos hallábamos, caminábamos a buen paso. Se hubiese podido decir que *madame* Keller, *mademoiselle* Marthe y mi hermana nos daban el ejemplo. Era preciso pedirlos que se moderasen. Se descansaba ordinariamente una hora por cada cuatro de marcha, y cuando llegaba la noche, dábamos por concluida nuestra jornada.

El país, poco fértil, estaba interceptado por todas partes por barrancos abiertos por los torrentes, y erizado de sauces y álamos blancos. Ofrece un aspecto muy salvaje toda aquella parte de la provincia de Hesse-Nassau que ha formado después parte del distrito de Cassel se encuentran en ella pocas poblaciones; solamente algunas granjas de techos planos, sin tejas ni canales. Íbamos atravesando entonces el territorio de Schmalkalden, con un tiempo favorable, un cielo nublado, y una brisa bastante fresca que nos daba de espaldas. Sin embargo, nuestras compañeras iban ya muy fatigadas, cuando el día 21 de Agosto, después de haber recorrido a pie una decena de leguas desde las montañas de Thuringia, llegamos a la vista de Tann, hacia las diez de la noche.

Allí, conforme a lo que habíamos convenido, *monsieur* Jean y su madre se separaron de nosotros. No hubiera sido prudente atravesar aquella ciudad, en la cual *monsieur* Jean hubiera podido

ser reconocido, y ¡sabe Dios qué consecuencias lo hubiese acarreado esto!

Quedamos convenidos en que al día siguiente, a las ocho de la mañana, nos encontraríamos en el camino de Fulda. Si nosotros no éramos exactos a la cita... era que la adquisición de un carruaje y de caballos nos habría detenido. Pero *madame* Keller y su hijo no habían de entrar en Tann bajo ningún pretexto. Muy prudente fue este acuerdo, pues los agentes se mostraron muy severos en el examen de nuestros pasaportes. Hubo momentos en que creí que iban a detener a gentes a quienes se expulsaba del territorio. Fue preciso decir de qué manera viajábamos, en qué circunstancias habíamos perdido nuestro carruaje; en fin, todo.

Esto nos sirvió, sin embargo. Uno de los agentes, con la esperanza de una buena comisión, nos ofreció ponernos en relación con un alquilador de carruajes. Su proposición fue aceptada. Después de haber acompañado a *mademoiselle* Marthe y a mi hermana al hotel, *monsieur* de Lauranay, que hablaba muy bien el alemán, vino conmigo en casa del alquilador.

Carruajes de viaje no tenía, fue preciso contentarse con una especie de carricoche de dos ruedas con una cubierta de cuero, y con el único caballo que podió engancharse a sus varas. Inútil es decir que *monsieur* de Lauranay debió pagar dos veces el valor del caballo, y tres el del carricoche.

Al día siguiente, a las ocho, encontramos a *madame* Keller y a su hijo en el camino. Una mala taberna les había servido de alojamiento. *Monsieur* Jean había pasado la noche en una silla, mientras que su madre disponía de un mal jergón. *Monsieur* y *mademoiselle* de Lauranay, *madame* Keller y mi hermana, montaron en el carricoche, en el cual había yo colocado algunas provisiones compradas en Tann. Sentados los cuatro, quedaba todavía un quinto sitio: se le ofrecí a *monsieur* Jean; pero rehusó. Finalmente, convinimos en que le ocuparíamos los dos por turno, y la mayor parte del tiempo acontecía que íbamos los dos a pie, a fin de no echar demasiado peso en el carruaje, y que el caballo fuese más

descansado. Para comprar éste no había sido posible elegir. ¡Ah! ¡Cuánto me acordaba de nuestros pobres caballos de Belzingen!

El 26 por la noche llegábamos a Fulda, después de haber visto desde lejos la cúpula de su catedral, y desde una altura un convento de franciscanos. El 27 atravesábamos Schilachtern, Sodon y Salmunster, en la confluencia de los ríos Salza y Kinzig.

El 28 llegábamos a Gelnhausen, y si hubiéramos viajado por gusto, hubiéramos debido visitar, según se me ha dicho después, su castillo, habitado por Federico Barbarroja. Pero fugitivos como íbamos, o poco menos teníamos otras cosas en qué pensar.

Sin embargo, el carricoche no iba tan de prisa como yo hubiera querido, a causa del mal estado del camino, que, principalmente en los alrededores de Salmunster, atravesaba bosques interminables, cortados por vastos estanques, mucho más grandes que los que se ven en Picardía. Por esas razones no marchábamos sino al piso, originándose retrasos que no debían de ser inquietantes. Hacia ya trece días que habíamos salido de Belzingen. Siete días más, y nuestros pasaportes no tendrían valor ninguno.



Madame Keller estaba muy fatigada. ¿Qué sucedería si llegaban a faltarle las fuerzas por completo, y nos veíamos obligados a

dejarla en alguna ciudad, o en otra población cualquiera? Su hijo no podría permanecer con ella, que, a su vez, tampoco lo hubiera permitido. En tanto que la frontera francesa no estuviese entre los agentes prusianos y *monsieur* Jean, éste corría peligro de muerte.

¡Qué de dificultades tuvimos que vencer para atravesar el bosque de Lomboy!, que se extiende a izquierda y a derecha del río Kinzig, basta las montañas del territorio de Hesse-Darmstadt. Creí que no llegaríamos nunca al otro lado del río, y nos fue preciso perder mucho tiempo antes de encontrar un vado para poder pasar. En fin, el 29 el carricoche se detuvo un poco antes de llegar a Hanan. Nos vimos obligados a pasar la noche en aquella ciudad, en la cual se notaba un considerable movimiento de tropas y de equipajes.

Como *monsieur* Jean y su madre hubieran tenido que dar un gran rodeo a pie, lo menos de dos leguas, para dar la vuelta a la población, *monsieur* de Lauranay y *mademoiselle* Marthe se quedaron con ellos en el carruaje. Sólo mi hermana y yo entramos en la ciudad a fin de renovar nuestras provisiones.

Al día siguiente, 30, nos encontramos en el camino que corta el distrito de Viessbaden. Dejamos a un lado, hacia el mediodía, la pequeña villa de Offenbach, y por la noche llegamos a Francfort-aur-le-Mein.

Nada diré de esta gran ciudad, sino que está situada sobre la orilla derecha del río y que en tus calles hormigean los hebreos.

Habiendo pasado el Mein en la barca del batelero de Offenbach, habíamos ido a salir frente por frente al camino de Mayenza. Como no podíamos evitar el entrar en Francfort para que nos revisaran los pasaportes, una vez cumplida esta formalidad, volvimos a encontrar a *monsieur* Jean y a su madre. Aquella noche, por consiguiente, no nos vimos obligados a una separación, siempre penosa. Pero lo que nos fue más grato y apreciable todavía, fue el encontrar donde alojarnos —verdad es que muy modestamente— en el arrabal del Salhsenhausen, sobre la ribera izquierda del Mein.

Después de cenar todos en compañía, cada cual se fue apresuradamente a su cama, excepto mi hermana y yo, que teníamos que comprar algunas cosillas.

En esta salida, mi hermana oyó, entre otras cosas, lo siguiente, en casa de un panadero, donde varias personas hablaban del soldado Jean Keller: se decía que había sido capturado en Salmunster, y se daban minuciosos detalles de la captura. Verdaderamente, aquello hubiera sido muy divertido para nosotros, si hubiésemos tenido gana de bromas.

Pero lo que me pareció infinitamente más grave, fue el oír hablar de la próxima llegada del regimiento de Lieb, que debía dirigirse desde Francfort a Mayenza, y de Mayenza a Thionville.

Si esto era cierto, el coronel von Grawert y su hijo iban a seguir el mismo camino que nosotros. En previsión de un encuentro semejante, ¿no convendría modificar nuestro itinerario y seguir una dirección más hacia el Sur, aun a riesgo de comprometernos, dejando de pasar por las ciudades indicadas por la policía prusiana?

Al día siguiente, 31, comuniqué esta mala noticia a *monsieur* Jean, quien me recomendó no hablar de ello ni a su madre ni a *mademoiselle* Marthe, que tenían ya suficientes inquietudes. Al otro lado de Mayenza se vería el partido que convendría tomar, y si sería necesario separarse hasta la frontera. Caminando de prisa, tal vez pudiéramos ponernos a bastante distancia del regimiento de Lieb, de manera que alcanzáramos antes que él la frontera de Lorena.

Partimos, pues, a las seis de la mañana. Desgraciadamente, el camino era áspero y fatigoso. Fue preciso atravesar los bosques de Neilruh y de La Ville, que están próximos, casi tocando a Francfort. Con este motivo hubo retrasos de varias horas, empleados en dar la vuelta a los caseríos de Hochst y de Hochheim, que estaban ocupados por una sección numerosa de equipajes militares. Yo vi el momento en que nuestro viejo carricoche, con su flaco caballo y todo, nos iba a ser arrebatado para el transporte de varios quintales de pan. Resultado: que aunque desde Francfort a Mayenza no hay más que una quincena de leguas, no pudimos llegar a esta última

población hasta la noche del 31. Nos hallábamos entonces en la frontera del Hesse-Darmstadt.

Fácil es de comprender que *madame* Keller y su hijo habían de tener gran interés en no pasar por Mayenza. Esta ciudad está situada sobre la orilla izquierda del Rhin, en su confluencia con el Mein, y frente por frente de Cassel, que es como uno de sus arrabales, el cual se une a la principal parte de la población por un puente de barcas de una longitud de seiscientos pies.

Pero para encontrar de nuevo los caminos que se dirigen hacia Francia, es indispensable franquear el Rhin, sea por más arriba o sea por más abajo de la ciudad, cuando no se quiera pasar por el puente antes citado.

Vednos aquí, pues, buscando con afán una barca que pudiese transportar a *monsieur* Jean y a su madre. Todo fue inútil; el servicio de las barcas estaba interrumpido por orden de la autoridad militar.

Eran ya las ocho de la noche. Nosotros no sabíamos verdaderamente qué hacer.

—Es preciso, sin embargo, que mi madre y yo pasemos el Rhin, —dijo *monsieur* Jean.

—¿Y por qué sitio, y cómo? —respondí yo.

—Por el puente de Mayenza, puesto que, es imposible pasar por otra parte.

En vista de esto, adoptamos el siguiente plan.

Monsieur Jean tomó mi manta, en la cual se envolvió desde la cabeza hasta los pies; y luego, cogiendo el caballo por las riendas, se dirigió hacia la puerta de Cassel.

Madame Keller se había sepultado en el fondo de carricoche, entre los vestidos de viaje. *Monsieur* y *mademoiselle* de Lauranay, mi hermana y yo, ocupábamos las dos banquetas.

Así colocados, nos aproximamos todo lo posible a las viejas fortificaciones de ladrillos enmohecidos, por entre las avanzadas, y el carricoche se paró delante del puesto que guardaba la cabeza del puente.

Encontrábanse allí multitud de personas, que volvían del mercado libre que se había celebrado aquel día en Mayenza. Allí fue donde *monsieur* Jean recurrió a toda su audacia.

—¿Vuestros pasaportes? —nos dijo.

Yo mismo le alargué los documentos pedidos, que él entregó al jefe del puesto.

—¿Qué gentes son esas? —le preguntaron.

—Franceses que conduzco a la frontera.

—¿Y quién sois vos?

—Nicolás Friedel, alquilador de carruajes de Hochst. Nuestros pasaportes fueron examinados con una atención extremadamente minuciosa, por más que estuviesen en regla. Ya se comprenderá la angustia que a todos nos oprimía el corazón.

—A estos pasaportes no les quedan más que cuatro días de validez —dijo el jefe del puesto—; es preciso, por tanto, que, en ese término, estas gentes estén ya fuera del territorio.

—Lo estarán —respondió Jean Keller—; pero no tenemos tiempo que perder.

—Pasad.

Media hora después, franqueado el Rhin, nos encontrábamos en el Hotel de Anhalt, donde *monsieur* Jean debía representar hasta el último momento su papel de alquilador de carruajes. No se me podrá olvidar nunca aquella entrada nuestra en Mayenza.

¡Lo que son las cosas!... ¡Qué recibimiento tan diferente se nos hubiera hecho cuatro meses más tarde, cuando, en Octubre, Mayenza se había rendido a los franceses! ¡Qué alegría hubiese sido encontrar allí a nuestros compatriotas! ¡De qué manera nos hubieran recibido!, no sólo a nosotros, a quienes se arrojaba de Alemania, sino también a *madame* Keller y a su hijo, al saber su historial y aun cuando hubiéramos debido permanecer seis meses, ocho meses, en aquella capital, hubiera sido con gusto, pues hubiéramos salido con nuestros bravos regimientos y los honores de la guerra para entrar en Francia.

Pero no se llega cuando se quiere; y lo principal, cuando ya se ha llegado, es poder salir cuando a uno lo convenga.

Cuando *madame* Keller, *mademoiselle*. Marthe y mi hermana entraron en sus habitaciones del Hotel de Anhalt, *monsieur* Jean se fue a la cuadra a cuidar de mi caballo, y *monsieur* de Lauranay y yo salimos a la calle, a ver si sabíamos, por casualidad, alguna noticia.

Lo que nos pareció más oportuno, fue el instalarnos en una cervecería, y pedir los periódicos. Y verdaderamente, era cosa que merecía la pena de saberse lo que había pasado en Francia desde nuestra partida. En efecto, había tenido lugar la terrible jornada del 10 de Agosto, la invasión de las Tullerías, el degüello de los suizos, la prisión de la familia real en el Temple, y el verdadero destronamiento de Luis XVI.

Cada uno de estos hechos eran de naturaleza más que suficiente para precipitar la masa de coligados hacia la frontera francesa. Conociendo esto, la Francia entera se hallaba dispuesta a rechazar la invasión.

Continuaban organizados los tres ejércitos; Luckner al Norte, Lafayette al Centro y Montesquieu al Mediodía.

En cuanto a Dumouriez, servía entonces a las órdenes de Luckner como teniente general.

Pero, y esta era una noticia que no tenía más que tres días de fecha, Lafayette, seguido de algunos de sus compañeros, acababa de dirigirse al cuartel general austriaco, donde, a pesar de sus reclamaciones, se la había tratado como prisionero de guerra.

Por este hecho se podrán juzgar las disposiciones en que se hallaban nuestros enemigos para todo lo que era francés, y qué suerte nos esperaba si los agentes militares nos hubiesen cogido sin pasaportes.

Sin duda, entre lo que contaban los papeles, había cosas que podían creerse, y otras de las cuales no debería hacerse caso; sin embargo, la situación, según las últimas noticias, era la siguiente:

Dumouriez, comandante en jefe de los ejércitos del Norte y del Centro, era un gran hombre; todo el mundo estaba persuadido de

ello. Por eso mismo, deseosos de hacer caer sobre él los primeros golpes, los soberanos de Prusia y Austria estaban para llegar a Mayenza. El duque de Brunswick dirigía los ejércitos de la coalición. Después de haber penetrado en Francia por las Ardenes, tenían la intención de marchar hacia París por el camino de Chalons. Una columna de sesenta mil prusianos se dirigían por Luxemburgo hacia Longwe. Treinta y seis mil austriacos, bajo las órdenes de Clairfayt y del príncipe de Hohenlohe, flanqueaban el ejército prusiano. Tales eran las terribles masas que amenazaban a Francia.

Os digo por adelantado todas estas cosas, que yo no supe hasta más tarde, porque conociéndolas se comprende mejor la situación.

Entretanto, Dumouriez estaba en Sedán con veintitrés mil hombres. Kellermann, que reemplazaba a Luckner, ocupaba Metz, con veinte mil. Quince mil estaban en Landau, a las órdenes de Custine: treinta mil en Alsacia, mandados por Biron, estaban dispuestos para unirse fuera necesario, bien a Dumouriez, o bien a Kellermann.

En fin, como última noticia, los periódicos nos comunicaban que los prusianos acababan de tomar a Longwe, que bloqueaban a Thionville, y que el grueso de su ejército marchaba sobre Verdun.

Con tales nuevas, volvimos al hotel, y cuando *madame* Keller supo lo que pasaba, a pesar de que se encontraba muy débil, rehusó hacernos perder veinticuatro horas en Mayenza, tiempo que le hubiera sido muy necesario para su reposo.

Pero era grande el temor que tenía de que su hijo fuera descubierto. Se convino, pues, en emprender la marcha al día siguiente, que era el 1.º de Septiembre. Una treintena de leguas nos separaba todavía de la frontera.

Nuestro caballo, a pesar del cuidado que de él había tenido, no iba muy de prisa. ¡Y, sin embargo, cuánta necesidad teníamos de apresurarnos! Hasta llegada la noche no descubrimos a lo lejos las ruinas de un antiguo castillo en la cima del Schlossberg. Al pie de esta montaña se extiende Kreuznach, ciudad importante del distrito

de Coblentza, situada sobre el Nahe, y que, después de haber pertenecido a Francia en 1801, volvió al dominio de Prusia en 1815.

Al día siguiente llegamos al caserío de Kirn, y veinticuatro horas más tarde al de Birkenfeld. Afortunadamente, como no nos faltaban las provisiones, pudimos, tanto *madame* Keller y *monsieur* Jean como nosotros, dar un rodeo y evitar la entrada en aquellas poblaciones, que no estaban marcadas en nuestro itinerario. Pero había sido necesario contentarnos con la cubierta del carricoche por todo abrigo, y ya se comprende que las noches pasadas en tales condiciones no dejaban de ser penosas.

Otro tanto nos aconteció cuando hicimos alto el 3 de Septiembre por la noche a las doce de la noche del día siguiente espiraba el plazo que nos había sido concedido para evacuar el territorio alemán. Y todavía nos hallábamos a dos jornadas de marcha antes de llegar a la frontera. ¿Qué sería de nosotros, si por casualidad éramos detenidos en el camino, sin pasaportes válidos para los agentes prusianos?

Acaso tuviéramos que vernos obligados a dirigirnos más hacia el Sur, del lado de Sarrelouis, que era la población francesa más próxima. Pero con esto nos exponíamos a caer precisamente en el centro de la masa de prusianos que iban a reforzar el bloqueo de Thionville. Por consiguiente, nos pareció preferible alargar nuestro camino, a fin de evitar tan peligroso encuentro.

En suma, sólo nos hallábamos a pocas leguas del país, sanos y salvos todos. Que llegáramos allá *monsieur* y *mademoiselle* de Lauranay, mi hermana y yo, no tendría nada de extraordinario indudablemente. En cuanto a *madame* Keller y a su hijo, bien podía decirse que las circunstancias les habían favorecido. Cuando Jean Keller se había reunido con nosotros en las montañas de Thuringia, no contaba yo con la seguridad de que podríamos estrecharnos las manos en la frontera francesa.

Sin embargo, nos interesaba mucho evitar a Saarbruck, no solamente por interés de Jean Keller y de su madre, sino también

por interés nuestro. Aquella ciudad nos habría ofrecido su hospitalidad, más bien en una prisión que en un hotel.

Fuimos, pues, a alojarnos a una posada cuyos huéspedes habituales no debían ser de primera calidad. Más de una vez el posadero nos miró de una manera muy singular. Hasta me pareció que, en el momento en que partíamos, cambiaba algunas palabras con varios individuos reunidos alrededor de una mesa, en el fondo de una obscura habitación, y a los cuales nosotros no podíamos ver.



En fin, el 4 por la mañana tomamos el camino que pasa entre Metz y Thionville, prontos a dirigirnos, si era preciso, a la primera de

dichas ciudades, que los franceses ocupaban entonces.

¡Qué marcha tan penosa fue aquella, a través de una masa de busques diseminados por todo el país! El pobre caballejo no podía más; así fue que, a eso de las dos de la tarde, y al empezar a subir una larga y empinada cuesta que se desarrollaba entre espesos matorrales, y bordeaba algunas veces por campos de arena, nos vimos obligados a echar pie a tierra todos, menos *madame* Keller, que se hallaba demasiado fatigada para bajarse del carricoche.

Se caminaba, pues, lentamente. Yo llevaba el caballo por la rienda; mi hermana iba cerca de mí; *monsieur* de Lauranay, su aleta y *monsieur* Jean caminaban un poco detrás. Excepto nosotros, no se vela un alma por el camino.

A lo lejos, hacia la izquierda, se dejaban oír sordas detonaciones. Por aquel lado se combatía; sin duda era bajo los muros de Thionville.

Da repente, y hacia la derecha, se oyó un tiro. Nuestro caballo, herido mortalmente, cayó a tierra, rompiendo las varas del carricoche. Al mismo tiempo se oían estas vociferaciones:

—¡Al fin le tenemos!

—¡Si, este es Jean Keller! ¡Para nosotros los mil florines!

—Todavía no, —dijo *monsieur* Jean.

Un segundo tiro resonó. Pero esta vez era *monsieur* Jean quien lo había disparado, y un hombre rodaba por tierra cerca de nuestro caballo.

Todo esto había pasado tan rápidamente, que yo no había tenido tiempo de darme cuenta de ello.

—¡Son los Buch! —me dijo *monsieur* Jean.

—Pues bien: zurrémosles, —respondí yo.

Aquellos bribones, en efecto, se encontraban en la fonda en que nosotros habíamos pasado la noche. Después de algunas palabras cambiadas con el posadero, se habían lanzado en nuestro seguimiento.

Pero de tres, no eran ya más que dos: el padre y el segundo de los hijos. El otro, con el corazón atravesado por una bala, acababa

de espirar.

Y entonces, dos contra dos, la partida sería igual. Ésta, por otra parte, no sería larga. Yo, a mi vez, tiré sobre el otro hijo de Buch, al cual no hice más que herir. Entonces él y su padre, viendo que su golpe había sido errado, se movieron por entre la arboleda, hacia la izquierda, y se alejaron a todo correr.

Yo quería lanzarme en su seguimiento; pero *monsieur* Jean me lo impidió. ¡Quién sabe si tendría razón!

—¡No! —me dijo— lo que más urge es atravesar la frontera; en marcha, en marcha.

Como ya no teníamos caballo, fue, preciso abandonar nuevamente nuestro carricoche. *Madame* Keller se vio obligada a echar pie a tierra, y marchaba apoyada en el brazo de su hijo.

Algunas horas más, y nuestros pasaportes no nos protegerían.

Así se caminó hasta la noche. Se acampó bajo los árboles, y nos servimos del resto de las provisiones. En fin: el día siguiente, 5 de Septiembre, al anochecer, atravesamos la frontera.

¡Si! ¡Era el suelo francés el que nuestros pies pisaban entonces, suelo francés, ocupado por soldados extranjeros!...

CAPÍTULO XIX

Tocábamos, pues, al término de este largo viaje, que la declaración de guerra nos había obligado a hacer a través de un país enemigo. Este penoso camino de Francia le habíamos recorrido nosotros, no solamente con extremas fatigas, sino expuestos a grandes peligros. Sin embargo, salvo en dos o tres circunstancias, entre otras cuando los Buch nos habían atacado, nuestra vida no había estado en peligro ni nuestra libertad tampoco.

Esto que digo de nosotros era del mismo modo aplicable a *monsieur* Jean, desde que lo habíamos encontrado en las montañas de Thuringia había también llegado sano y salvo. Al presente no le quedaba más que dirigirse a alguna población de los Países Bajos, donde podría esperar en seguridad el desenlace de los acontecimientos...

Sin embargo, la frontera estaba invadida. Austriacos y prusianos, establecidos en aquella región que se extiende hasta el bosque del Argonne, nos la hacían tan peligrosa como si hubiésemos tenido que atravesar los distritos de Postdam y Brandeburgo. Es decir, que, después de las fatigas pasadas, el porvenir nos reservaba todavía peligros extremadamente graves.

¿Qué queréis? Cuando uno cree que ha llegado, apenas si se encuentra en el camino.

En realidad, para pasar las avanzadas del enemigo y sus acantonamientos, sólo nos faltaba una veintena de leguas que franquear. Pero en marchas y contramarchas, ¿cuánto su alargaría este camino?

Acaso hubiera sido mucho más prudente entrar en Francia por el Sur o por el Norte de la Lorena. Sin embargo, en el estado de abandono en que nos encontrábamos, privados de todo medio de transporte y sin ninguna esperanza de poderle poseer, era preciso mirarse mucho antes de decidirse a dar tanto rodeo.

Esta proposición había sido discutida entró *monsieur* de Lauranay, *monsieur* Jean y yo, y después de haber examinado su pro y su contra, me pareció que estuvimos acertados al rechazarla.

Eran las ocho de la noche, en el momento en que llegábamos a la frontera. Delante de nosotros se extendían grandes bosques, a través de los cuales no convenía aventurarse durante la noche.

Hicimos, pues, alto para reposar hasta la mañana siguiente. En aquellas elevadas mesetas, si no llueve hasta los principios de Septiembre, no deja el frío de molestar con sus rigores.

En cuanto a encender fuego, hubiera sido cosa demasiado imprudente para fugitivos que desean pasar desapercibidos. Nos colocamos, pues, de la mejor manera posible bajo las ramas de una haya. Las provisiones, que yo había sacado del carricoche, pan, carne fiambre y queso, fueron instaladas sobre nuestras rodillas. Un arroyo nos dio agua clara, la cual mezclamos algunas gotas de aguardiente. Después, dejando a *monsieur* de Lauranay, *madame* Keller *mademoiselle* Marthe y mi hermana reposar durante algunas horas, *monsieur* Jean y yo fuimos a colocarnos diez pasos más allá.

Monsieur Jean, absorto por completo, no habló nada el principio, y yo me proponía respetar su silencio, cuando de repente me dijo:

—Escuchadme, mi querido Natalis, y no olvidéis jamás lo que voy a deciros. No sabemos lo que nos puede suceder, a mí sobre todo. Puedo verme obligado a huir, en cuyo caso es preciso que mi madre no se separe de vosotros. La pobre mujer tiene agotadas sus fuerzas por completo, y si yo me veo obligado a dejaros, me es imposible asentir en que ella me siga. Bien veis en qué situación se halla, a pesar de su energía y de su valor. Yo os la confío, pues, Natalis, como os confío también a Marthe; es decir, ¡todo lo que tengo de más querido en el mundo!

—Contad conmigo, *monsieur* Jean —respondí yo—. Espero que no tendremos necesidad de separarnos; sin embargo, si esto sucediese, yo haría todo lo que podéis esperar de un hombre que os está consagrado por completo.

Monsieur Jean me estrechó la mano.

—Natalis —me dijo— si llegan a apoderarse de mi, no tengo que dudar mucho sobre mi suerte; bien pronto estará arreglada. Acordaos entonces que mi madre no debe volver a Prusia jamás. Francesa era antes de su casamiento; no existiendo ya su marido ni su hijo, justo es que concluya su vida en el país que la vio nacer.

—¿Qué era francesa decís, *monsieur* Jean? Decid mejor que lo es siempre, y que no ha cesado jamás de serlo a nuestros ojos.

—Sea, Natalis. Vos la conduciréis a vuestra provincia de Picardía, que yo no he visto nunca, y que desearía tanto ver. Esperemos que mi madre, ya que no la felicidad, encontrará al menos en sus últimos días el reposo que tiene tan merecido. ¡Cuánto debe haber sufrido la pobre mujer!

¿Y él, *monsieur* Jean, no había tenido también una gran parte en estos sufrimientos?

—¡Ah, qué país! —añadió—. Si hubiéramos podido retirarnos juntos de él, Marthe siendo mi esposa, viviendo cerca de mi madre y de mí, ¡qué existencia hubiéramos tenido y cuán pronto hubiéramos olvidado nuestros penas! ¡Pero qué loco soy; yo, un fugitivo, un condenado, a quien la muerte puede herir a cada momento!

—¡Un minuto, *monsieur* Jean! No habléis así; todavía no os han cogido, y mucho me engañaría yo si vos fuerais hombre que os dejarais prender.

—¡No, Natalis! ¡Ciertamente que no! Lucharé hasta el último extremo; no lo dudéis.

—¡Y yo os ayudaré, *monsieur* Jean!

—Ya lo sé, amigo mío; permitidme que os abrace. ¡Es la primera vez que puedo abrazar un francés en tierra de Francia!

—No será la última —respondí yo.

Sí; el fondo de confianza que en mi existía, no había disminuido, a pesar de tantas pruebas. No sin razón pasaba yo en Grattepanche por uno de los más tenaces y más cabezones de toda la Picardía.

Entretanto, la noche avanzaba. Primero uno, y luego otro, tanto *monsieur* Jean como yo, descansamos algunas horas. La noche estaba tan oscura y tan negra, sobre todo bajo los árboles, que el diablo no reconocería a su hermano menor. Pero no debía andar lejos este diablo, con todas sus trampas y engaños, pues todavía no se había cansado de hacer miserias y causar disgusto a aquella pobre gente.

Mientras que yo estaba en vela, escuchaba con atención y con el oído atento. El menor ruido me parecía sospechoso. Había mucho que temer en medio de aquellos bosques; si no de los soldados del ejército regular, al menos de los merodeadores que le seguían. Ya habíamos tenido ocasión de experimentarlo en el asunto de los Buch, padre e hijos.

Por desgracia, dos de estos Buch se nos habían escapado. Con razón temíamos que su primer cuidado sería el de volvernos a sorprender, llevando, para que les ayudasen en su empresa y conseguir mejor su objeto, algunos bandidos de su especie, a condición de repartir la prima de los mil florines.

Si; yo pensaba en todo esto, y tales pensamientos me tenían completamente desvelado. Pensaba, además, que, en el caso de que el regimiento de Lieb hubiera salido de Francfort veinticuatro horas después de nosotros, debía ya haber pasado la frontera. ¿Estaría acaso, como era muy posible, próximo a nosotros en el mismo bosque de Argonne?

Estas aprensiones eran indudablemente exageradas; cosa que sucede siempre, cuando el cerebro se encuentra demasiado excitado. En tal situación me hallaba yo precisamente. Se me figuraba oír pasos bajo los árboles; me parecía ver algunas sombras deslizarse o través de la espesura. No hay necesidad de recordar que si *monsieur* Jean estaba armado con una de nuestras pistolas,

yo tenía la otra en mi cinto; y ambos a dos estábamos bien resueltos a no dejar que nadie se nos aproximara.

En resumen, aquella noche se pasó sin alarmas. Verdad es que varias veces escuchamos los lejanos toques de las cornetas, y aun el redoblar de los tambores, que al amanecer tocaban diana.

Estos ruidos se escuchaban generalmente hacia el Sur, lo que indicaba que las tropas se acantonaban por aquel lado.

Muy probablemente serían aquellas columnas austriacas que esperaban el momento de dirigirse a Thionville y aun a Montmédy, más al Norte.

Según supimos después la intención de los aliados no había sido nunca el tomar dichas plazas, sino el rodearlos, inutilizando de este modo a sus guarniciones, a fin de poder lanzarse luego sin obstáculos a través del territorio de los Ardennes.

Corríamos, pues, el peligro de haber encontrado a cualquiera de estas tropas, y hubiéramos sido verdaderamente barridos.

A decir verdad, la diferencia de caer en manos austriacas o prusianas era nula. Tan bárbaros, indudablemente, hubieran sido los unos como los otros.

Tomamos, pues, la resolución de subir un poco más al Norte, por el lado de Stenay, y aun de Sedán, de manera que pudiéramos penetrar en el Argonne, evitando de este modo los caminos que indudablemente seguirían los ejércitos imperiales.

Desde el momento que fue de día nos pusimos en marcha.

El tiempo estaba hermoso. Se escuchaban lo gorjeos de los pájaros, y después, en los límites de las praderas, el canto de las cigarras, signo evidente de calor. Más lejos las alondras, lanzan de sus agudos gritos, se remontaban rectas por el aire.

Caminábamos todo lo de prisa que permitía la debilidad de *madame* Keller. Bajo el follaje espeso de los árboles, el sol no podía molestarnos. Cada dos horas reposábamos un poco. Lo que me inquietaba a todas horas era que nuestras provisiones tocaban a su fin. ¿Cómo reemplazarlas después?

Conforme habíamos convenido, marcábamos nuestra dirección un poco más hacia el Norte, lejos de las poblaciones y de los caseríos, que el enemigo debía ocupar ciertamente.

El día no fue señalado por ningún incidente notable; pero, en cambio, el trayecto recorrido en línea recta debía haber sido mediano. Al caer la tarde, la pobre *madame* Keller, más que andar, lo que hacía era arrastrarse. Esta señora, a quien yo había conocido en Belzingen recta como un fresno, marchaba ahora encorvada, doblándose sus piernas a cada paso, y yo veía próximo el instante en que ya no podría dar un paso más.

Durante la noche, las lejanas detonaciones se escuchaban sin interrupción. Era indudablemente la artillería que funcionaba del lado de Verdun.

El país que atravesábamos está formado por bosques poco extensos y por llanuras regadas por numerosas corrientes de agua. No son más que arroyuelos en la estación seca, y, por consiguiente, se podían atravesar con facilidad.

Siempre que nos era posible, caminábamos el abrigo de los árboles, a fin de no ser tan fácilmente descubiertos.

Cuatro días antes, el 2 de Septiembre, según supimos más tarde, Verdun, tan heroicamente defendido por el intrépido Beaurepaire, que se suicidó antes que rendirse, había abierto sus puertas a cincuenta mil prusianos.

La ocupación de la ciudad iba a permitir a los aliados inmovilizarse durante algunos días en las llanuras del Mosa; Brunswick había de contentarse con tomar a Stenny, en tanto que Dumouriez, ¡bribón!, preparando en secreto su plan de resistencia, permanecía encerrado en Sedán.

Volviendo a lo que a nosotros nos concierne, lo que ignorábamos era que el 30 de Agosto, hacia ya ocho días de esto, Dillon se había escurrido con ocho mil hombres entra el Argonne y el Mosa.

Después de haber rechazado hasta el otro lado del río a Clairfayt y a los austriacos que ocupaban entonces las dos orillas, avanzaba

rápidamente, con intención de ocupar el paso más al sur del bosque.

Si nosotros lo hubiéramos sabido, en vez de alargar nuestro camino dirigiéndonos hacia el Norte, hubiéramos ido rectamente hacia aquel paso. Allí, en medio de soldados franceses, nuestra salvación estaba asegurada. ¡Sí! Pero nada ni nadie podía advertirnos de estas maniobras, y, según parece, era destino nuestro el que hubiésemos de soportar todavía grandes fatigas.

Al día siguiente, 7 de Setiembre, habíamos agotado todas nuestras provisiones. Costara lo que costara, era preciso procurárnoslas. Cuando llegó la noche, divisamos una casa aislada, a la orilla de una laguna y en los límites de un pequeño bosque, a cuya puerta se veía un antiguo pozo. No había un momento que perder. Llamé a la puerta, abrieron, y entramos. Me apresuro a decir que estábamos en casa de unos honrados aldeanos.

Lo primero que nos dijeron fue que si los prusianos permanecían inmóviles en sus acantonamientos, se esperaba a los austriacos, por aquel lado.

En cuanto a los franceses, corría el rumor de que Dumouriez había salido por fin de Sedán detrás de Dillon, y que descendía por entre el Argonne y el Mosa a fin de arrojar a Brunswick más allá de la frontera.

Aquello era un error, como se verá bien pronto; error que afortunadamente no debía causarnos ningún perjuicio.

Después de decirnos esto, la hospitalidad que nos ofrecieron aquellos aldeanos fue tan completa como era posible, dadas las deplorables circunstancias en que se encontraban. Un buen fuego, lo que llamamos nosotros un fuego de batalla, se encendió en el atrio, y allí mismo hicimos una buena comida con huevos y salchichas, una buena sopa de pan de centeno, algunas galletas anisadas, que en Lorena se llaman kisch, y manzanas verdes, todo bien rociado con vino blanco del Mosela.

También sacamos de allí provisiones para algunos días, y no olvidé el tabaco, que ya comenzaba a faltarme.

A *monsieur* de Lauranay lo costó mucho trabajo el hacer que aquellas buenas gentes aceptaran lo que se les debía de justicia. Todo esto daba a Jean Keller, por adelantado, una buena idea de los franceses. En una palabra: después de una noche de reposo, partimos al día siguiente al amanecer.

Parecía verdaderamente que la naturaleza había acumulado la dificultades por aquel camino, pues todo en él eran accidentes del terreno espesuras impenetrables, pantanos en los cuales se corría peligro de hundirse hasta la mitad del cuerpo.

Por otra parte, no se veía ningún sendero que se pudiese seguir con pie seguro. Todo se volvía espesos matorrales, como los que yo había visto en el Nuevo Mundo, antes que el hacha del zapador hiciese su obra solamente en ciertos agujeros de los árboles, que formaban nichos, se veían pequeñas estatuas de la Virgen y de los Santos. Apenas si, de tiempo en tiempo, encontrábamos algunos pastores, cabreros o leñadores con sus zanjones de pellejo, o porqueros conduciendo sus cerdos al pasto. Todos ellos, desde el momento que nos divisaban, se apresuraban a esconderse entre la arboleda, y pudimos darnos por muy contentos de que dos de ellos se dignaran darnos el fin algunas señales del camino.

Se escuchaba también un fuego graneado de fusilaría, lo cual indicaba que se batían en las avanzadas.

Sin embargo, adelantamos mucho hacía Stenay, a pesar de que los obstáculos eran tan grandes y las fatigas tales, que apenas recorríamos dos leguas por día.

Lo mismo sucedió durante los días 9, 10 y 11 de Septiembre. Pero si por un lado el territorio era difícil, ofrecía por otro, en cambio, una completa seguridad.

No tuvimos en todo él ningún mal encuentro. No había que temer el terrible ¡*Wer da!*, el ¿quién vive?, de los prusianos.

Nuestra esperanza, al tomar esta dirección, había sido reunirnos al cuerpo de ejército de Dumouriez. Pero lo que nosotros no podíamos saber aún, en que ya se había corrido más al Sur, a fin de ocupar el desfiladero de Grand-Pré, en el bosque del Argonne.

Como he dicho antes, de tiempo en tiempo llegaban hasta nosotros las detonaciones de las descargas. Cuando los sentíamos demasiados cerca, hacíamos alto. Evidentemente, sobre los bordes del Mosa no había entonces empeñada ninguna batalla. Eran simples ataques a los caseríos o a las aldeas; lo cual se adivinaba por las grandes humaredas, que se elevaban a veces por encima de los árboles, y por los lejanos resplandores de los incendios, que iluminaban el bosque durante la oscuridad.

En fin: en la noche del 11 de Septiembre tornamos la resolución de interrumpir nuestra marcha hacia Stenay, a fin de internarnos resueltamente en el Argonne.

Al día siguiente este proyecto fue puesto en ejecución. Nos arrastrábamos todos, sosteniéndonos los unos a los otros. La vista de aquellas pobres mujeres tan valerosas, en aquellos momentos con una fisonomía que inspiraba compasión, demacrada y plomiza, con los vestidos hechos jirones a fuerza de pasar a través de los setos y de las espesuras, marchando como a remolque, en fin, reducidas a nada, por la continuidad de las fatigas; todo esto nos hería el alma.

Hacia el mediodía llegamos a un sitio en que, terminando el bosque, dejaba al descubierto una vasta extensión de terreno.

Allí, recientemente, había habido un combate. Cuerpos muertos yacían por el suelo. Yo reconocí aquellos muertos, con su uniforme azul con vueltas rojas y polainas blancas, con sus cartucheras colgadas en cruz: tan diferentes de los prusianos, con sus trajes azul de cielo o de los austriacos, vestidos con uniformes blancos, y cubierta la cabeza con sombreros puntiagudos.

Eran franceses, voluntarios, habían debido ser sorprendidos por alguna columna del cuerpo de Clairfayt o de Brunswick. Pero, a Dios gracias, no habían sucumbido sin defenderse. Un buen número de alemanes estaban también tendidos cerca de ellos, así como de prusianos, con sus schakós de cuero con cadenas.

Yo me aproximé, y miraba aquella multitud de cadáveres con horror, pues jamás he podido habituarme a la vista de un campo de

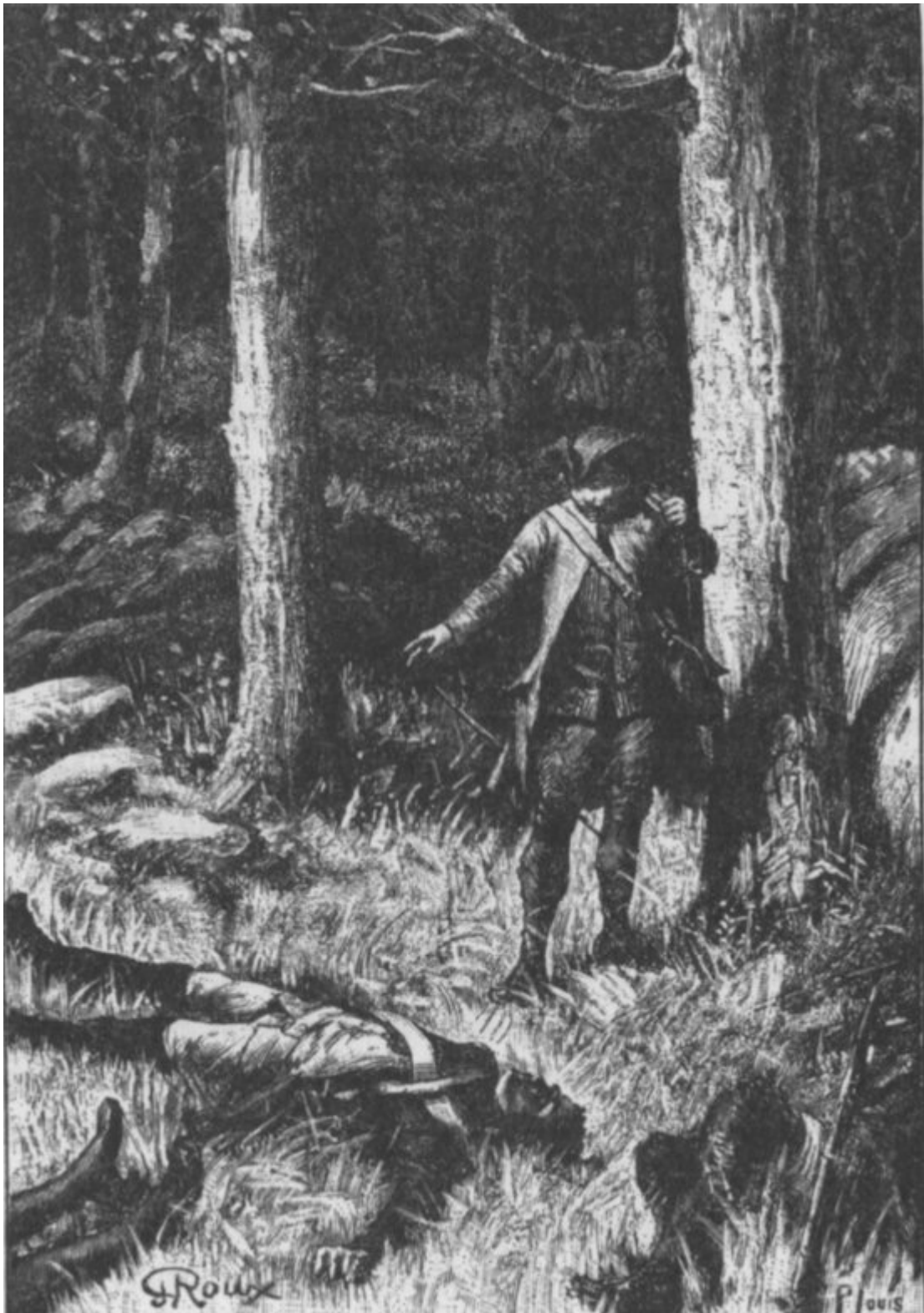
batalla.

De repente arrojé un grito. *Monsieur* de Lauranay, *madame* Keller y su hijo, Mele. Marthe y mi hermana, detenidos en el límite de la arboleda, a cincuenta pasos detrás de mí, me miraban, no atreviéndose a llegar hasta el centro de la explanada.

Monsieur Jean corrió en seguida.

—¿Qué hay, Natalis?

¡Ah! ¡Cuánto sentía yo no haber podido dominarme! Hubiera querido alejar a *monsieur* Jean; pero era tarde. En un instante había comprendido por qué había yo arrojado aquel grito.



Un cuerpo que yacía a mis pies, *monsieur* Jean no tuvo necesidad de mirar largo tiempo para reconocerle. Y entonces, con

los brazos cruzados, sacudiendo la cabeza, dijo:

—Que mi madre y Marthe ignoren...

Pero *madame* Keller acababa de llegar hasta nosotros, y vio lo que hubiéramos querido ocultarla: el cuerpo de un soldado prusiano; de un feldwedel^[4], del regimiento de Lieb, tendido sobre el suelo en medio de una treintena de sus camaradas. ¡Así, no hacía veinticuatro, este regimiento había pasado por aquel sitio, y en aquellos momentos recorría el país alrededor de nosotros!

Nunca el peligro había sido tan grande para Jean Keller. Si tenía la desgracia de ser preso, su identidad sería inmediatamente comprobada y su ejecución no se haría esperar. ¡Vamos! Era preciso escapar cuanto antes, lo más de prisa posible, de aquel territorio tan peligroso para él. Era preciso internarse en lo más espeso de la selva de Argonne, en la cual no podría penetrar una columna en marcha. Aunque nos viésemos obligados a ocultarnos durante varios días, no había duda posible. Aquella era nuestra última probabilidad de salvación, y la pusimos en planta.

Se caminó durante todo el resto del día; anduvimos toda la noche; caminamos..., ¡no!, nos arrastramos durante el día siguiente; y el 13, hacia el anochecer, llegamos a los límites de aquel célebre bosque del Argonne, donde Dumouriez había dicho: «¡Estas son las Termópilas de Francia, pero yo seré más feliz que Leónidas!».

Dumouriez debía serlo, en efecto. Allí fue, y con aquel motivo, donde millares de ignorantes como yo supieron lo que era Leónidas y las Termópilas.

CAPÍTULO XX

El bosque del Argonne ocupa un espacio de trece a catorce leguas de extensión, desde Sedán, que está al Norte, hasta la pequeña aldea de Passavant, que se encuentra al Sur. Su anchura media es de unas dos a tres leguas. Allí está situado como una avanzada, que cubre nuestra frontera del Este con su línea de macizos casi impenetrables. Las maderas y las aguas se mezclan y confunden allí, en una confusión extraordinaria, en medio de los altos y bajos del terreno, entra torrentes y estanques, que a una columna la sería imposible seguramente franquear.

Este bosque está comprendido entre dos ríos. El Aisne le bordea por todo su lado izquierdo, desde los primeros arbustos del Sur hasta la aldea de Semuy, al Norte. El Aire le costea también a partir de Fleury, hasta su principal desfiladero. Desde allí, este río se vuelve por medio de un recodo brusco, y se dirige hacia el Aisne, en el cual se arroja no lejos de Senuc. Del lado del Aire, las principales poblaciones son Clermont, Varennes, donde Luís XVI fue detenido en su huida, Buzancy y Le Chêne-Populeux; del lado del Aisne, Saint-Menehould, Ville-sur-Tourbe, Monthois y Vouziers.

Por su forma, a nada podría compararse mejor este bosque que a un gran insecto con las alas plegadas inmóvil o dormido entre dos corrientes de agua. Su abdomen es toda la parte interior, que es la más importante. Su busto y su cabeza están figurados por la parte superior, que se dibuja por encima del desfiladero del Grand-Pré a través del cual corre el aire, de cuyo curso he hablado antes.

Aunque en casi toda su extensión, el Argonne está cortado por aguas corrientes y erizado de espesos arbustos y matorrales, se puede, sin embargo, atravesarle por diferentes pasos, estrechos sin duda, pero practicables aun para regimientos enteros.

Es conveniente que los indique aquí, a fin de hacer comprender mejor cómo han pasado las cosas.

Cinco desfiladeros atraviesan el Argonne de parte a parte. En el abdomen de mi insecto, el que está más al Sur, llamado de las sietas, va de Clermont a Saint-Menehould, bastante directamente.

El otro, el llamado de la Chalade, no es más que una especie de senda que llega hasta el curso del Aisne, cerca de Vienne-le-Chateau.

En la parte superior del bosque no se cuentan menos de tres pasos. El más ancho y más importante, el que separa el busto del abdomen, es el desfiladero del Grand-Pré.

El aire la recorre todo entero, desde Saint-Juvin; corre entre Termes y Senue, y después se arroja en el Aisne a legua y media de Monthois. Por encima del desfiladero del Grand-Pré, a dos leguas poco más o menos, el desfiladero de la Croix-aux-Bois —retened bien este nombre— atraviesa el bosque del Argonne, desde Bouli-aux-Bois, hasta Longwe, y no es más que un camino de leñadores.

En fin, dos leguas más arriba, el desfiladero de Chêne-Populeux, por donde pasa el camino de Rethel a Sedán, después de haber dado dos rodeos, llega hasta el Aisne, enfrente de Vouziers. Por consiguiente, sólo por este bosque podían los imperiales avanzar hacia Chatons-sur-Marne. Desde allí, encontrarían ya el camino abierto hasta París.

En vista de esto, lo que había que hacer era impedir a Brunswick y a Clairfayt que franquearan el Argonne, cerrándoles cuanto antes los cinco desfiladeros que podían dar paso a sus columnas.

Dumouriez, militar muy hábil, había comprendido esto el primer golpe de vista. Parecía que esto era cosa muy sencilla; sin embargo, era preciso pensarlo bien, mucho más cuando era posible que a los

coligados no se les hubiese ocurrido siquiera la idea de ocupar aquéllos pasos.

Otra ventaja que ofrecía este plan era la de no retroceder hasta el Marino, que es nuestra última línea de defensa antes de llegar a París. Al mismo tiempo, los coligados se verían en la necesidad de detenerse en el territorio de Champagne-Pouille, donde carecerían de todo recurso, en vez de extenderse por aquellas ricas llanuras situadas al otro lado del Argonne, para pasar allí el invierno, si les convenía invernar.

Este plan fue, pues, estudiado en todos sus detalles, y, lo que ya era un comienzo de ejecución, el 30 de agosto, Dillon, a la cabeza de ocho mil hombres, había llevado a cabo un movimiento audaz, durante el cual, los austriacos, como antes he dicho, fueron rechazados hasta la ribera derecha del Mosa. Después, esta columna había venido a ocupar el desfiladero situado más al Sur, el de las isletas, habiendo tenido antes la precaución de guardar el paso de la Charlade.

En efecto, el movimiento no carecía de cierta audacia. En vez de hacerse del lado del Aisne apoyándose en los macizos del bosque, había sido practicado del lado del Mosa, presentando el flanco al enemigo. Pero Dumouriez lo había querido así, a fin de ocultar mejor sus proyectos a los coligados.

Su plan habría de tener buen éxito.

El día 4 de Septiembre llegó Dillon al desfiladero de las isletas.

Dumouriez, que había salido después que Dillon con quince mil hombres, se había apoderado del Grand-Pré, un poco antes, cerrando así el paso principal del Argonne.

Cuatro días después, el 7, el general Dubourg se dirigía a Chêne-Populeux, con objeto de defender el Norte del bosque contra cualquiera invasión de los imperiales.

En seguida se ocuparon unos y otros en levantar parapetos, abrir trincheras, interceptar con empalizadas los senderos, y establecer baterías para cerrar más seguramente los pasos.

El del Grand-Pré se convirtió en un verdadero campamento, con sus tropas repartidas por el anfiteatro que formaban aquellas alturas, y cuya cabeza estaba formada por el Aire.

En aquel momento, de las cinco entradas del Argonne, cuatro estaban interceptadas, como poternas de ciudadela, con su rastrillo echado y su puente levadizo levantado. Sin embargo, quedaba un quinto paso entreabierto todavía. Este había parecido tan poco practicable, que Dumouriez no se había apresurado a ocuparle. Y yo añado que fue precisamente hacia este paso adonde nos condujo nuestra mala fortuna. En efecto: el desfiladero de la Croix-aux-Bois, situado entre el Chêne-Populeux y el Grand-Pré, a igual distancia de uno que da otro, unas diez leguas próximamente, iba a permitir a las columnas enemigas penetrar a través del Argonne.

Y dicho esto, vuelvo a ocuparme de lo que a nosotros nos concierne.

El 13 de Septiembre por la noche llegamos a la pendiente lateral del Argonne, después de haber evitado el atravesar las aldeas de Briquenay y de Bouli-aux-Bois, que debían estar ocupadas por los austriacos.

Como yo conocía los desfiladeros del Argonne, por haberlos recorrido varias veces cuando estaba de guarnición en el Este, había precisamente escogido el de la Croix-aux-Bois, que me parecía ofrecer varias ventajas. Para mayor seguridad, por un exceso de prudencia, no era este tampoco el camino que yo pensaba seguir, sino un estrecho sendero que se aproxima a él y que va de Briquenay a Longwe. Tomando esta especie de vereda, atravesaríamos el Argonne por uno de sus sitios de mayor espesor, al abrigo de las encinas, de las hayas, de los álamos blancos, de los sauces y de los castaños que crecen en aquellos sitios del bosque, menos expuestos a las heladas del invierno.

De aquí una garantía de que no encontraríamos a los merodeadores y vagabundos, y de alcanzar al fin la orilla izquierda del Aisne, del lado de Vouziers, donde ya no tendríamos nada que temer.

La noche del 13 al 14 la pasamos, como de costumbre, bajo las ramas de los árboles. A cada momento podía aparecer el colback de un lancero, o el schakó de un granadero prusiano. Por esta razón, era grande mi deseo de llegar al fondo del bosque, y ya comenzaba a respirar más a mi gusto, cuando al día siguiente remontamos el sendero que conduce a Longwe, dejando a nuestra derecha la aldea de la Croix-aux-Bois.

Esta jornada fue en extremo penosa. El suelo, montuoso, cortado a trechos por barrancos, interceptado por árboles muertos, hacía las marchas excesivamente duras.

Como el camino no era frecuentado, ofrecía indudablemente mayores dificultades. *Monsieur* de Luranay marchaba con un paso bastante rápido, a pesar de las grandes fatigas que había sufrido, que eran mayores para un hombre de su edad. *Mademoiselle* de Luranay y mi hermana, con el pensamiento de que aquellas eran ya las últimas jornadas, marchaban bien resueltas a no desfallecer ni un solo instante. Pero *madame* Keller estaba ya en la última extremidad. Era preciso sostenerla, sin lo cual hubiera caído al suelo a cada paso.

Sin embargo, no exhalaba una sola queja: si su cuerpo estaba cansado, el alma permanecía fuerte. Yo dudaba, no obstante, que a la pobre señora la fuese posible llegar al término de nuestro viaje.

Llegada la noche, se organizó el descanso como de ordinario. El saco de las provisiones suministró lo necesario para recomfortarnos suficientemente, pues el hambre cedía siempre ante la necesidad de reposar y de dormir.



Cuando me encontré solo con *monsieur* Jean, le hablé del estado de su madre, que se hacía más inquietante a cada momento.

—Hace todos los esfuerzos posibles por seguir —le dije—; pero si no podemos darle algunos días de reposo...

—Bien lo veo, Natalis —respondió tristemente *monsieur* Jean— a cada paso que da mi pobre madre es como si marchara sobre mi corazón. ¿Qué hacer?

—Es preciso llega cuanto antes a la aldea más próxima, *monsieur* Jean. Entre vos y yo la llevaremos. Ni los austriacos ni los prusianos se atreverán seguramente a marchar a través de esta parte del Argonne, y allí, en alguna casa, podremos esperar mejor a que el país está un poco más tranquilo.

—Sí, Natalis; ese es el partido más prudente que podemos tomar. ¿Pero no podremos llegar hasta Longwe?

—Esa población está todavía muy lejos, *monsieur* Jean; vuestra madre no podrá llegar hasta allí.

—¿Dónde ir entonces?

—Yo os propondría que marcháramos por la derecha, a través de los matorrales, para llegar a cualquier aldea, aunque fuese la de la Croix-aux-Bois.

—¿A qué distancia está?

—A una legua todo lo más.

—Entonces vamos a la Croix-aux-Bois. Mañana, el romper el día, emprenderemos de nuevo la marcha.

Francamente, yo no imaginaba que se pudiese hacer otra cosa mejor, estando, como estaba, en la persuasión de que el enemigo no se aventuraría por el Norte del Argonne.

Sin embargo, el reposo de aquella noche fue particularmente turbado por el fuego graneado de los fusiles, y de tiempo en tiempo por el sordo estampido del cañón. No obstante; como estas detonaciones estaban todavía bastante lejanas, y sonaban muy detrás de nosotros, suponía yo, con alguna apariencia de razón, que Clairfayt o Brunswick trataban de forzar el desfiladero del Grand-Pré, el solo que pudiese ofrecer una vía bastante ancha y mejor para el paso de sus columnas.

Monsieur Jean y yo no pudimos tener ni una hora de descanso fue preciso estar constantemente de centinela, a pesar de que estábamos internados en lo más espeso del bosque, y además completamente fuera del sendero que conduce a Briquenay.

Al día siguiente, apenas empezó a clarear, nos pusimos en marcha. Yo había cortado algunas ramas de árbol, con las cuales

podimos hacer una especie de litera; un montón de hierbas secas colocado encima permitiría a *madame* Keller tenderse en ella, y con algunas precauciones, quizá llegáramos a conseguir ahorrarle algunas de las molestias del camino.

Pero *madame* Keller comprendió el exceso de fatiga que esto había de causarnos.

—No dijo; no, hijo mio; aún tengo fuerzas para caminar, ¡iré a pie!

—No puedes, madre mía; convéncete de ello, —dijo *monsieur* Jean.

—En efecto, *madame* Keller —añadí yo—, no podéis. Nuestro designio es llegar lo más pronto posible a la aldea más próxima, y nos importa mucho llegar cuanto antes. Allí esperaremos que estéis restablecida. Después de todo, estamos ya en Francia, y ni una puerta permanecerá cerrada a nuestro llamamiento.

Madame Keller no se rindió, sin embargo. Después de haberse levantado, intentó dar algunos pisos, y hubiese caído al suelo, si su hijo y mi hermana no hubiesen estado a su lado para sostenerla.

—*Madame* Keller —le dije yo entonces— lo que nosotros queremos es la salvación de todos. Durante la noche, repetidos disparos han sonado en la linde del bosque del Argonne. El enemigo no está lejos; tengo la esperanza de que no intentará nada por este lado. En la Croix-aux-Bois ya no tendremos temor ninguno de ser sorprendidos; pero es preciso llegar allí hoy mismo a toda costa.

Mademoiselle Marthe y mi hermana unieron sus ruegos a los nuestros. *Monsieur* de Lauranay intervino también, y *madame* Keller acabó por ceder a nuestras súplicas. Un instante después. *Madame* Keller estaba tendida en aquella especie de palanquín, que *monsieur* Jean sostenía por una extremidad y yo por otra. Nos pusimos en marcha, y el sendero de Briquenay fue atravesado oblicuamente en dirección del Norte.

No insistiré más en las dificultades de aquella marcha a través de los espesos matorrales; la necesidad de buscar entre los arbustos pasos practicables; las paradas frecuentes que fue preciso

hacer. Salimos al fin de aquellas espesuras, y hacia el mediodía del 15 de Septiembre llegamos a la Croix-aux-Bois, después de emplear cinco penosísimas horas en recorrer legua y media.

Con gran admiración mía, y con gran disgusto de todos, la aldea estaba abandonada. Todos los habitantes habían huido de allí, unos hacia Vouziers, otros hacia Chêne-Populeux. ¿Qué pasaba, pues?

Anduvimos vagando por las calles encontrando todas las puertas y ventanas corridas; por consiguiente, los recursos con que yo creía contar iban a faltarnos por completo.

—De allí creo que sale humo, —dijo mi hermana, señalando hacia la extremidad de la población.

Yo corrí precipitadamente hacia la casilla de donde salía el humo, y llamó a la puerta. Un hombre apareció.

Tenía una cara agradable, una de esas caras de aldeano lorenés que inspiran simpatías. Debía ser un hombre honrado.

—¿Qué queréis? —me dijo.

—Que nos hagáis el favor de prestarnos albergue a mis compañeros y a mi.

—¿Y quiénes sois?

—Franceses arrojados de Alemania, que no saben dónde guarecerse.

—¡Entrad!

Aquel aldeano se llamaba Hans Stenger, y habitaba aquella casa con su mujer y su suegra. El no haber abandonado la aldea de la Croix-aux-Bois se debía a que su suegra no podía moverse del sillón en que la tenía postrada la parálisis desde hacía muchos años.

Entonces Hans Stenger nos hizo saber por qué había sido abandonada la población. Todos los desfiladeros del Argonne habían sido ocupados por las tropas francesas. Sólo el de la Croix-aux-Bois estaba abierto, por lo cual se esperaba que los imperiales se apresurasen a ocuparle, lo cual indudablemente sería precursor de grandes desastres.

Como se ve, nuestra mala fortuna nos había conducido precisamente allí donde no debíamos ir de ninguna manera.

En cuanto a salir de la Croix-aux-Bois y arrojarnos de nuevo a través de las espesuras del Argonne, el estado de *madame* Keller nos lo impedía. Aún podíamos darnos por contentos de haber caído en manos de franceses tan bondadosos como los Stenger.

Eran unos campesinos bastante bien acomodados; y parecían muy contentos de poder prestar un servicio a sus compatriotas que se encontraban en tan mala situación.

No hay que decir que nosotros habíamos ocultado cuidadosamente la nacionalidad de Jean Keller, lo cual hubiera complicado la situación.

Mientras tanto, el día 15 de Septiembre terminó sin sobresalto ninguno. El 16 no justificó tampoco los temores que Hans Stenger nos había hecho concebir, ni siquiera durante la noche habíamos escuchado ninguna detonación que viniera del Argonne. Acaso los aliados ignoraban que el desfiladero de la Croix-aux-Bois estuviese libre. En todo caso, como lo estrecho de dicho paso podría ser un obstáculo a la marcha de una columna con sus cajones y sus equipajes, las tropas deberían procurar forzar el paso del Grand-Pré o de las isletas.

Este pensamiento nos había hecho recobrar alguna esperanza. Por otra parte, el reposo y los cuidados habían producido una sensible mejoría en el estado de *madame* Keller. ¡Qué valerosa mujer! Lo que le faltaba era la fuerza física, no la energía moral.

Pero ¡qué suerte tan perra! Al amanecer del 16, cuando más tranquilos nos hallábamos, empezaron a dejarse ver en la población algunas figuras sospechosas. Se presentaban como tratantes de gallinas que recorren los pueblos registrando los gallineros. No había duda alguna de que entre ellos había muchos bribones, y desde luego se veía que pertenecían a la raza alemana, y que la mayor parte de ellos hacían el oficio de espías.

Con gran susto de nuestra parte Jean se vio obligado a ocultarse, por temor de ser reconocido.

Como este hecho debía parecer muy extraño a la familia Stenger, yo estaba decidido a decirlo todo, cuando a eso de las cinco de la tarde, Hans entró gritando:

—¡Los austriacos! ¡Los austriacos! ¡Qué llegan los austriacos!

En efecto: varios millares de hombres con chaquetillas blancas y schakós con alta placa y águila de dos cabezas, kaiserlicks, llegaban por el desfiladero de la Croix-aux-Bois, después de haberle huido desde la aldea de Boulton. Sin duda los espías les habían hecho saber que el camino estaba libre. ¡Quién sabe si toda la invasión no se verificaría por allí!

Al grito arrojado por Hans Stenger, *monsieur* Jean había reaparecido en la habitación en que su madre estaba acostada.

Parece que todavía la estoy viendo. Estaba en pie delante de la puerta. Esperaba... ¿Qué esperaba? Acaso que todas las salidas le fuesen cerradas, y que cayera prisionero de los austriacos, en cuyo caso los prusianos no tardarían seguramente en reclamarle, lo cual era para él la muerte.

Madame Keller se irguió sobre su lecho, exclamando:

—¡Jean! ¡Huye, querido hijo mío; huye al instante!

—¡Sin ti, madre mía!

—Yo te lo mando.

—Huid, Jean —dijo *mademoiselle* Marthe—. Vuestra madre es la mía, y nosotros no la abandonaremos.

—¡Marthe!

—Yo también lo quiero.

Ante estas dos voluntades, no había más remedio que obedecer. El ruido aumentaba por momentos. La cabeza de la columna se esparcía ya por las calles de la población. Bien pronto los austriacos llegarían a ocupar la casa de Hans Stenger.

Monsieur Jean abrazó a su madre, dio un último beso a *mademoiselle* Marthe, y desapareció.

Entonces oí a *madame* Keller pronunciar estas palabras:

—¡Pobre hijo mío! ¡Sólo, a través de este país que no conoce! ¡Natalis!...

—¡Natalis! —repitió *mademoiselle*. Marthe, señalándome la puerta.

Yo había comprendido lo que aquellas dos pobres mujeres deseaban de mí.

—¡Adiós! —exclame.

Un instante después, yo también estaba fuera de la población.



CAPÍTULO XXI

¡Separados, después de tres semanas de un penoso viaje que, con un poco más de suerte, nos hubiera conducido a buen fin!

¡Separados, cuando algunas leguas más adelante teníamos todos la salvación asegurada! ¡Separados, con el temor de no volvernos a ver jamás! Y luego, ¡aquellas mujeres, abandonadas en la casa de un aldeano, en medio de una población ocupada por el enemigo, no teniendo por defensor más que a un anciano de setenta años!

Verdaderamente, yo creo que hubiera debido permanecer a su lado; pero no pensando más que en el fugitivo a través del temible bosque del Argonne, que no conocía, ¿podía dudar en reunirme a *monsieur* Jean, a quien podía ser tan útil?

En cuanto a *monsieur* de Lauranay y sus compañeras, estos no tenían que temer más que por su libertad, al menos yo así lo esperaba; pero *monsieur* Jean estaba expuesto a perder la vida. Este solo pensamiento hubiera bastado para detenerme, si hubiese tenido la tentación de volver a la Croix-aux-Bois.

Veamos ahora qué era lo que había pasado, y por qué aquella población había sido invadida aquel día.

Se recordará que de los cinco desfiladeros del bosque del Argonne, uno solo, el de la Croix-aux-Bois, había quedado sin ocupar por los franceses.

Sin embargo, a fin de estar prevenido contra toda sorpresa, Dumouriez había enviado a la desembocadura de este paso, por la parte de Longwe, un coronel con dos escuadrones y dos batallones.

Esto sucedía a bastante distancia de la Croix-aux-Bois para que Hans Stenger hubiera tenido conocimiento de este hecho. Por otra parte, tal era la convicción de que los imperiales no se aventurarían a pasar a través de este desfiladero, que no se tomó ninguna aldea para defenderle no se hicieron ni fosos, ni trincheras, ni empalizadas; y, hasta persuadido de que nada amenazaba el Argonne por aquella parte, el coronel solicitó volver a enviar una parte de sus tropas al cuartel general, lo cual le fue concedido en seguida.

Entonces fue cuando los austriacos, mejor informados, enviaron a reconocer el paso. Consecuencia de esto fue aquella visita de un sinnúmero de espías alemanes que aparecieron en la Croix-aux-Bois, y después la ocupación del desfiladero. Y ved aquí cómo, por consecuencia de un falso cálculo, una de las puertas del Argonne quedaba abierta a los ejércitos extranjeros para entrar en Francia.

En el momento que Brunswick tuvo noticia de que el paso de la Croix-aux-Bois había quedado libre, dio orden de ocuparlo; y esto sucedió precisamente en el momento en que, hallándose muy apurado para desembocar en las llanuras de la Champagne, se disponía a subir con sus tropas hacia Sedán, a fin de dar la vuelta al Argonne por el Norte. Pero quedando por él la Croix-aux-Bois, podía, aunque con algunas dificultades, introducirse por aquel desfiladero. Envió, pues, una columna austríaca con los emigrados, a las órdenes del príncipe de Ligne.

El coronel francés y sus hombres, sorprendidos por aquel inesperado ataque, se vieron obligados a ceder el sitio a los invasores y replegarse hacia el Grand-Pré. El enemigo quedó, pues, dueño del desfiladero.

Esto es lo que había ocurrido en el momento en que nosotros nos veíamos obligados a emprender la huida. Después Dumouriez intentó reparar aquella falta tan grave enviando al general Chazot con dos brigadas, seis escuadrones y cuatro piezas de a ocho, para arrojar a los austriacos antes de que hubieran tenido tiempo de atrincherarse.

Desgraciadamente, el 14, Chazot no se halló en disposición de operar, y el 15 tampoco. Cuando atacó en la tarde del 16, era ya demasiado tarde.

En efecto, si al principio rechazó, a los austriacos del desfiladero, si les causó la muerte del mismo príncipe de Ligne, bien pronto se vió obligado a resistir el choque de fuerzas superiores; y, a pesar de sus heroicos esfuerzos, el paso de la Croix-aux-Bois quedó definitivamente perdido.

Falta muy lamentable para Francia, y aún añadiré que para nosotros, pues sin este deplorable error, desde el día 15 hubiéramos podido encontrarnos indudablemente en medio de lo franceses...

Al presente, esto ya no era posible. En efecto, Chazot, viéndose aislado del cuartel general retrocedió hasta Vouziers, en tanto que Dubourg que ocupaba la posición de Chêne-Populeux, temiendo ser envuelto, retrocedía prudentemente hacia Attigny.

La frontera de Francia estaba, pues, abierta a las columnas de los imperiales. Dumouriez corría peligro de ser copado y verso obligado a rendir las armas.

Si esto sucedía, ya no había obstáculos serios que oponer a los invasores entra el Argonne y París.

En cuanto a Jean Keller y a mi, es preciso convenir en que no nos hallábamnos en una situación muy grata.

A los pocos momentos de haber salido yo de la casa de Hans Stenger, me había reunido a *monsieur* Jean en lo más espeso del bosque.

—¿Vos, Natalis? —exclamó al verme.

—Sí... y yo.

—¿Y vuestra promesa de no abandonar jamás a Marthe ni a mi madre?

—¡Un minuto! *monsieur* Jean; escuchadme.

Entonces le referí todo. Le dijo que yo conocía el territorio del Argonne, cuya extensión y disposición ignoraba él; que *madame* Keller y *mademoiselle* Marthe me habían dado la orden de seguirle, y que yo no había dudado.

—Y si he hecho mal, *monsieur* Jean, que Dios me castigue.

—Venid, pues.

En aquel momento no se trataba ya de seguir el desfiladero hasta la frontera del Argonne. Los austriacos podían extenderse más allá del desfiladero de la Croix-aux-Bois, y aun seguir el camino de Briquenay. De aquí la necesidad de marchar en línea recta hacia el Sudoeste, para franquear la línea del Aisne.

Marchamos, pues, en esta dirección hasta el momento en que el día desapareció por completo. Aventurarse en el bosque con la obscuridad de la noche no era posible. ¿Cómo orientarse? Por consiguiente, hicimos alto hasta que fuera de día.

Durante los primeras horas, no cesamos de oír los estampidos de los fusiles a menos de media legua de distancia. Eran los voluntarios de Longwe, que trataban de quitar el desfiladero a los austriacos; pero no teniendo fuerzas suficientes para ello, se vieron obligados a dispersarse. Por desgracia, no se desparramaron a través del bosque, donde nosotros hubiéramos podido encontrarlos y saber por ellos que Dumouriez tenía su cuartel general en Grand-Pré. Les hubiéramos acompañado, y allí, según supe más tarde, hubiera encontrado a mi querido regimiento Real de Picardía, que había salido de Charleville para reunirse al ejército del Centro. Una vez llegados a Grand-Pre, tanto *monsieur* Jean como yo, nos hubiéramos encontrado entre amigos, nos hubiéramos hallado en salvo, y habríamos visto lo que convenía hacer para la salvación de los seres queridos que dejábamos abandonados en la Croix-aux-Bois.

Pero los voluntarios habían evacuado el Argonne y subido río arriba todo el curso del Aisne, a fin de llegar cuanto antes al cuartel general.

La noche fue muy mala. Caía una lluvia menuda que calaba hasta los huesos. Nuestros vestidos, desgarrados por las malezas, se caían a pedazos. Yo no recogería ahora ni siquiera mi manta, Nuestros zapatos, sobre todo, amenazaban dejarnos con los pies al aire. ¿Nos veríamos obligados a caminar descalzos sobre nuestra

cristiandad, como se dice en mi aldea? En fin: nos hallábamos transidos, pues la lluvia continuaba cayendo a través del ramaje, y yo había buscado en vano un agujero, un resguardo cualquiera para maternos en él. Añadid a esto algunos alertas dados por los centinelas, los tiros tan próximos, que dos o tres veces se me figuró haber visto la luz del fogonazo, y la angustia de escuchar a cada instante resonar el ¡hurrah! prusiano.

Entonces, pues, era preciso esconderse y huir más lejos, por temor de caer en poder de los enemigos. ¡Allí, polvo y miseria! ¡Cuánto tardaba en llegar el día!

En el momento en que aparecieron las primeras luces del alba, emprendimos nuestra carrera a través del bosque. Digo carrera, porque caminábamos todo lo de prisa que permitía la naturaleza del terreno, en tanto que yo me orientaba lo mejor que podía, por el sol que salía en aquel momento.

Además, no llevábamos nada en el estómago, y el hambre nos agujoneaba. *Monsieur Jean*, al huir, de la casa de los Stenger no había tenido tiempo de coger provisiones; yo, que salí como un loco por el gran temor de que los austriacos me cortasen la retirada, no había tampoco tenido tiempo de proveerme. Nos hallábamos, por consiguiente, reducidos a danzar delante del buffet, como se dice en Picardía cuando aquél está vacío.

Si las cornejas y otras muchas clases de aves abundan en el bosque, y volaban por centenares a través de los árboles, la caza parecía muy rara.

Apenas se vela de distancia en distancia alguna que otra cama de liebre, o alguna parejilla de conejos que titilan a través del follaje; ¿pero cómo atraparlos?

Por fortuna los castaños no escasean en el Argonne, ni las castañas en aquella estación. Yo asé algunas entre la ceniza, después de haber encendido un montón de ramas secas con un poco de pólvora. Esto nos libró positivamente de morir de hambre.

Llegó la noche. El bosque estaba tan espeso por aquella parte, que apenas habíamos recorrido tres leguas desde por la mañana.

Sin embargo, la lindo del Argonne no podía estar lejos, dos o tres leguas todo lo más. Se escuchaban las descargas de mosquetería de los exploradores que recorrían todo lo largo de la ribera del Aisne.

Sin embargo, necesitaríamos todavía lo menos veinticuatro horas antes que pudiéramos encontrar un refugio al otro lado del río, fuese en Vouziers o en alguna otra aldea de la ribera izquierda.

No insistiré sobre las fatigas que pasamos. No teníamos ni siquiera el tiempo de pensar en ellas. Aquella noche, a pesar de que mi cerebro estaba preocupado con mil temores, como tenía mucho sueño, me tendí a descansar al pie de un árbol. Me acuerdo que en el momento en que mis ojos se cerraron estaba pensando en el regimiento del coronel von Grawert, que había dejado una treintena de sus soldados muertos en la explanada, algunos días antes. Este regimiento, con su coronel y sus oficiales, le enviaba yo al diablo; y eso estaba haciendo precisamente cuando me dormí.

Cuando vino el día, pude observar perfectamente que *monsieur* Jean no había pegado los ojos. No pensaba en si mismo; le conocía bastante para estar seguro de ello. Pero el representarse a su madre y a *mademoiselle* Marthe en la casa de la Croix-aux-Bois, entre las manos de los austriacos, expuestas a tantas injurias, y acaso las brutalidades, esto le oprimía el corazón.

En suma, durante aquella noche, quien había velado era *monsieur* Jean. Y es preciso que yo tuviera un sueño muy pesado, pues las detonaciones se escuchaban a muy poca distancia. Como yo no me despertaba, *monsieur* Jean quería dejarme dormir.

En el momento en que íbamos a ponernos en marcha, *monsieur* Jean me paró y me dijo:

—Natalis; escuchadme.

Estas palabras habían sido pronunciadas con la entonación de un hombre que ha tomado su resolución. Yo comprendí al punto de qué me quería hablar, y la respondí sin darle tiempo da proseguir:

—No, *monsieur* Jean, no os escucharé, si es de separación de lo que queréis hablarme.

—Natalis —replicó—; solamente por sacrificaros por mi habéis querido seguirme.

—Bueno; ¿y qué?

—En tanto que sólo se ha tratado de latinas, no he dicho nada; pero ahora se trata de peligros. Si al fin soy preso, y si os prenden conmigo, estad seguro de que no os perdonarán. Vuestra prisión será vuestra muerte, y esto..., Natalis, no puedo consentirlo. Partid, pues; pasad la frontera: yo trataré también de hacerlo por mi parte; y si por desdicha no nos volvemos a ver...

—*Monsieur* Jean —respondí—; ya es tiempo de volver a emprender la marcha. O juntos nos salvaremos, o moriremos juntos.

—¡Natalis!

—¡Os juro por Dios, que no os abandonaré, Jean!

Por fin, nos pusimos en marcha. Las primeras horas del día habían sido muy calurosas y sofocantes.

La artillería dejaba oír sus estampidos en medio de las detonaciones de la mosquetería. Era un nuevo ataque que se libraba en el desfiladero de la Croix-aux-Bois; ataque que no tuvo éxito para los franceses en presencia de un enemigo tan numeroso.

Después, hacia las ocho, todo quedó de nuevo silencioso. No se escuchaba ni un solo tiro de fusil. ¡Terrible incertidumbre para nosotros! Ninguna duda quedaba de que se había librado un combate en el desfiladero. ¿Pero cuál había sido el resultado de este combate? ¿Debíamos cambiar de rumbo y subir a través del bosque? No; por instinto comprendía yo que esto hubiera sido entregarse. Era preciso continuar marchando; seguir a pesar de todo, sin dejar la dirección de Vouziers.

A medio día, algunas castañas asadas entre la ceniza fueron, como el día antes, nuestro único alimento. El bosque era por aquella parte tan espeso, que apenas recorríamos quinientos pasos por hora; sin contar las alarmas repentinas, tiros y cañonazos a derecha o izquierda, y, en fin, otro sinnúmero de peripecias, que nos llenaban el alma de pavor, sobre todo el toque de rebato que sonaba en los campanarios de todas las poblaciones del Argonne.

Llegó la noche, y yo comprendí que no debíamos hallarnos a una legua del curso del Aisne, Al día siguiente, si no nos veíamos detenidos por algún obstáculo, nuestra salvación estaba asegurada del otro lado del río. No tendríamos más que seguir su curso, bajando una hora por la orilla derecha, y lo pasaríamos por el puente de Senue o por el de Grand-Ham, de los cuales ni Clairfayt ni Brunswick eran dueños todavía.

Hacia las ocho de la noche hicimos alto. Lo primero de que nos ocupamos fue de buscar un sitio espeso que nos resguardara del frío y de los espías.

No se escuchaba más que el tintineo de las gotas de lluvia sobre las hojas de los árboles. Todo estaba tranquilo en el bosque, y, sin embargo, yo no sé por qué, encontraba algo de inquietante en aquella tranquilidad.

De repente, a la distancia de unos veinte pasos, se oyeron dos voces. *Monsieur* Jean me cogió la mano.

—Si —decía uno—; estamos sobre su huella desde la Croix-aux-Bois.

—¡No se nos escapará!

—Pero... nada de los mil florines a los austriacos.

—No; nada, compañeros.

Yo sentía la mano de *monsieur* Jean, que oprimía más fuertemente la mía.

—La voz de Buch, —murmuró a mi oído.

—¡Bribones! —respondí—. Seguramente serán cinco o seis. No los esperemos.

Y en seguida nos echamos fuera de la espesura, escurriéndonos sobre la hierba.

De repente, el ruido que produjo al quebrarse una rama seca nos denunció. En el mismo instinto el fogonazo de un tiro iluminó la porte bola del bosque. Habíamos sido descubiertos, desgraciadamente.

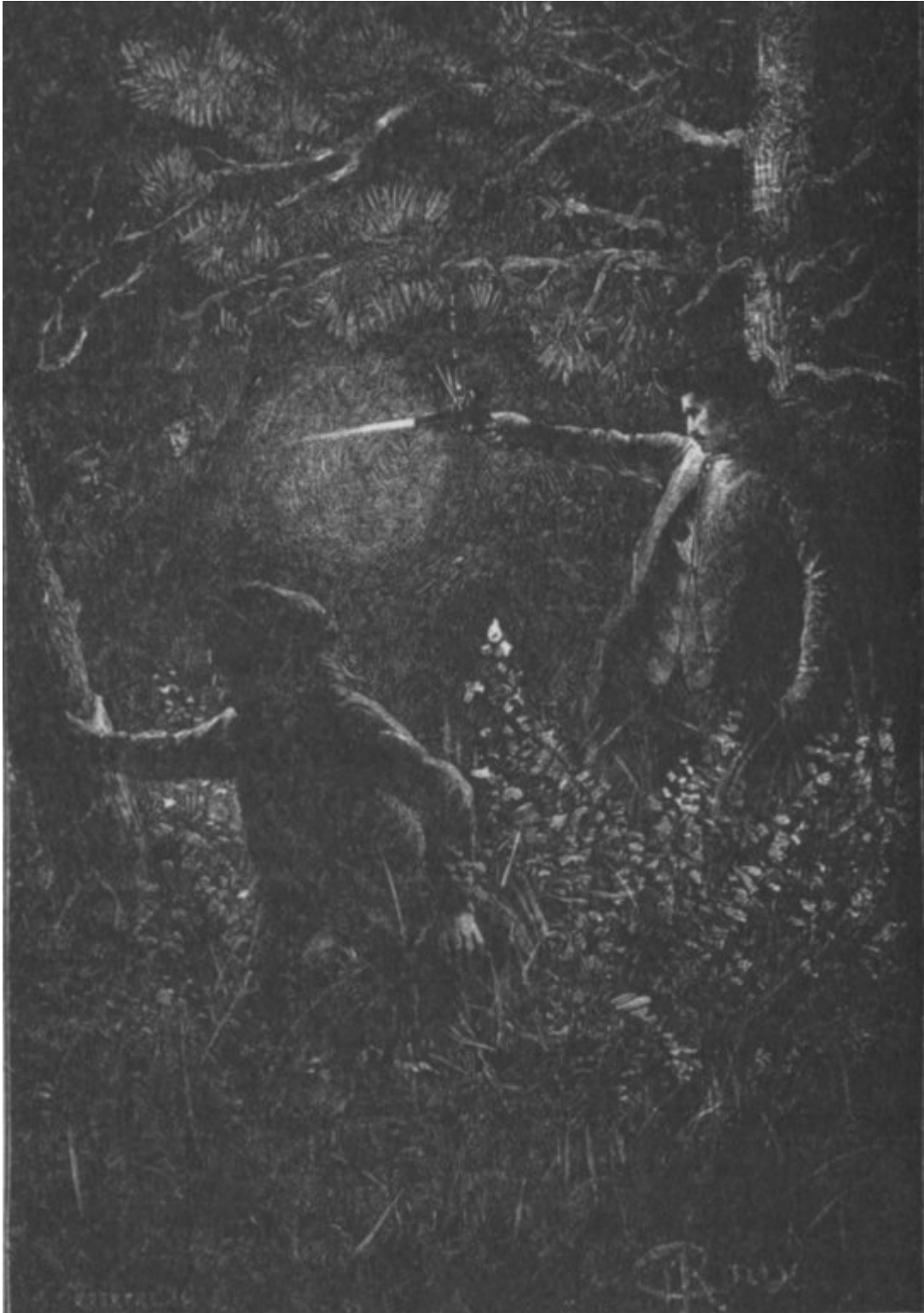
—Venid, *monsieur* Jean, venid, —le grité.

—No sin haber aplastado la cabeza a uno de estos miserables, —me respondió.

Y descargó su pistola en dirección del grupo que se precipitaba hacia nosotros. Estoy casi seguro de que uno de aquellos bribones cayó al suelo. Pero no me pude cerciorar, porque tenía otra cosa más importante de que ocuparme. Corrimos con toda la velocidad de nuestras piernas; sentía que Buch y sus camaradas venían a nuestros talones. Estábamos exhaustos de fuerzas.

Un cuarto de hora después, la banda entera cayó sobre nosotros. La componían media docena de hombres armados. En un instante nos echaron al suelo, nos ataron las manos, y después nos hicieron marchar delante de ellos, sin escatimarnos, por supuesto, los golpes.

Una hora después, estábamos en poder de los austriacos, acampados en Longwe, y más tarde encerrados y con centinelas de vista en una casa de la población.



CAPÍTULO XXII

¿Era la casualidad la que había puesto a Buch sobre nuestros pasos? Yo me inclinaba a creerlo, pues desde hacía algún tiempo el azar no se mostraba muy amigo de nosotros; pero algún tiempo después llegó a nuestro conocimiento lo que entonces no podíamos saber: esto es, que desde nuestro último encuentro, el hijo de Buch que había quedado vivo no había cesado un punto en sus investigaciones, menos para vengar la muerte de su hermano, podéis creerlo, que para cobrar la prima de mil florines. Aunque había perdido nuestras huellas a partir del día en que habíamos empezado a recorrer el Argonne, había vuelto a encontrarlas en la aldea de la Croix-aux-Bois. Era uno de aquellos espías que invadieron la población en la tarde del día 16. En casa de los Stenger reconoció a *monsieur y mademoiselle* Luranay, a *madame* Keller y a mi hermana, y allí supo que nosotros hacía pocos momentos que acabábamos de salir de allí; por lo tanto, comprendieron que no podíamos estar lejos. Media docena de bribones de su calaña se unieron a él, y todos se lanzaron en nuestra persecución. Lo demás ya se sabe.

Entretanto, nos encontrábamos guardados de modo tal, que desafiaba a toda evasión, esperando que se decidiese acerca de nuestra suerte, lo cual no podía tardar mucho, ni ser dudoso; pues, como se dice vulgarmente, no nos quedaba más que el tiempo preciso para escribir a la familia si nos dejaban.

Mi primer cuidado fue el de examinar la habitación que nos servía de calabozo. Ocupaba la mitad del piso bajo de una casa,

baja también. Dos ventanas, treinta por frente la una de la otra, la iluminaban, dando una a la calle, y otra a un patio. Indudablemente, de esta no saldríamos sino para ser conducidos a la muerte. No podíamos esperar otra cosa.

Monsieur Jean, bajo la doble acusación de haber herido a un oficial y de haber desertado del ejército en tiempo de guerra; yo, acusado de complicidad y probablemente de espionaje, en mi cualidad de francés; ninguno de los dos nos haríamos viejos.

Al poco tiempo oí murmurar a *monsieur* Jean.

—Por esta vez hemos llegado el fin.

Yo no respondí nada, lo confieso; mi fondo de confianza habitual había recibido un golpe mortal, y la situación me parecía completamente desesperada.

—¡Sí, el fin! —repetía *monsieur* Jean—. ¿Y qué importaría, si mi madre, si Marthe, si todos aquellos a quienes amamos estuvieran fuera de peligro? Pero después de nosotros, ¿qué será de ellos? ¡Estarán todavía en aquella población, entre las manos de los austriacos!

Y desde luego, admitiendo que no hubiesen sido llevados a otra parte, una breve distancia los separaba de nosotros. Apenas había legua y media entre la Croix-aux-Bois y Longwe. ¡Con tal que la noticia de nuestra detención no hubiese llegado hasta ellos!

Esto es lo que yo pensaba, y lo que temía por encima de todo. Esto hubiese sido un golpe de muerte para la pobre *madame* Keller. Sí, yo deseaba con vivas ansias que los austriacos las hubiesen conducido hacia las avanzadas, al otro lado del Argonne.

Sin embargo, *madame* Keller estaba apenas transportable, y si se la obligaba a ponerse inmediatamente en camino, si los cuidados la faltaban...

Pasó la noche, sin que nuestra situación se hubiese modificado en nada. ¡Qué tristes pensamientos nos invaden el cerebro, cuando la muerte está próxima! Entonces es cuando toda nuestra vida pasa en un instante por delante de nuestros ojos.

Es preciso añadir que padecíamos mucha hambre, no habiendo vivido desde hacía tres días más que de castañas. No se había pensado siquiera en proporcionarnos el más pequeño alimento, y, ¡qué diablo! bien valíamos mil florines para aquellos bribones de Buch y comparsa, y, por consiguiente, debían alimentarnos aunque fuera por su precio.

Verdad es que no le habíamos vuelto a ver. Sin duda se habían marchado a prevenir a los prusianos de nuestra captura.

Entonces pensé yo que acaso en todo esto podría pasar algún tiempo. Los que nos guardaban eran los austriacos, y los que habían de decidir acerca de nuestra suerte eran los prusianos; por consiguiente, o estos habían de venir a la Croix-aux-Bois, o nosotros seríamos conducidos a su cuartel general. De aquí se originarían las tardanzas, a menos que llegase una orden de ejecución en Longwe. Pero, en fin: fuera lo que quisiera, era preciso no dejarnos morir de hambre.

Por la mañana, la puerta de la prisión se abrió a eso de las siete. Una especie de rancho, con blusa, entró llevándonos una escudilla de sopa, mejor dicho, agua o poco menos para hacer la sopa, y unas migajas dentro. La cantidad suplía a la calidad. No teníamos derecho para quejarnos, y, además, yo tenía tanta hambre, que no hice más que soplar y sorber.

Yo hubiera querido interrogar al rancho; saber por él lo que sucedía en Longwe, y sobre todo en la Croix-aux-Bois; si se hablaba de la aproximación de los prusianos; si su intención era tomar el desfiladero para atravesar el Argonne; en qué estado, en fin, como se hallaban las cosas.

Pero yo no sabía bastante alemán para ser comprendido ni para comprender; y *monsieur* Jean, absorto en sus reflexiones, guardaba silencio. Yo no me hubiera atrevido a distraer su atención; por consiguiente, era imposible todo intento de conversación con aquel hombre.

Nada nuevo aconteció durante aquella mañana. Estábamos guardados con centinelas de vista. Sin embargo, se nos permitió

entrar y salir en el pequeño patio, donde los austriacos nos examinaban con más curiosidad que simpatía, bien podéis creerlo. Al verme delante de ellos, hacía yo todos los esfuerzos imaginarios por poner buena cara: así es que me paseaba con las manos en los bolsillos, silbando las canciones más alegres del Real de Picardía.

Pero entretanto me decía a mi mismo:

—Anda, anda; silba, pobre mirlo enjaulado, que pronto te cortarán el silbato.

A mediodía se nos sirvió otra nueva sopera con pan mojado. Como se ve, nuestra comida no era muy variada; y yo, por mi parte, comenzaba a echar de menos las castañas del Argonne. Pero, en fin, fue preciso contentarse con lo que nos daban; tanto más, cuanto que aquella especie de mastín, aquel miserable rancharo con su cara de ardilla, parecía que quería decirnos: «Esto es demasiado bueno todavía para vosotros».

¡Santo Dios! ¡De qué buena gana le hubiere arrojado la escudilla a la cabeza! Pero más valía no echarlo todo a rodar, contentarse con lo que se nos daba, y reponer en lo posible las fuerzas, para no desfallecer en el último momento, hasta logré conseguir que *monsieur* Jean compartiese conmigo la clara sopa. Comprendió mis razones, y comió por último un poco. Sin embargo, en tanto que comía pensaba sin duda en otra cosa muy distinta.

Su pensamiento y su espíritu estaban en otra parte, allá abajo, en la casa de Hans Stenger, con su madre y con su prometida. Como si hablara consigo mismo, pronunciaba el nombre de ellas, y las llamaba. Algunas veces, poseído de una especie de desvarío, se lanzaba hacia la puerta, como si quisiera ir a reunirse con ellas. Aquello era más fuerte que él. Entonces caía como desfallecido. Si es verdad que no lloraba, no causaba por eso menos compasión, pues las lágrimas lo hubieran consolado. Pero ¡no!, no lloraba, y el verlo en tal estado me desgarraba el corazón.

Durante este tiempo pasaban ante nosotros filas de soldados, marchando sin orden, con las armas a discreción, y después otras columnas que atravesaban por Longwe. Los trompetas callaban, y

los tambores también; el enemigo se deslizaba sin ruido, a fin de ganar la línea del Aisne. Debieron desfilar por allí, en aquellos días muchos miles de hombres. Pero no pude saber, aunque lo deseaba mucho, si eran austriacos o prusianos. Por lo demás, ni un solo tiro de fusil se oía en toda la parte occidental del Argonne. Las puertas de Francia estaban abiertas de par en par; ni siquiera se las defendía.

Hacia las diez de la noche, una escuadra de soldados se presentó en la puerta de nuestra prisión. Aquellos eran prusianos, no me cabía duda; y lo que me dejó verdaderamente anonadado, fue que reconocí el uniforme del regimiento de Lieb, que sin duda había llegado a Longwe después de su encuentro con los voluntarios en el Argonne.

Se nos hizo salir a *monsieur* Jean y a mi, después de habernos atado fuertemente las manos a la espalda.

Monsieur Jean se dirigió entonces al cabo que mandaba la escuadra.

—¿Dónde se nos va a conducir? —preguntó.

Por toda respuesta, aquel miserable nos echó fuera de un empujón. En aquel momento teníamos la apariencia perfecta de dos pobres diablos a quienes se va a ejecutar sin juicio ni apelación. Y, sin embargo, yo no había sido cogido con las armas en la mano. Pero; cualquiera se atrevía a decir esto ni otra cosa alguna a tal especie de bárbaros. Se os reirían en vuestras barbas como los hulanos.

La escuadra que nos conducía, y nosotros con ella, siguió el camino de Longwe que desciende hasta la linde del Argonne, y que tuerce un poco, fuera de la población, hacia el camino de Vouziers.

Al cabo de unos quinientos pasos, nos detuvimos en medio de una explanada, donde acampaba el regimiento de Lieb.

Algunos instantes después, comparecíamos ante el coronel von Grawert.

Se contentó con mirarnos, y no pronunció una sola palabra. Después, volviéndonos la espalda, dio la señal de partida, y todo el

regimiento se puso en marcha.

Entonces comprendí que se nos quería hacer comparecer ante un consejo de guerra; que se emplearían algunas fórmulas para administrarnos una docena de balas en el cuerpo, y que esto se hubiera hecho inmediatamente, si el regimiento hubiese permanecido en Longwe. Pero, según parece, los asuntos apremiaban y los aliados no tenían mucho tiempo que perder, si querían llegar antes que los franceses a la línea *monsieur Aisne*.

En efecto, Dumouriez, habiendo sabido que los imperiales eran dueños del desfiladero de la Croix-aux-Bois, acababa de poner en ejecución un nuevo plan. Este plan consistía en bajar todo a lo largo del límite del Argonne, por su lado izquierdo, hasta la altura del desfiladero de las isletas, a fin de retirarse a Dillon, que lo ocupaba.

De esta manera nuestros soldados podrían hacer frente a las columnas de Clairfayt, que vendría del lado de la frontera, y a las columnas de Brunswick, que se presentarían por el lado de Francia. Era de esperar, seguramente, que los prusianos atravesarían el Argonne desde el momento en que fuera levantado el campo de Grand-Pré, a fin de cortar el camino de Chalons.

Dumouriez, pues, había abandonado su cuartel general, sin ruido, en la noche del 15 al 16. Después de haber franqueado los dos puentes de Aisne, vino a detenerse con sus tropas a las alturas de Autry, a cuatro leguas de Grand-Pré. Desde allí, no obstante el gran pánico que por dos veces introdujo el desorden entre nuestros soldados, continuó hacia Dammartin-sur-Hans, con intención de ocupar las posiciones de Saint-Menehould, que están situadas a la extremidad del paso de las isletas.

Al mismo tiempo, como los prusianos iban a desembocar del Argonne por el desfiladero de Grand-Pré, Dumouriez tomaba todas sus precauciones a fin de que el campo de l'Épine, situado junto al camino de Chalons, no pudiese ser ocupado, en caso de que el enemigo llegara a atacarla en vez de replegarse sobre Saint-Menehould.

En aquel momento, los generales Bournonville, Chazot y Dubouquet recibían la orden de reunirse inmediatamente con Dumouriez, el cual, a la vez, hacía que Kellermann, que había salido el 4 de Metz, apresurase su marcha hacia adelante.

Si todos estos generales eran exactos a la cita, Dumouriez tendría a su disposición 35 000 hombres, con los cuales hacer frente a los aliados.

En efecto, Brunswick y sus prusianos habían vacilado algún tiempo, antes de combinar definitivamente su plan de campaña. Por fin, se decidieron por atravesar el desfiladero de Grand-Pré y desembocar en el Argonne, para apoderarse del camino de Chalons, rodear al ejército francés en Sainte-Menehould, y obligarle a rendir las armas.

Esta era la razón por la cual el regimiento de Lieb había salido tan precipitadamente de Longwe, y por qué caminábamos río arriba todo el curso del Aisne.

Hacia un tiempo terrible de niebla y lluvia. Los caminos estaban intransitables, y el lodo nos cubría hasta las rodillas. ¡Qué penoso es terminar así, con los brazos atados!... Verdaderamente, hubiera sido mejor que nos hubiesen fusilado en seguida.

¡Y los malos tratamientos que recibíamos de los cuales no economizaban aquellos endiablados prusianos! ¡Y los insultos que nos lanzaban a la cara! Aquello era mucho peor que el lodo.

¡Y aquel Frantz von Grawert, que vino diez veces a insultarnos ante nuestros propios ojos! *Monsieur* Jean no podía contenerse. Las manos le temblaban bajo las cuerdas, con el ansia de coger al teniente por el pescuezo y estrangularle, como a una bestia salvada.

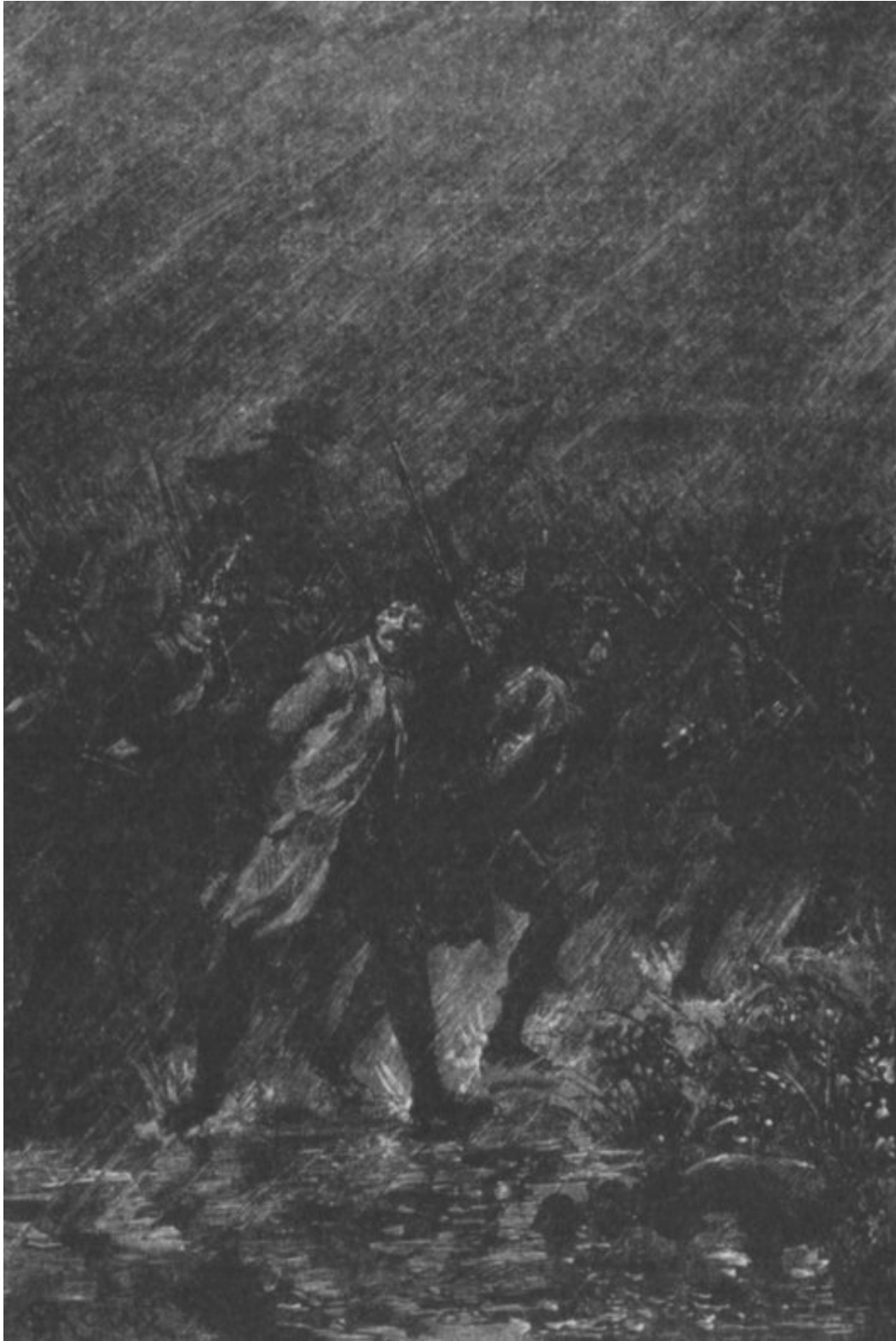
Costeamos el Aisne, caminando a marchas forzadas. Fue preciso pasar con el agua hasta la media pierna los riachuelos Dormoise, Tourhe y Bionne; no se descansaba nada, a fin de llegar a tiempo para ocupar las alturas de Sainte-Menehould. Pero la columna no podía marchar más de prisa. Se atascaba frecuentemente, y cuando los prusianos se encontrasen enfrente de

Dumouriez, era de esperar, con toda seguridad, que los franceses estarían ya apoderados de las isletas.

Así caminamos hasta las diez de la noche. Los víveres se distribuyeron apenas, y si a los mismos prusianos les faltaban, ya puede considerarse lo que sucedería a los dos prisioneros, a quienes arrastraban como a bestias.

Monsieur Jean y yo apenas podíamos hablarnos. Por otra parte, cada palabra que cambiábamos, por insignificante que fuera, nos valía algún empujón o algún culatazo. Verdaderamente, aquellos hombres eran de una raza cruel. Sin duda querían agradar al teniente Frantz von Grawert, y desgraciadamente lo conseguían demasiado.

Aquella noche del 19 al 20 de Septiembre fue una de las más penosas que habíamos pasado hasta entonces. En aquella situación, echábamos mucho de menos nuestras paradas bajo el follaje del Argonne, cuando estábamos todavía fugitivos.



En fin, antes de ser de día, habíamos llegado a un terreno pantanoso, el lado izquierdo de Sainte-Menehould, Y muy próximo a

este punto. Allí fue instalado el campamento, en un terreno en el cual había dos pies de espesor de lodo. Se prohibió encender fuego alguno, pues los prusianos no querían dejar conocer su presencia en aquel sitio.

Un olor infecto se elevaba de aquella masa de hombres amontonados. Como se dice en mi país se hubiera podido coger más con la nariz que con una pala.

Por fin, el día amaneció; aquel día en que sin duda se libraría la batalla. El Real de Picardía estaría allí seguramente, y yo no ocuparía mi puesto entro las Alas de mis camaradas.

Se observaba un gran movimiento de idas y venidas a través del campo. Estafetas y ayudantes de campo atravesaban a cada instante e pantano. Los tambores redoblaban, sonaban las trompetas, y se oían también algunos disparos de fusil hacia el ala derecho.

¡En fin! Los franceses habían ganado la delantera a los prusianos, y ocupaban Sainte-Menehould.

Eran cerca de las once, cuando una escuadra de soldados vino a buscarnos a *monsieur* Jean y a mí. Primeramente se nos condujo ante una tienda donde se hallaban formando consejo una media docena de oficiales, presididos por el coronel von Grawert. ¡Si! ¡Él en persona presidía el consejo de guerra!

Este no fue largo. Una simple fórmula para establecer nuestra identidad. Por otra parte, Jean Keller, ya condenado a muerte por haber herido a un oficial, lo fue por segunda vez como desertor, y yo... como espía francés.

No había sobre qué discutir, y cuando el coronel hubo añadido que la ejecución tendría lugar en seguida, grité yo:

—¡Viva Francia!

—¡Viva Francia! —repitió Jean Keller.

CAPÍTULO XXIII

Por aquella vez, ya era asunto concluido. Se puede decir que los fusiles estaban ya apuntados sobre nosotros. No había que esperar más que la voz de: ¡fuego! No importa: Jean Keller y Natalis Delpierre sabrían morir.

En la parte de afuera de la tienda se encontraba el pelotón que debía fusilarnos a una docena de soldados del regimiento de Lieb, a las órdenes de un teniente.

No se nos habían vuelto a atar las manos. ¿Para qué? De seguro que no podíamos huir. Algunos pasos, sin duda, y allí cerca, junto a un muro, o al pie de un árbol, caeríamos los dos bajo las balas prusianas. ¡Ah! ¡Qué no hubiera dado yo por morir en plena batalla, herido de veinte sablazos o cortado en dos por una bala de cañón! Recibir la muerte sin poder defenderse, era muy duro.

Monsieur Jean y yo marchábamos silenciosamente, él pensaba en Marthe, a quien no vería más, y en su madre, a quien este último golpe mataría seguramente.

Yo pensaba en mi hermana Irma, en mi otra hermana Firminia, ¡en todo lo que restaba de nuestra familia!

Yo veía a mi padre, a mi madre, mi aldea, todos los seres que yo amaba, mi regimiento, mi país...

Ni *monsieur* Jean ni yo, ninguno mirábamos el sitio a que nos conducían los soldados. Por otra parte, que fuera aquí o allá, poco podía importarnos. Era preciso morir como perros. ¡Oh, qué rabia!...

Evidentemente, puesto que yo mismo os cuento todo esto; puesto que lo he escrito de mi puño y letra, es señal de que escapé

de aquel apuro. Pero el desenlace que había de tener aquella historia, me hubiera sido imposible imaginarle, aunque hubiese tenido toda la inventiva del mejor novelista del mundo. Bien pronto vais a saberlo.

A unos cincuenta pasos más lejos fue preciso pasar por en medio del regimiento de Lieb. Todos conocían a Jean Keller. Pues bien: no hubo el menor sentimiento de piedad para él, ni esa piedad que no se rehusa nunca a los que van a morir. ¡Qué naturalezas! ¡Verdaderamente, aquellos prusianos eran bien dignos de ser mandados por los Grawert! El teniente nos vio, y miró a *monsieur* Jean, que le devolvió su mirada. La del uno, expresaba la satisfacción de un odio que va a cumplirse; la del otro, sólo expresaba desprecio.

Hubo un momento en que yo creí que aquel iba a tener valor para acompañarnos; y hasta me preguntaba si no llevaría su cinismo hasta el punto de dar él mismo la voz de ¡fuego! Pero en aquel instante una llamada de trompetas se dejó oír, y el teniente se perdió en medio de los soldados.

Nosotros dábamos entonces la vuelta a una de las alturas que el duque de Brunswick había venido a ocupar. Estas alturas que rodean la población, y la rodean con un círculo de tres cuartos de legua, se llaman las colinas de la Luna. Por su pie pasa precisamente el camino de Chalons. Los franceses, por su parte, se dejaban ver desde las alturas vecinas.

Por bajo de éstas se desplegaban numerosas columnas, prestas a subir a nuestras posiciones, de modo que pudieran dominar a Sainte-Menehould. Si los prusianos lo conseguían, Dumouriez se vería muy comprometido en presencia de un enemigo superior por el número, y que podría envolverlo con sus fuegos.

Con un tiempo claro, yo hubiera podido distinguir los uniformes franceses sobre las alturas. Pero todo permanecía oculto todavía en medio de una bruma espesa, que el sol no había podido disipar. Se escuchaban ya algunas detonaciones y apenas si se podían vislumbrar los resplandores de los tiros.

¿Se creará?... Todavía tenía yo alguna esperanza, o, mejor dicho, me esforzaba para no desesperar.

Y, sin embargo, ¿qué esperanza había de que pudiese venirnos socorro alguno por el lado al que se nos conducía? Todas las tropas llamadas por Dumouriez, ¿no estaban bajo su mano, alrededor de Sainte-Menehould? ¿Qué queréis? ¡Se tiene tal deseo de escapar de la muerte, que se acostumbra uno a estas ideas!

Eran próximamente once y cuarto. ¡El mediodía del 20 de Septiembre no llegaría jamás para nosotros!

En efecto, habíamos llegado. La escuadra acababa de dejar el camino de Chalons, y se dirigía hacia la izquierda. La niebla era todavía bastante espesa para que los objetos no fuesen visibles a algunos centenares de pies. Se comprendía, sin embargo, que no tardaría en ser disipada por el sol.

Habíamos entrado en un bosquecillo designado para el sitio de la ejecución, y del cual no debíamos volver a salir.

A lo lejos se escuchaban los redobles de los tambores, sonidos de trompetas, detonaciones de artillería, y el fuego graneado de fila y pelotón.

¡Yo procuraba en vano darme cuenta de lo que pasaba, como si hubiera debido interesarme en tal momento! Observaba que aquellos ruidos de batalla venían del lado derecho, y que parecían aproximarse. ¿Se habría empeñado quizá algún combate en el camino de Chalons? ¿Habría salido tal vez alguna columna del campo de l'Épine para atacar a los prusianos por el flanco? Yo no acertaba a explicármelo.

Si os refiero esto con mucha precisión de detalles, es porque tengo interés en haceros conocer cuál era en aquellos momentos el estado de mi espíritu. En cuanto a los detalles, han quedado bien grabados en mi memoria. Además, no se olvidan con facilidad cosas semejantes. Para mi están tan presentes como si hubieran sucedido ayer.

Acabábamos de entrar en el bosquecillo. Al cabo de un centenar de pasos, la escuadra se detuvo junto al tronco de un árbol.

Aquel era el sitio donde *monsieur* Jean y yo debíamos ser pasados por las armas.

El oficial que mandaba el pelotón, un hombre de facciones duras, mandó hacer alto. Los soldados se colocaron a un lado, en fila; y me parece que escucho todavía las culatas de sus fusiles resonar en el suelo, cuando hicieron descansar las armas en tierra.

—Aquí es, —dijo el oficial.

—Está bien, —respondió Jean Keller.

Y respondió esto con voz firme, con la frente alta y la mirada atenta. Entonces, aproximándose a mí, me habló en esta lengua francesa que él amaba tanto, y que yo iba a escuchar por última vez.

—¡Natalis —me dijo—, vamos a morir! Mi último pensamiento será para mí madre y para Marthe, a quien, después de aquélla, amaba más en el mundo. ¡Pobres mujeres! ¡Qué el cielo tenga piedad de ellas! En cuanto a vos, Natalis, perdonadme.

—¿Qué os perdone, *monsieur* Jean?

—Sí; puesto que soy yo quien...

—*Monsieur* Jean —respondí— yo no tengo nada que perdonaros. Lo que he hecho, ha sido hecho libremente; y lo haría mil veces, si fuera necesario dejadme abrazaros, y muramos los dos como valientes.

Y nos arrojamos el uno en brazos del otro.

No olvidaré jamás cuál fue la actitud de Jean Keller cuando, dirigiéndose al oficial, le dijo con voz que no temblaba:

—¡A vuestras órdenes!

El oficial hizo una señal. Cuatro soldados se destacaron del pelotón y nos empujaron por la espalda, conduciéndonos al pie de un árbol corpulento. Debíamos ser heridos da la misma descarga, y caer juntos. Mejor quería yo que fuera así.

Me acuerdo perfectamente de que aquel árbol, era una haya. La veo todavía, con un gran trozo de corteza levantada. La niebla comenzaba a disiparse y los árboles más altos salían de entre las brumas.

Monsieur Jean y yo estábamos de pie cogidos de la mano, mirando al pelotón de frente.

El oficial se separó un poco. El piñonero de las llaves de los fusiles que se preparaban llegó a mi oído. Apreté la mano de *monsieur* Jean, y os juro que no temblaba en la mía.

Los fusiles fueron puestos a la altura de hombro. A una voz, apuntarían, a otra, dispararían, y todo estaría concluido.

De repente se oyeron grandes gritos en el bosque, detrás de la escuadra de los soldados que teníamos delante.

¡Dios del cielo! ¿Qué veo? *Madame* Keller, sostenida por *mademoiselle* Marthe y por mi hermana Irma. Su voz apenas podía escucharse; su mano agitaba un papel, y *mademoiselle* Marthe, mi hermana y *monsieur* de Lauranay gritaban con ella:

—¡Francés! ¡Francés!

En aquel instante sonó una formidable detonación, y vi a *madame* Keller, que caía desfallecida.

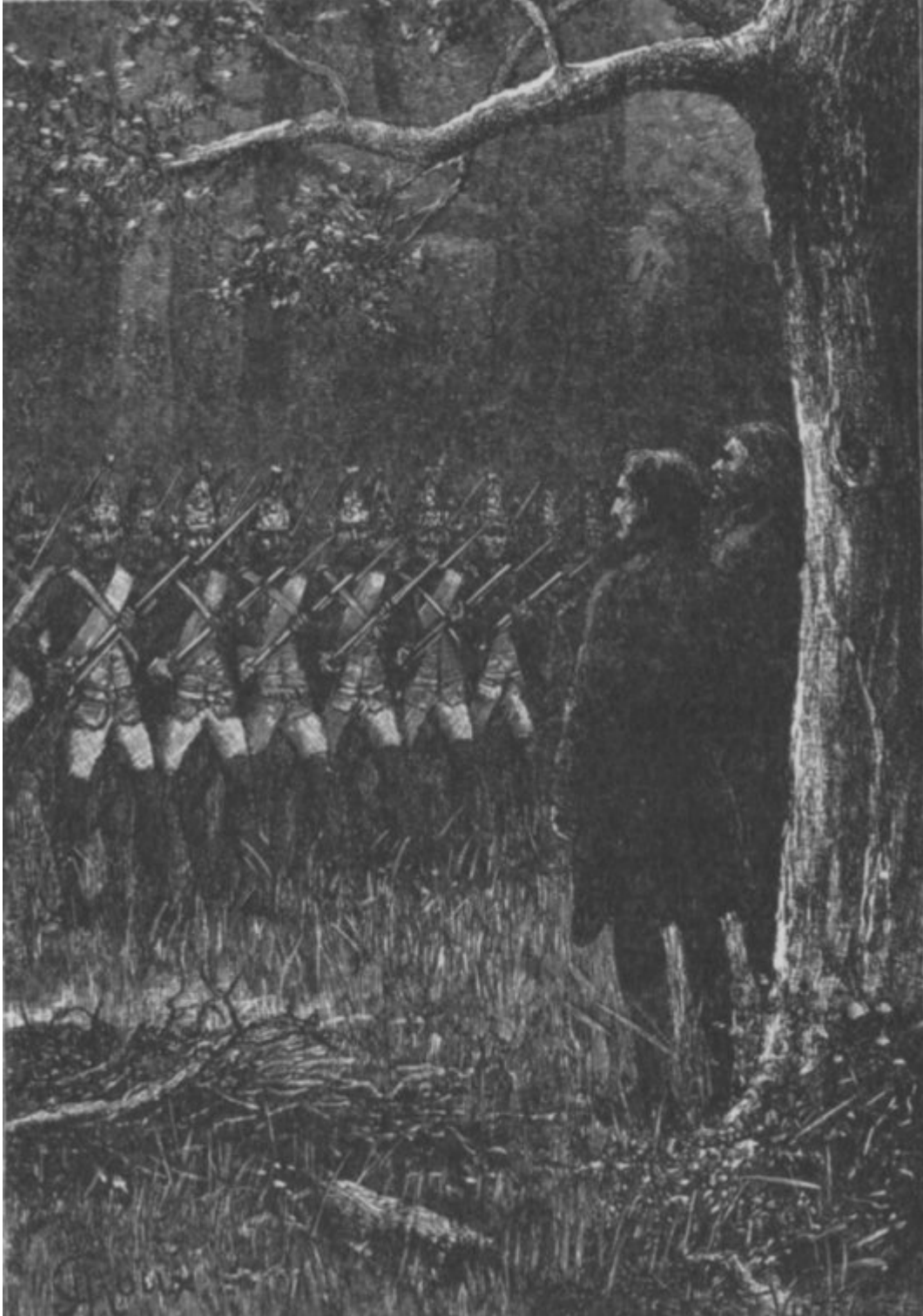
Sin embargo, ni *monsieur* Jean ni yo habíamos caído. ¿Es que no eran los soldados del pelotón los que habían disparado?

¡No! Una media docena de entro ellos yacían en el suelo, en tanto que el oficial y los otros corrían a todo escape.

Al mismo tiempo, de diversos lados, a través del bosque, se oían estos gritos, que me parece oír todavía:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Aquel era el grito de guerra francés, y no el ronco wortwaertz de los prusianos.

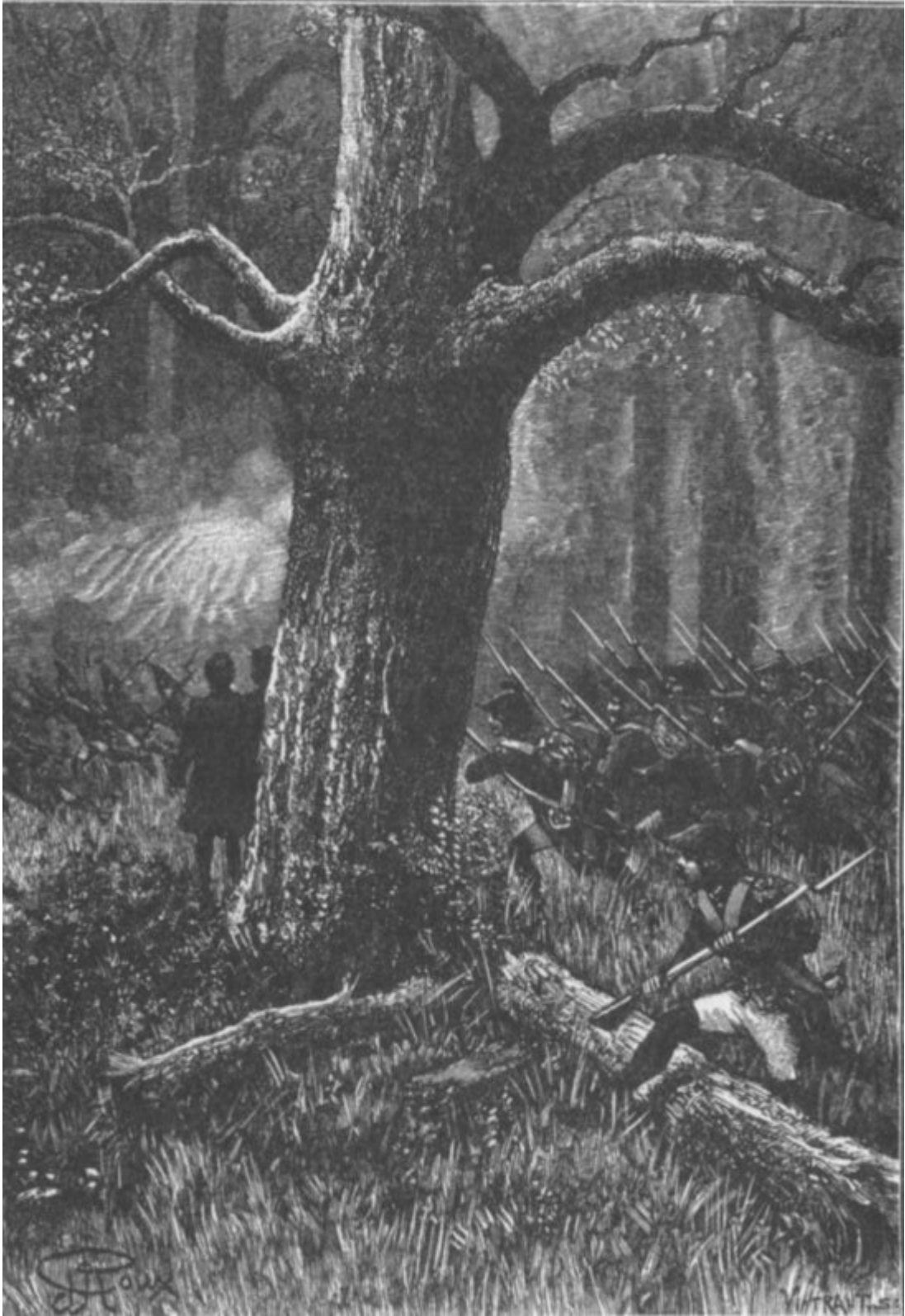


Un destacamento de nuestros soldados se había arrojado fuera del camino de Chalons, y acababa de llegar al bosque, en el momento preciso, ¡justo es decirlo! Los disparos de sus fusiles

habían precedido algunos segundos solamente a los que el pelotón iba a tirar. Esto había bastado. Pero ¿cómo se habían encontrado allí nuestros bravos compañeros tan a punto? Yo no debía saberlo hasta más tarde.

Monsieur Jean se había puesto de un salto al lado de su madre, a la cual *mademoiselle*. Marthe y mi hermana sostenían entre sus brazos.

La infeliz mujer, creyendo que la descarga que había sonado acababa de darnos la muerte, había caído sin conocimiento.



Pero al calor de los besos de su hijo se reanimaba, volvía en sí, y de sus labios se escapaban todavía estas palabras, dichas con un acento que no olvidaré en mi vida:

—¡Es francés!... ¡Es francés!...

¿Qué quería decir? Yo me volví hacia *monsieur* de Lauranay; pero tampoco podía hablar.

Mademoiselle Marthe cogió entonces el papel que *madame* Keller oprimía en su mano, todavía apretada como si fuese la de una muerta, y se la presentó a *monsieur* Jean.

Parece que estoy viendo todavía aquel papel. Era un periódico alemán, el *Zeitblatt*.

Monsieur Jean lo había cogido, y lo leía. Gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos. ¡Dios del cielo!... ¡Qué felicidad es el saber leer en ocasiones semejantes!...

Entonces, de los labios de él salieron las mismas palabras. Se irguió, tomó el aspecto de un hombre que se hubiera vuelto loco súbitamente. Yo no podía comprender lo que decía: tan afligida estaba su voz por la emoción.

—¡Francés! ¡Yo soy francés! —exclamaba—. ¡Ah, madre! ¡Ah, Marthe querida!... ¡Soy francés!

¡Después cayó de rodillas, como en un movimiento de entusiasmo y de reconocimiento hacia Dios!

Pero *madame* Keller acababa de erguirse, y le dijo:

—Ahora, Jean, no se te obligará más a batirte contra Francia.

—No, madre mía; ahora, mi derecho y mi deber son batirme por ella.

CAPÍTULO XXIV

Monsieur Jean me había arrastrado consigo, sin haber dado tiempo para explicarnos. Nos habíamos unido en seguida a los franceses, que salían ya del bosque, y marchábamos hacia el cañón, que comenzaba a rodar con estrépito continuo.

Yo intentaba en vano reflexionar.

—¿Cómo —me decía—, *monsieur* Jean Keller, hijo de *monsieur* Keller, hijo de un padre alemán de origen, era francés?

No lo entendía. Todo lo que yo podía decir, era que iba a batirse como si lo fuera.

Es preciso referir ahora qué sucesos habían acontecido en aquella mañana del 20 de Septiembre, y cómo un destacamento de nuestros soldados se había encontrado tan a propósito en el bosquecillo que linda con el camino de Chalons.

Se recordará que, en la noche del 16, Dumouriez había hecho levantar el campo de Grand-Pré, para dirigirse a las posiciones de Sainte-Menehould, donde había llegado al día siguiente, después de una marcha de cuatro o cinco leguas.

Delante de Sainte-Menehould avanzan en semicírculo a diferentes alturas, separadas por profundos barrancos. Su pie está defendido por estrechas gargantas y pantanos formados por el Aure, hasta el sitio en que este río se arroja en el Aisne.

Estas alturas son a la derecha, las de Hyron, situadas enfrente de las colinas de la Luna; y a la izquierda, las de Gizaucourt. Entre ellas y Sainte-Menehould se extiende una especie de laguna seca o terreno pantanoso, que atraviesa el camino de Chalons. En su

superficie, este pantano es accidentado, sobresaliendo en él algunos montículos de poca importancia, entre otros el del molino de Valmy, que domina la aldea de este nombre, hecho tan célebre el día 20 de Septiembre de 1792.

Al momento de su llegada, Dumouriez ocupó Sainte-Menehould. En esta posición, se apoyaba sobre el cuerpo de Dillon, que se hallaba dispuesto a defender el desfiladero de las Isletas contra cualquier columna, austríaca o prusiana, que quisiera penetrar en el Argonne por el lado opuesto. Allí, los soldados de Dumouriez, bien provistos de víveres, festejaron a su general, cuya disciplina era muy severa. Y de tal modo se evidenció esto con los voluntarios venidos de Chalmil, que la mayor parte de ellos resultaron no valer lo que la cuerda necesaria para ahorcarlos.

Entretanto, Kellermann, después del abandono del campo de Grand-Pré, había hecho un movimiento de retroceso, por causa del cual, el 19 se hallaba todavía a dos leguas de Sainte-Menehould, cuando Bournonville se encontraba ya en dicho sitio con nueve mil hombres del ejército auxiliar, del campo de Maulde.

Según los cálculos de Dumouriez, Kellermann debía situarse en las alturas de Gizaucourt, que dominan a las de la Luna, hacia las cuales se dirigían los prusianos. Pero habiendo sido mal interpretada la orden, Kellermann fue a ocupar la meseta de Valmy, con el general Valence y el duque de Chartres, el cual, a la cabeza de doce batallones de infantería y de doce escuadrones de artillería, se distinguió muy particularmente en esta batalla.

Entretanto, Brunswick llegaba con la esperanza de ocupar el camino de Chalons y de rechazar a Dillon hasta más allá del desfiladero de las isletas; y una vez rodeado Sainte-Menehould por ochenta mil hombres, a los cuales se había unido la caballería de los emigrados, Dumouriez y Kellermann no tendrían más remedio que rendirse.

Y esto era de temer, puesto que las alturas de Gizaucourt no estaban en poder de los franceses, como quería Dumouriez. En efecto: si los prusianos, dueños ya de las colinas de la Luna, se

apoderaban de las alturas de Gizaucourt, su artillería podría reducir a polvo todas las posiciones francesas.

Esto lo comprendió perfectamente el rey de Prusia; por eso, en lugar de dirigirse hacia Chalons, a pesar del aviso de Brunswick, dio orden de atacar, esperando arrojar a Dumouriez y a Kellermann de las gargantas de Sainte-Menehould.

Hacia las once y media de la mañana, los prusianos comenzaron a descender de las colinas de la Luna, en buen orden, y se detuvieron a la mitad de la pendiente.

En este momento, es decir, al principio de la batalla, fue cuando una columna prusiana se encontró en el camino de Chalons con la retaguardia de Kellermann, de la cual, algunas compañías, que se habían internado a través del bosquecillo, pusieron en fuga al pelotón que iba a fusilarnos.

Después de aquel instante, *monsieur* Jean y yo nos encontramos en medio de lo más fuerte de la pelea, y ahí precisamente había yo encontrado a mis camaradas del Real de Picardía.

—¡Delpierre! —me gritó uno de los oficiales de mi escuadrón, divisándome en el momento en que las balas empezaban a abrir huecos en nuestras filas.

—¡Presente, mi capitán! —respondí.

—Has venido a tiempo.

—Como veis, para batirme.

—¿Pero estás a pie?

—No importa, mi capitán; me batiré a pie, y por eso no cumpliré peor con mi obligación.

Se nos habían dado armas a *monsieur* Jean y a mí; a cada uno un fusil y un sable. Los fogonazos pasaban por entre los jirones de nuestros vestidos, y si no teníamos uniforme, era porque el sastre no había tenido tiempo de hacérselos.

Debo decir, en conciencia, para ser justos, que los franceses fueron rechazados al principio de la acción; pero los carabineros del general Valence acudieron con presteza y tan a tiempo, que restablecieron el orden, turbado por un momento.

Durante este tiempo, la niebla, desgarrada por las descargas de artillería, se había disipado. Nos batíamos a plena luz del sol. En el espacio de dos horas se cambiaron veinte mil disparos de cañón entre las alturas de Valmy. y las de la Lona. ¿He dicho veinte mil? Bueno; pues pongamos veinte mil, y no hablemos más. En todo caso, según el proverbio, más valía oír aquello que ser sordo.

En aquel momento, la posición tomada cerca del molino de Valmy era muy difícil de sostener. Las balas hacían desaparecer filas enteras de soldados El caballo de Kellermann acababa de ser muerto. No solamente las colinas de la Luna pertenecían a los prusianos, sino que también iban a posesionarse de las de Gizaucourt. Es verdad que nosotros teníamos las de Hyron, de las cuales Clairfayt buscaba el medio de apoderarse, con veinticinco mil austriacos; y si llegaba a conseguirlo, los franceses serían ametrallados de flanco y de frente.

Dumouriez vio este peligro, y envió a Stenger con diez y seis batallones, a fin de rechazar a Clairfayt, y a Chazot para que ocupara a Gizaucourt antes que los prusianos.

Chazot llegó demasiado tarde. La posición estaba ya tomada: Kellermann se vio obligado a defenderse en Valmy contra una artillería que lo abrasaba por todas partes.

Un cajón de municiones estalló cerca del molino, y produjo el desorden por algunos instantes. *Monsieur* Jean y yo estábamos allí con la infantería francesa, y fue un milagro que no quedásemos muertos.

Entonces fue cuando el duque de Chartres acudió con una reserva de artillería, y pudo responder oportunamente a los disparos que se nos hacían desde la Luna y desde Gizaucourt.

Sin embargo, la lucha había de ser más ardiente todavía. Los prusianos, ordenados, en tres columnas, subían a la carrera a tomar por asalto el molino de Valmy, para desalojarnos de él y arrojarnos a los pantanos.

Me parece que todavía veo a Kellermann y lo oigo también. Dio orden de dejar aproximarse al enemigo hasta la cima, antes de caer

sobre él. Se prepara todo el mundo: se aguarda. No falta más sino que la trompeta diga «a la carga».

Entonces, en el momento preciso, se escapa este grito de la boca de Kellermann.

—¡Viva la Nación!

—¡Viva la nación! —respondimos todos.

Este grito fue dado con tal fuerza, que las descargas de artillería no impidieron que se oyera.

Los prusianos habían llegado hasta la cima de la colina. Con sus columnas bien alineadas, su paso cadencioso y, la sangre fría que demostraban, eran terribles de afrontar. Pero el entusiasmo francés venció los arrojos sobre ellos. La lucha fue horrible, y de una parte y de otra el encarnizamiento feroz.

De repente, en medio de la humareda de los tiros que estallaban alrededor de nosotros, vi a Jean Keller lanzarse con el sable en alto. Había reconocido uno de los regimientos prusianos que empezábamos a arrojar por las pendientes de Valmy.

Era el regimiento del coronel von Grawert. El teniente Frantz se batía con gran valor, pues no es la valentía lo que falta a los oficiales alemanes.



Monsieur Jean y él se encontraron frente a frente. ¡El teniente debía creer que ya habíamos caído bajo las balas prusianas, y nos

encontraba allí todavía! ¡Júzguese si se quedaría estupefacto! Pero no tuvo tiempo de darse cuenta de ello. De un salto, *monsieur* Jean se arrojó sobre él, y con un revés de su sable la hendió la cabeza.

El teniente cayó muerto, y yo he pensado siempre que era muy justo que fuese herido por la mano misma de Jean Keller.

Sin embargo, los prusianos insistían aún en conquistar la meseta, y atacaban con un vigor extraordinario. Pero nosotros no nos quedábamos atrás, y hacia las dos de la tarde se vieron obligados a cesar de hacer fuego, y a bajar de nuevo a la llanura.

La batalla, sin embargo, no estaba más que suspendida a las cuatro, el rey de Prusia formó tres columnas de ataque, con lo que tenía de más escogido entra la caballería y la infantería, y se puso él mismo a la a la cabeza. Entonces, una batería de veinticuatro piezas, situada al pie del molino empezó a vomitar metralla sobre los prusianos con tal violencia, que no pudieron subir las pendientes de la colina, barridas como estaban por las bala. Después llegó la noche, y se retiraron.

Kellermann había quedado dueño de la meseta; y el nombre de Valmy corría por toda Francia el mismo día en que la Convención, en la segunda sesión que celebraba, establecía por decreto la república.

CAPÍTULO XXV

Da hemos llegado al desenlace de esta relación, que hubiera podido llevar el título de Historia de una licencia para ir a Alemania.

Aquella misma noche, en una casa de la aldea de Valmy, *madame* Keller, *monsieur* y *mademoiselle* de Lauranay, mi hermana Irma, *monsieur* Jean y yo, nos encontrábamos de nuevo reunidos.

¡Qué alegría tuvimos al vernos juntos después de tantos sufrimiento! Lo que pasó entre nosotros puede adivinarse.

—¡Un minuto! —dije yo—. No soy curioso, pero, sin embargo, ¡quedarme así con el pico en el agua!... Yo quisiera saber...

—Cómo se ha hecho que *monsieur* Jean sea tu compatriota, ¿no es verdad, Natalis? —respondió mi hermana.

—Si, Irma; y esto me parece tan singular... que creo debéis haberos equivocado.

—No se cometen tales equivocaciones, mi querido Natalis —replicó *monsieur* Jean.

Y ved aquí lo que me fue contado en algunas palabras.

En la aldea de la Croix-aux-Bois, donde habíamos dejado a *monsieur* de Lauranay y sus compañeras con guardas de vista en la casa de Hans Stenger, los austriacos no tardaron en ser reemplazados por una columna prusiana. Esta columna contaba entre sus filas cierto número de jóvenes que la conscripción del 31 de Julio había arrancado de sus hogares.

Entre estos jóvenes se encontraba un excelente muchacho, llamado Ludwig Pertz, que era de Belzingen. Conocía a *madame*

Keller, y fue a verla cuando supo que estaba prisionera de los prusianos. Se le refirió entonces lo que había acontecido a *monsieur* Jean, y cómo se había visto obligado a emprender la fuga a través del bosque del Argonne.

Y entonces, ved aquí lo que contestó Ludwig Pertz:

—¡Pero si vuestro hijo no tiene nada que temer, *madame* Keller! ¡Si no había derecho para alistarle!... ¡Él no es prusiano, sino francés!...

Júzguese del efecto que produjo esta declaración. Y cuando Ludwig Pertz se vio obligado a justificar su aserto, presentó a *madame* Keller un número del *Zeitblatt*.

Aquel periódico publicaba la sentencia que acababa de ser dictada, con fecha del 17 de Agosto, en el pleito de *monsieur* Keller contra el Estado. La demanda de la familia Keller era rechazada, a causa de que la provisión de artículos para el ejército no debía ser concedida más que a un alemán de origen prusiano. Pero daba la casualidad de que se había probado que los antecesores de Keller no habían pedido ni obtenido jamás su naturalización desde su establecimiento en el ducado de Gueldres, después de la revocación del edicto de Nantes; que el dicho Keller no había sido jamás prusiano, y que, por consecuencia, al Estado no debía nada.

¡Vaya una sentencia justa! Que *monsieur* Keller había permanecido francés, nadie lo ponía ya en duda; pero esto no era una razón para no darle lo que se le debía. En fin, de este modo se juzgaba en Berlín en 1792. Yo os ruego que creáis que *monsieur* Jean no pensaba ni remotamente en apelar de la sentencia. Ya tenía su pleito por perdido, y bien perdido. Lo que era indiscutible, era que, nacido de padre y madre franceses, era todo lo francés que se puede ser en el mundo. Y si le hubiera hecho falta un bautismo para serlo, acababa de recibirlo en la batalla de Valmy, y aquel bautismo de fuego valía tanto como cualquier otro.

Como se comprende, después de la comunicación que nos había sido hecha por Ludwig Pertz, lo que más importaba era encontrar a *monsieur* Jean a toda costa. Precisamente se acababa

de saber en la Croix-aux-Bois que había sido preso en el Argonne y conducido al campamento prusiano, con vuestro servidor. No había, pues un momento que perder. *Madame* Keller sacó fuerzas de flaqueza ante la inminencia del peligro que corría su hijo. Después de la partida de la columna austríaca, acompañada de *monsieur* de Lauranay, de *mademoiselle* Marthe, de mi hermana, y guiada por el honrado Stenger, salió de la Croix-aux-Bois, atravesó el desfiladero, y llegó a los acantonamientos de Brunswick en la mañana misma del día en que se nos iba a fusilar. Acabábamos de salir de la tienda en que se había celebrado el consejo de guerra, cuando ella se presentó.

En vano reclamó, apoyándose en aquella sentencia que declaraba francés a Jean Keller. No se la escuchó. Se lanzó entonces desesperada, por el camino de Chalons, hacia el sitio donde nos arrastraban..., ¡y sabido es lo que sucedió!

En fin, al ver cómo todo se arregla para que las buenas gentes sean felices, cuando son tan dignas de serlo, se convendrá conmigo en que Dios ha hecho bien las cosas.

En cuanto a la situación de los franceses después de la batalla de Valmy, ved lo que tengo que decir en pocas palabras.

Primeramente, durante la noche, Kellermann hizo ocupar las alturas de Gizaucourt, lo que aseguraba definitivamente las posiciones de todo el ejército.

Entretanto, los prusianos nos habían cortado el camino de Chalons, y no podíamos comunicarnos con los depósitos; pero como éramos dueños de Vitry, los víveres pudieron llegar hasta nosotros, y el ejército no sufrió privaciones en el campamento de Sainte-Menehould. Los ejércitos enemigos permanecieron en sus acantonamientos hasta los últimos días de Septiembre. Se habían verificado algunos parlamentos, que no habían dado ningún resultado. Sin embargo, en el campo prusiano había prisa por traspasar la frontera. Los víveres faltaban; las enfermedades hacían grandes destrozos, tanto, que el duque de Brunswick levantó el campo el 1.º de Octubre.

Es preciso decir que, mientras que los prusianos pasaban de nuevo los desfiladeros del Argonne, se les picó la retaguardia, si bien no muy vivamente. Se les dejaba batirse en retirada, sin acosarlos. ¿Por qué? Lo ignoro. Ni yo ni muchos otros han comprendido la actitud de Dumouriez en aquellas circunstancias.

Sin duda había allí alguna maquinación política oculta, y yo..., ya lo he dicho en otra ocasión, no entiendo ni jota de política.

Lo importante era que el enemigo hubiese vuelto a traspasar la frontera. Esto se verificó lentamente, pero al fin se verificó, y no quedó ni un solo soldado en Francia, ni siquiera *monsieur* Jean, que se había convertido completamente en compatriota nuestro.

En el momento en que la marcha fue posible, hacia mediados de la primera semana de Octubre, volvimos todos juntos a mi querida Picardía, donde el matrimonio de Jean Keller y de Marthe de Laurant no tardó mucho en celebrarse.

Se recordará que yo debía ser uno de los testigos de *monsieur* Jean en Belzingen, y no causará asombro el que lo haya sido en Saint-Saufieu. Y si alguna unión se ha hecho bajo auspicios felices y en condiciones para serlo, fue aquella, o no hay uniones felices en el mundo. Yo, por mi parte, me incorporé a mi regimiento algunos días después. Aprendí a leer y a escribir, y llegué, como he dicho, a teniente, y luego a capitán, durante las guerras del imperio.



Esta es mi historia, que he redactado para poner fin a las discusiones de mis amigos de Grattepanche. Si no he hablado como

un libro de iglesia, a lo menos he referido las cosas tal como han pasado. Y ahora, queridos lectores, permitid que os salude con mi espada.

NATALIS DELPIERRE
Capitán de caballería, retirado.

FIN

CALL BRATTLE



CAPÍTULO I

Estaban allí reunidos lo menos de setecientos a ochocientos. De mediano estatura; pero robustos, ágiles, cabellos, hechos para los saltos prodigiosos, iban de acá para allá, a los últimos resplandores del sol, que se ocultaba al otro lado de las montañas escalonadas hacia el Oeste de la rada. El disco rojizo desapareció bien pronto, y la obscuridad comenzó a extenderse en medio de toda aquella cuenca encajonada entre las lejanas sierras de Sonorra, de Ronda y del país desolado del Cuervo.

De repente, la tropa se inmovilizó. Su jefe acababa de aparecer, montado en la misma cresta de la montaña, como sobre el torno de un asno flaco. Desde el puesto de soldados, que estaba como colgado en lo más extremo de la cima de la enorme roca, no se podía ver nada de lo que pasaba bajo los árboles.

—¡Uiss, uiss! —silbó el jefe, cuyos labios, recogidos como un culo de pollo, dieron a este silbido una intensidad extraordinaria.

—¡Uiss, uiss! —repitió aquella extraña tropa, formando un conjunto completo.

Un ser singular era este jefe de alta estatura, vestido con una piel de mono con el pelo al exterior, la cabeza rodeada de una inculta y espesa cabellera, la faz erizada de una barba corta, los pies descalzos, duros en las plantas como cascos de caballos.

Levantó el brazo derecho, y le extendió hacia la parte inferior de la montaña. En el mismo Instante, todos repitieron aquella actitud con una precisión militar, mejor dicho, mecánica, como verdaderos muñecos movidos por el mismo resorte. El jefe bajó su brazo, y todos bajaron el suyo. Se encorvó hacia el suelo, y todos se

inclinaron en la misma actitud. Empuñó un sólido palo, que blandió en el aire, y todos blandieron sus bastones, haciendo el mismo molinete; el mismo molinete que los jugadores del palo llaman la «*rosa cubierta*».

Después, el jefe se volvió y se escurrió sobre la hierba, subiendo por entre los árboles. La tropa la siguió, haciendo los mismos movimientos.

En menos de diez minutos los senderos del monte, descarnados por la lluvia, fueron recorridos, sin que el choque de una roca ni de un guijarro hubiese detenido aquella masa en marcha.

Un cuarto de hora después, el jefe se detuvo, y todos se detuvieron, como al los hubieran clavado en el sitio.

A doscientos metros por bajo, aparecía la ciudad, tendida a lo largo de la sombría rada. Numerosas luces iluminaban el grupo confuso de edificios, de casas, de quintas, de cuarteles. Al otro lado, los fanales de los navíos de guerra, los fuegos de los buques de comercio y de los pontones anclados en la rada, reverberaban sobre la superficie de las tranquilas aguas. Más lejos, a la extremidad de la Punta de Europa, el faro proyectaba su haz de rayos luminosos sobre el estrecho.

En aquel momento se oyó un cañonazo; el Birstgun fire, disparado desde una de las baterías rasantes. Entonces, los redobles del tambor, acompañados del agudo chillido del pito, se dejaron oír.

Era la hora de la retreta, la hora da que cada cual entrara en su casa. Ningún extranjero tenía ya derecho para transitar por la ciudad, sin ir escoltado por un oficial de la guarnición a los marineros se les dio orden de volver a bordo entes de que las puertas de la ciudad estuviesen cerradas. De cuarto en cuarto de hora, circulaban patrullas, que conducían al puesto de vigilancia a los retrasados y a los borrachos. Después, todo quedó en silencio.

El general Mac Kackmale podía dormir a pierna suelta.

No parecía que Inglaterra tuviese nada que temer aquella noche por la seguridad de su roca de Gibraltar.

CAPÍTULO II

Ya se sabe lo que es esta roca formidable, de ochenta y cinco metros de altura, que descansa sobre una base de mil doscientos cuarenta y cinco de ancha, y de cuatro mil trescientos de larga. Tiene alguna semejanza con un inmenso león acotado, con la cabeza del lado de España Y la cola hundiéndose en el mar. Su faz descarnada deja ver los dientes —setecientos cañones que enseñan sus bocas a través de las troneras— *la dentadura de la vieja*, como la llaman vulgarmente. Pero es una vieja, que mordería con fuerza si se la molestara.

Inglaterra está situada sólidamente en aquel punto, como lo está en Perin, en Aden, en Malta, en Poulo-Pinang y en Hong-Kong, en otras tantas rocas, con las cuales algún día, con los progresos de la mecánica, formará fortalezas giratorias.

Entretanto, Gibraltar asegura al Reino Unido una dominación Indiscutible sobre los diez y ocho kilómetros de aquel estrecho, que la maza de Hércules ha abierto entre Ávila y Calpe, en lo más profundo de las aguas mediterráneas.

¿Han renunciado los españoles a reconquistar este trozo de su Península? ¡Si!, sin duda; pues parece ser inatacable por tierra y por mar.

Sin embargo, había uno que abrigaba el pensamiento constante de reconquistar aquella roca ofensiva y defensiva. Éste era el late de la banda, un ser raro, y hasta ea puede decir, loco. Éste hidalgo se llamaba precisamente Gil Braltar, hombre que, en su pensamiento sin duda, la predestinaba a una conquista tan patriótica. Su cerebro no habla resistido a la idea, y su plaza hubiera

debido estar en un asilo de dementes. Se la conocía perfectamente; sin embargo, desde hacía diez años no se sabía a ciencia cierta lo que había sido de él. ¿Vagaría errante por el mundo? En realidad, él no había abandonado su territorio patrimonial..., Llevaba una existencia de troglodita, bajo los bosques, en las cavernas, y más particularmente en el fondo de los inaccesibles reductos de las grutas de San Miguel, que, según se dice, comunican con el mar. Se la creía muerta. Vivía, sin embargo; pero a la manera de los hombres salvajes desprovistos de la razón humana, que no obedecen más que a los instintos de la animalidad.

CAPÍTULO III

El general Mac Kackmale dormía perfectamente a pierna suelta, sobre sus dos orejas, algo más largas que lo que manda la ordenanza. Con sus brazos desmesurados, sus ojos redondos hundidos bajo sus espesas cejas, su faz rodeada de una barba grisácea, fisonomía gesticuladora, sus gestos de anthrooppitheco y el prognatismo extraordinario de su mandíbula, era de una fealdad notable, aun para un general inglés.

Un verdadero mono; excelente militar por otra parte, a pesar de su figura simiesca.

Sí; dormía en su comfortable habitación de Main-Street, aquella sinuosa calle que atraviesa la ciudad, desde la puerta del Mar hasta la puerta de la Alameda. Acaso estaría soñando que Inglaterra se apoderaba de Egipto, de Turquía, de Holanda, del Afganistán, del Sudán, del país de los Boers, en una palabra, de todos los puntos del globo que le conviniera, y esto en el momento en que corría peligro de perder Gibraltar.

La puerta de la habitación se abrió bruscamente.

—¿Qué hay? —preguntó el general Mac Kackmale, levantándose de un salto.

—Mi general —respondió un ayudante de campo, que acababa de entrar en la habitación como una bomba— la ciudad está Invadida.

—¿Por los españoles, quizá?

—Preciso es creerlo.

¿Se habrían atrevido?...

El General no acabó de hablar. Se levantó, arrojó el casquete que cubría su cabeza, se metió el pantalón, se envolvió en su levita, se metió en sus bolas, se caló el *claque* y se preparó con su espada, diciendo:

—¿Qué ruido es ese que oigo?

—El ruido que forman los habitantes de las rocas, que corren como una avalancha por la ciudad.

—¿Son muy numerosos esos pillos?

—Deben serlo.

—¿Sin duda se han reunido todos los bandidos de la costa para dar este golpe de mano, los contrabandistas de Ronda, los pescadores de San Roque, los refugiados que pululan en todas las poblaciones?

—Es de temer, mi General.

—¿Y el Gobernador está prevenido?

—¡No! Y es imposible ir a darle aviso a su quinta de la Punta de Europa. Las puertas están ocupadas; las calles llenas de visitantes.

—¿Y en el cuartel de la puerta del Mar?

—¡No hay medio alguno de llegar hasta allí! Los artilleros deben hallarse sitiados en su cuartel.

—¿De cuantos hombres podéis disponer?

—De una veintena, mi General: soldados de línea del tercer regimiento, que han podido escapar.

—¡Por San Dunstán! —exclamó Mac Kackmale—. ¡Gibraltar arrancado a la Inglaterra por esos vendedores de naranjas! ¡Eso no puede ser, no; no será! En aquel momento la puerta de la habitación dio paso a un ser extraño, que saltó sobre los hombros del General.

CAPÍTULO IV

—¡Rendíos! —exclamó con voz ronca, que tenía más de rugido que de voz humana.

Algunos hombres que habían acudido detrás del ayudante de campo se disponían a lanzarse sobre aquel hombre, cuando, a la claridad de la habitación, le reconocieron.

—¡Gil Braltar! —exclamaron.

Era él, en efecto; el hidalgo, en el cual no se pensaba ya desde hacía largo tiempo; el salvaje de las grutas de San Miguel.

—¡Rendíos! —continuaba gritando.

—¡Jamás! —respondió el general Mac Kackmale.

De repente, en el momento en que los soldados le rodeaban, Gil Braltar hizo resonar un uiss... agudo y prolongado.

En seguida, el patio del edificio, el edificio todo, la habitación misma en que se hallaban, todo se llenó de una masa invasora.

¿Lo creerán ustedes? Eran monos; monos, por centenares. Iban a tomar a los ingleses aquella roca de que son verdaderos propietarios, aquella montaña que ocupaban antes los españoles, mucho antes de que Cromwell hubiese soñado su conquista para la Gran Bretaña. ¡Sí, en verdad! Y eran temibles por su número aquellos monos sin cola, con los cuales no se vivía en buena paz sino a condición de tolerar sus merodeos; aquellos seres inteligentes y audaces, que se cuidaban mucho de no molestar, pues sabían vengarse, y esto había sucedido muchos veces, haciendo rodar enormes rocas sobre la ciudad.

Y en aquel momento, aquellos monos se habían convertido en soldados de un loco, tan salvaje como ellos; de aquel Gil Braltar que

todos conocían, que llevaba una vida Independiente; de aquel Guillermo Tell cuadrumanizado, cuya existencia entera se concentraba en esto pensamiento: ¡Arrojar a los extranjeros del territorio español! ¡Qué vergüenza para el Reino Unido, si la tentativa llegaba a tener éxito! Los Ingleses, vencedores de los indios, de los abisinios, de los tasmanios, de los australianos, de los hotentotes y de tantos otros, ¡vencidos por los monos!



Si semejante catástrofe sucedía, el general Mac Kackmale no tendría otro remedio que saltarse la tapa de los sesos. ¡No se sobrevive a semejante deshonor!

Sin embargo, antes que, los monos, llamados por el silbido de su jefe, hubiesen Invadido la habitación, algunos soldados habían conseguido apoderarse de Gil Braltar. El loco, dotado de un vigor extraordinario, resistió, y no costó poco trabajo el reducirlo. Su piel prestada le había sido arrancada en la lucha, y permaneció casi desnudo, en un rincón, amordazado, atado, bien seguro, para que no pudiera ni moverse, ni hacerse oír. Poco tiempo después, Mac Kackmale se lanzaba fuera de su habitación, resuelto a vencer o morir, según la fórmula militar.



Pero el peligro no era menos grande en el exterior. Sin duda, algunos soldados habían podido reunirse en la puerta del Mar, y

marchaban hacia la vivienda del General. Varios tiros se oían en Main-Street y en la plaza del Comercio. Sin embargo, el número de monos era tal, que la guarnición de Gibraltar corría peligro de verse muy pronto obligada a ceder el puesto, y entonces, si los españoles hacían causa común con los monos, los fuertes serían abandonado; las baterías quedarían desiertas, las fortificaciones no contarían más que con un solo defensor, y los ingleses, que habían hecho inaccesible aquella roca, no volverían a poseerla jamás.

De repente se produjo un gran movimiento.

En efecto: a la luz de las Antorcha que iluminaba el patio, se pudo ver a los monos batirse en retirada. A la cabeza de la bando marchaba su jefe, blandiendo su palo. Todos le seguían, imitando sus movimientos de brazos y piernas, y el mismo paso.

¿Era que Gil Braltar habla podido desembarazarse de sus ligaduras, y escapar de la habitación donde se le guardaba? No había duda posible. ¿Pero adónde se dirigían entonces? ¿Iban hacia la Punta de Europa, a la quinto del Gobernador, para tomarla por asalto, y a intimarle la rendición, conforme habían hecho con el General?

¡No! El loco y su banda descendían por Main-Street. Después de haber franqueado la puerta de la Alameda, tomaron oblicuamente a través del parque, y subieron por las pendientes de la montaña.

Una hora después no quedaba en la ciudad al uno sólo de los invasores de Gibraltar.

¿Qué había pasado?

Bien pronto se supo, cuando el general Mac Kackmale apareció en el límite del parque.

Había sido él, que, desempeñando el papel del loco, se había envuelto en la piel de mono del prisionero. Parecía de tal modo un cuadrumano aquel bravo guerrero, que los monos mismos se habían engañado. Así fue que no tuvo que hacer otra cosa que presentarse, y todos le siguieron.

Una idea del genio seguramente, que fue muy pronto recompensada con la concesión de la cruz de San Jorge.

En cuanto a Gil Braltar, el Reino Unido la cedió, por dinero, a un Barnum o empresario de espectáculos, que hace su fortuna paseándolo por las principales ciudades del Antiguo y del Nuevo Mundo. Varias veces el empresario llega hasta decir que no es el salvaje de San Miguel el que exhibe, sino el general Mac Kackmale en persona. Sin embargo, esta aventura ha sido una lección para el gobierno de su Graciosa Majestad. Ha comprendido que si Gibraltar no podía ser tomada por los hombres, estaba, en cambio, a merced de los monos. Por consiguiente, Inglaterra, que es muy práctica, ha decidido no enviar allí en adelante sino los más feos de sus generales, a fin de que los monos puedan engañarse con facilidad.

Esta medida los asegura verdaderamente para siempre la posesión de Gibraltar.





JULES VERNE. Escritor francés, conocido en español como Julio Verne, nació en Nantes el 8 de febrero de 1828, llegando a ser uno de los grandes autores de novela del siglo XIX. Más adelante se dedicó también a escribir libretos de óperas y obras de teatro.

Nacido en una familia adinerada, Verne disfrutó de una buena educación y ya de joven comenzó a escribir narraciones y relatos, sobre todo de viajes y aventuras. Licenciado en Derecho y establecido en París, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud.

Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. Esto, unido al apoyo de su editor Hetzel, hizo que el éxito y las ventas de sus novelas fueran en continuo aumento.

Pasaba días enteros en las bibliotecas de París estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos con los que documentaba sus fantásticas aventuras y predijo con asombrosa exactitud muchos de los logros científicos del siglo xx. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, aire acondicionado, misiles dirigidos e imágenes en movimiento, mucho antes de que aparecieran estos inventos. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia-ficción.

Sus novelas han sido publicadas en todo el mundo, siendo uno de los autores más traducidos de la historia. Títulos tan famosos como *De la tierra a la luna* (1865), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *20 000 leguas de viaje submarino* (1870), *Miguel Strogoff*, *Escuela de robinsones...* hacen de Verne un clásico atemporal de la novela de aventuras, con muchas de sus obras adaptadas al cine y la televisión.

A partir de 1850 comenzó a publicar y trabajar en el teatro gracias a la ayuda de Alejandro Dumas. Sin embargo, es con su viaje de 1859 a Escocia cuando Verne inicia un nuevo camino gracias a su serie de los Viajes extraordinarios, de los que destaca, además de los ya citados, *Cinco semanas en globo* (1869) o *La vuelta al mundo en 80 días*.

En 1886 Verne fue atacado por su sobrino, quien le causó graves heridas. Después de esto, y de la muerte de su amigo y editor, Verne publicó sus últimas obras con un toque más sombrío que las alegres aventuras de sus inicios. La última novela antes de su muerte fue *La invasión del mar*.

Falleció en 1905 en la ciudad de Amiens.

Notas

[¹] La moneda francesa antigua denominada libra equivale al franco actual, es decir, a una peseta en moneda española. (N. del T.)<<

[2] Téngase en cuenta que habla del uniforme de la infantería francesa de fines del siglo pasado. (N. del T.)<<

[3] Se trata de las leguas francesas antiguas, que tenían 4000 varas solamente, mientras que la española tiene 6666 y $\frac{2}{3}$. (N. del T.)<<

[4] Sargento. (N. del T.)<<